En las apuestas, todo son teorías

Bilogía Apuestas



MARY L. TORRES

En las apuestas, todo son teorías

Bilogía Apuestas

Mary L. Torres

© 2024, Mary L. Torres
www.maryltorres.com

Primera edición: febrero de 2024
Edición para Kindle
ISBN de la versión impresa: 9798877750012

Corrección: Paola C. Álvarez
Ilustración y diseño de cubierta: Mireya Murillo Menéndez (@wristofink)
Maquetación: Valentina Truneanu

Este libro no puede ser reproducido ni total ni parcialmente sin el permiso previo de la autora. Todos los derechos reservados.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Agradecimientos
Sobre la autora
Si te gusta la novela romántica y *new adult*

Capítulo 1

Gael sonríe de medio lado. Es su sonrisa canalla. La de las apuestas.

—No hay huevos.

Sus ojos se iluminan como los de un niño travieso. Lo contemplo durante un segundo y frunzo el ceño.

—¿Que no?

—Si consigues ligarte al tío que yo elija en treinta días, ganas —propone, y de verdad parece estar pasándoselo en grande a mi costa, el muy capullo.

Estira la mano en mi dirección y no dudo en estrechársela.

—¿A quién? —pregunto sin más—. ¿Y cuánto?

Gael se acerca a mí y me rodea los hombros. Hace algunos sonidos como si estuviese pensando. Hasta escucho los engranajes trabajar.

Entonces vuelve a sonreír y yo evito hacerme un poco más pequeña en su abrazo. Alza la mano y me señala a alguien con el dedo índice. Es tan poco disimulado que a veces me dan ganas de meterle un tortazo.

Se gira hacia mí. Su rostro está muy cerca del mío e incluso baja la voz para volver a hablarme.

—A él. —Juro que se regodea en su elección—. A Friedrich Seidel.

Se me crispa todo el vello del cuerpo y me quedo un poco rígida. Trago saliva para humedecerme la garganta, que se me ha quedado como papel de lija. Mis labios se curvan en una mueca de asco tremendo. Al menos, eso me parece.

—¿O prefieres echarte atrás, Jo?

—Nunca —contesto, rápida.

Ya qué más da. Me he echado mierda encima a mí misma en cuanto ha osado pronunciar las tres palabras del infierno. Siempre igual. Pero lo peor en este caso es que sé que no voy a ganar.

Nunca, jamás he ligado con un tío. En esa materia estoy más seca que los sesos de Gael. Pero yo no soy de las que rechaza una apuesta, así que intento recomponerme. Me deshago del abrazo y, de repente, me entra frío.

—Treinta días —confirmo, y él vuelve a sonreír.

—Si te lo camelas en treinta días, ganas cien euros. Hacer el ridículo debe merecerte la pena. Y si gano yo, limpias mi dormitorio durante todo un mes. Dos veces a la semana.

Trago con dificultad. El dormitorio de Gael está hasta los topes de cosas. No suele interesarse por organizar porque dice que no lo necesita. Me imagino casi siendo su criada.

Entonces escucho el suspiro de Benno. Lo había olvidado por completo. Se pone en pie y se cuelga la mochila del hombro. Parece cansado de nosotros, otra vez.

—No hay quien os cambie, coño —suelta, y le da una palmada en el hombro a Gael—. Ni tú sabes ligar con un tío —me señala—, ni tú vas a soportarlo si ella gana.

Gael le resta importancia a lo que acaba de decir haciendo un movimiento con la mano, como quien espanta una mosca.

No pillo a qué viene el comentario, pero me da igual; mi cabeza está trabajando en cómo narices voy a conseguir ligarme a un tío como Fritz.

Cuando llego a casa, todo está en silencio. Como siempre. A ver, no. No todo está siempre en silencio en esta casa. Al contrario. Pero a esta hora, papá suele estar trabajando y mis hermanos, cada uno a lo suyo.

Dejo la chaqueta colgada junto a las demás en el perchero de la entrada y me doy cuenta de que Micha y René no están. Mejor, así nadie más puede tocarme la moral hoy.

Llevo la mochila al dormitorio y la dejo en el suelo frente a la cama. Me quito la sudadera y me contemplo en el espejo. Alzo los brazos y me huelo las axilas. Me he duchado esta misma mañana, pero con el mal trago que me ha hecho pasar Gael he sudado hasta en regiones innombrables.

¿Por qué no le habré dicho que no a la apuesta? Es que más claro imposible: voy a perder por goleada. Y que yo pierda significa que Gael va a tener un pase de oro para tocarme las narices al menos los seis meses siguientes, sin contar las horas que me pase pagando por perdedora.

En el espejo veo lo de siempre. No hay nada que me vaya a ayudar a ganar. Así que me visto de nuevo, me recojo el pelo en una coleta alta y salgo a la calle.

No dejo de pensar y estoy hasta los ovarios de la apuesta. Pero, claro, tampoco soy de las que se dejan amedrentar tan fácilmente.

¿No sé ligar? Aprendo.

¿Me voy a dejar ganar? Por encima de mi cadáver.

Ya me ocuparé yo de enseñarle a Gael quién tiene la última palabra.

Conozco a Gael desde hace una eternidad. Fue como uno de esos flechazos de las películas cursis que aborrezco a matar, solo que mucho mejor, porque nuestro flechazo fue de amistad. De las de verdad, además.

Cuando nos conocimos, yo todavía era pequeña. Fue el tiempo en el que todo el vecindario hablaba de mi familia, de mi padre y de sus hijos. Del escándalo que nos estigmatiza desde entonces.

Gael siempre iba a jugar al mismo parque que yo. Pero él era de los míos, de los que se quedaba en una esquina con su cubo y su pala y evitaba a los demás. Aunque, en realidad, yo no los evitaba. Ellos me evitaban a mí.

Siempre le había gustado contemplar. Hasta que cuatro idiotas decidieron meterse con él porque era pequeño y delgaducho. Lo menearon tanto y se rieron tanto de él a cinco centímetros de su cara que terminaron por llenarle la frente de saliva.

Miré la escena durante algunos minutos hasta que sentí la sangre abrasarme las venas. Me puse en pie, me acerqué a los chicos y le escupí a uno en el entrecejo.

Yo no me acuerdo, pero Gael asegura que fue así. Así que quién soy para decirle que no.

Desde aquel momento, somos inseparables.

Sería la relación perfecta si él no fuera tan desesperantemente enervante en lo que a las apuestas se refiere. Y si yo pudiera dejarlas pasar, claro.

Llego al comedor social al trote. He tenido que apretar el paso para que no se me haga demasiado tarde. Dejo la chaqueta en la entrada, la mochila en mi casillero y me pongo la camiseta roja que nos identifica como voluntarios.

Alzo la cabeza de inmediato al escuchar mi nombre. Una de las voluntarias me saluda muy animada. Intento sonreír y le devuelvo el saludo. Nunca entenderé el buen humor exacerbado de algunos.

Hoy no me tocaba venir, pero ha sido una sustitución de última hora. Al menos, aquí mi cerebro no se concentra en mi mierda, sino en la de los demás. Porque que yo gane o no esa apuesta es una tontería en comparación con lo que están viviendo los que vienen a comer al

comedor día sí y día también. Así que sonrío, porque para ellos siempre lo hago, y relevo al compañero que ha estado sirviendo el caldo en vasos de plástico.

Cuando recibo la primera sonrisa mellada desde el otro lado de la olla, sé que todo lo que he vivido hasta hoy no debería resultar tan importante como lo que le ocurre a cada una de estas personas.

Regreso a casa y el olor a comida recién hecha hace que me suenen las tripas; no me había dado cuenta de que me estaba muriendo de hambre. Papá me sonríe desde la cocina. Le arrebato la cuchara de madera de las manos.

—Déjame que siga yo, Joleen. —Recupera la cuchara y niega con la cabeza—. Estoy terminando. Ve y lávate las manos.

Mientras me lo ordena, sonríe. Björn es el mejor padre del mundo, aunque casi nunca esté en casa porque tiene dos empleos. Nos ha prohibido trabajar para ayudarlo a pagar las facturas, por eso, los días que está en casa, la cena en familia es sagrada. Micha, el mayor de nosotros tres, es el único que trabaja algunas horas para ayudarlo. Y lo hace después de haber tenido la bronca del siglo para que lo aceptase. Alimentar, vestir y pagar los estudios de tres hijos sale muy caro, por lo visto.

Al regresar del cuarto de baño, la comida ya está sobre la mesa. Micha se pilla un panecillo de la cesta mientras avanza hasta su puesto. En ese momento, René sale del dormitorio y se sienta en su lugar sin decir palabra.

—Ensalada de patatas y salchichas —anuncia papá, sonriente.

Es el típico hombre robusto finlandés. Todavía tiene ese acento que me encanta cuando habla, da igual cuánto tiempo lleve viviendo aquí. Sus mejillas son rosadas bajo la barba entrecana. Pero es que es blanco de narices y, cada vez que le da un poco el sol, se pone como una gamba.

—Qué típico —comenta René, llenándose el plato de ensalada de patatas.

Sonrío ante su comentario. Tiene razón. Todos sabemos que es una comida que le encanta a papá. En realidad, me gustaría mucho más comer todo esto si no supiera que su amor por la ensalada de patatas y las salchichas es culpa de Liesel, mi madre.

Hago una mueca al recordarlo, pero mi padre carraspea y dejo volar el recuerdo bien lejos.

—¿Cómo os han ido hoy las clases?

Mientras Micha comienza a contar algo sobre el entrenamiento del último partido, apoyo la mejilla en la palma de la mano y los contemplo a todos. Esta familia no es perfecta ni mucho menos. Estamos a años luz de serlo. Pero tengo que decir que, para mí, los Mäkelä estamos cerca de ser la mejor familia que existe. Da igual lo que digan de nosotros. Si nuestras cenas en familia siguen siendo como la de hoy, no habrá nunca nada que nos separe.

Capítulo 2

Fritz es de esos tíos que te comes con la mirada. Es de los que les gustan a las chicas, pero, en realidad, no está tan bueno. No es alto y, para mi gusto, demasiado fuerte.

Llevo tanto tiempo contemplándolo que me duelen los ojos de no parpadear. Frunzo el ceño. Creo que Gael me ha preguntado algo y luego se ha girado hacia Benno a soltarle algún comentario sobre mi despiste. Pero la verdad es que no me estoy enterando de lo que está pasando a mi alrededor.

Solo tengo ojos para Fritz.

Pero no de la manera que crees, ¿eh? Solo es que, de pensar que no voy a ganar esta apuesta, me entran sudores fríos.

Me pongo en pie y me aprieto la coleta de caballo. Todo el pelo hacia atrás, nada molestándome en la frente o en las orejas. Me aliso las arrugas de la camiseta que le robé a Micha hace ya al menos ocho años y doy un paso al frente. Antes de darme cuenta, estoy delante de él.

—Hola —saludo, pero ha sonado como algo feo proveniente de una caverna—. ¿Qué tal?

Me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros y me columpio hacia adelante y hacia atrás sobre los talones. Fritz alza la mirada de inmediato. Me mira de arriba abajo. No me gusta que lo haga.

—¿Te importa? —dice, señalando a sus amigotes junto a él—. Estoy hablando.

Aprieto los labios en una fina línea y me doy la vuelta, todavía con las manos en los bolsillos. Y con el regusto amargo de lo que acaba de pasar. Entonces lo escucho a él y a sus colegas reírse a mis espaldas.

Seguro de mi estúpido intento de entablar conversación.

Cuando llego donde Gael y Benno, el primero me mira con la sonrisa canalla y el otro suelta un suspiro que viene a significar «no sé qué voy a hacer con ella, Señor». Pero no les hago caso.

—La conversación ha ido bien, ¿eh?

La voz de Gael me pone de mal humor de inmediato. Cojo la mochila y me la cuelgo al hombro.

—Que te den —lo suelto antes de marcharme del comedor.

Vaya una grandísima mierda. Ayer llegué a la conclusión de que, a lo mejor, hasta me funcionaba siendo quien era. Yo qué sé, a lo mejor a Fritz le van las tías que saben lo que quieren en la vida y tienen su propio estilo.

Pero solo es una forma de engañarme a mí misma. Ni a Fritz le van las tías como yo —solo hay que ver a su ex, Siempre Perfecta Delilah Dunst—, ni yo sé qué quiero en la vida.

Me siento más pequeña que nunca. Escucho a Gael correr hacia mí. Sé a la perfección cómo suenan sus pasos al correr. Y al caminar. Y al saltar.

—Eh, Jo —me llama—. ¡Espera!

Aligero el paso pero no me detengo. Hasta que siento su mano en el hombro, que me obliga a parar y girarme hacia él. Entrecierro los ojos. Esta vez no sonríe.

—Oye, a lo mejor prefieres dejar la apuesta. Da igual, podemos olvidarlo —dice, rascándose la nuca.

Gael sí es de esos tíos que las chicas tendrían que comerse con la mirada, pero no lo hacen. Las otras chicas, ya me entiendes. Es un rubiales, con el pelo siempre más largo de lo que debería cayéndole desordenado sobre los ojos. Está tatuado, está bueno y es la mezcla perfecta entre una española y un alemán.

Hay que joderse.

—Antes muerta, Gael.

Y, sin esperar respuesta, sigo mi camino. Pero lo estoy viendo, ahí, parado en medio del pasillo, con su sonrisa canalla. Con la sonrisa que me toca los ovarios hasta puntos que él jamás podría imaginarse.

Gruño entre dientes, ahora más enfadada que humillada, mientras salgo de la cafetería. No voy a dejarlo ganar. Nunca. Por encima de mi cadáver, vaya.

Arranco un poco de la hierba con los dedos y la aprieto en el puño. Llevo no sé cuánto tiempo contemplando el suelo hasta que escucho a Gael.

—No me estás haciendo caso —se queja.

Alzo la vista con el ceño fruncido. Está claro que no se lo estoy haciendo, pero él es el maestro de sacar siempre lo evidente. Ladeo la cabeza y le digo que no, que no lo estoy escuchando.

—Es más —me detengo pero continúo—, creo que me voy a ir a casa.

—¿Y me dejas así?

—No estoy de humor, Gael.

Él hace una mueca extraña con la boca. A saber lo que querrá decirme con ella. Pero me da igual, me levanto, me cuelgo la mochila del hombro y espero a que él haga lo mismo para despedirme. Abre los brazos y me recibe en ellos. Es un abrazo corto, pero me hace olvidar un poco el motivo de mi ensimismamiento. Pero solo un poco, ¿eh? Porque él es el culpable de todo. A pesar de ello, inspiro hondo su aroma antes de separarme.

—Te escribo luego, ¿vale?

Gael asiente y, antes de escuchar si me dice algo más, me marcho. Estoy hasta las narices de tener que pensar en la humillación de Fritz de esta mañana. Es más, ya estoy hartísima de la apuesta. Pero no me voy a dejar vencer tan fácil. Mucho menos contra Gael.

Cuando llego a casa, me voy directa a mi dormitorio. Quiero estar sola. Al menos un rato. A través de la pared, escucho a René, que está en casa. Seguro, estudiando, como siempre.

Me miro al espejo y, mi primera pregunta es qué puede gustarle a un chico de una chica. O sea, cómo les gusta que se vea una chica en general. Me encantaría decir que las chicas me resultan todo un misterio. Pero el problema lo tengo con ambos. Ni sé cómo piensa una chica ni sé cómo lo hace un chico.

Vaya plan.

La exnovia de Fritz —Siempre Perfecta Delilah Dunst, recordemos— es una modelo. Y de las que podrían serlo de verdad, además. Guapa a rabiar y rubia, para colmo. Y, de seguro, es una arpía. Como en las pelis de adolescentes de los años 90.

Lo que yo veo en el espejo es una Joleen que odia todo lo que Delilah representa. ¿Cómo voy a conseguir así acercarme a Fritz? Porque, está claro, el primer paso es acercarme a él. Conseguir que conteste a un «hola» sin que me convierta en el hazmerreír de la cafetería al completo.

Antes de terminar de romperme la cabeza del todo, abandono el dormitorio con un suspiro que se me escapa de muy dentro y me planto frente a la puerta del dormitorio contiguo. Llamo y espero. Desde el otro lado, René gruñe que entre.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta, girándose en la silla rotatoria y cruzando las manos sobre el regazo. Como un viejo—. Estaba estudiando.

—Ya. Si no haces más que eso.

No espero a que me invite y me siento en la cama. Echo durante un segundo la cabeza hacia atrás, pensativa. Me encantaría decir que le estoy dando vueltas a las palabras que quiero usar, pero solo estoy haciendo tiempo porque no tengo nada de ganas de hacer la pregunta.

—René, tú eres un tío —comienzo.

—Eso parece.

Ladeo la cabeza.

—Y a los tíos os gustan las tías.

—No siempre y no a todos, pero veo por dónde vas.

Aprieto los labios en una fina línea. Ni idea de que fuera a ser tan complicado. Inspiro hondo y cierro los ojos. Entonces me dejo caer hacia atrás en su cama. Lo hago porque así no tengo que mirarlo mientras lo pregunto.

—Ya, ya me entiendes. Y, a ver, ¿qué es lo que más os gusta de una chica al verla?

—¿A simple vista? —pregunta lo obvio.

—A simple vista.

René parece pensativo durante unos segundos. Luego suspira. Me encantaría ver qué está haciendo, pero creo que no es una buena idea. Así que sigo acostada en la cama. Mis pies han comenzado a moverse de puro nerviosismo.

—Es muy difícil de decir así, de forma general. A algunos les gustan las rubias y a otros, las morenas, yo qué sé. Las rubias están muy bien. Pero lo que suele llamar la atención son el culo y las tetas. Y tampoco a todos, ¿eh?

Hago una mueca con los labios.

—Qué asco.

Me incorporo sobre los codos y lo miro. Él se encoge de hombros.

—Me has preguntado a simple vista.

No sé cómo continuar con la conversación. No me está ayudando nada. Si René tiene razón, voy apañada. No tengo ni de lo uno ni de lo otro. Y, aunque lo tuviese, tampoco querría enseñárselo a nadie. Pocas cosas hay que odie más en el mundo que la ropa que se pega a la piel como una segunda capa. El que me quiera querer, que lo haga como soy y como me veo.

Pero en este caso, por desgracia, primero tendré que entrarle por los ojos.

Hago otra mueca de desagrado con los labios.

—Mira, ni idea de por qué me estás preguntando esto. Si lo que quieres es gustarle a alguien, no valdrá tanto la pena si tienes que verte diferente para que lo haga, ¿no?

—No es por eso —replico, y me debato entre si decirle o no la verdad. Al final no lo hago—. Es una pregunta por curiosidad.

René asiente con la cabeza, pero no parece convencido. Me da un poco igual lo que piense. Nos quedamos mirándonos. Él alza las cejas como preguntando si ya he terminado. Es demasiado buena gente como para echarme. Así que, sin dejar tiempo para que se sienta obligado a hacerlo, me pongo en pie de un salto.

—Vale, gracias por tu ayuda. Nos vemos.

Él se despide con la mano y, antes de que yo salga del dormitorio, ya ha regresado a sus libros.

Me miro en el espejo de mi dormitorio otra vez. Está más que claro que con la ropa heredada de mis hermanos y el desastre de nido que tengo en lo alto de la cabeza no voy a conseguir

llamar la atención de nadie. Al menos, no como pretendo hacerlo. Pero necesito ganar. Te juro que no sé por qué tengo la imperiosa necesidad, cada vez que hacemos una apuesta, de ganar. Pero la tengo y esta vez no va a ser menos.

Capítulo 3

Qué vergüenza estar aquí. Por mí, jamás hubiese entrado en ninguna tienda si no fuera porque, a veces, necesito bragas, sujetadores y calcetines. Las únicas cosas que no puedo heredar de mis hermanos.

Me paseo por entre los montones de ropa de chica, intentando no mostrar desagrado. Ya me ha preguntado una vendedora si podía ayudarme y casi le grito que no, que no sé lo que estoy haciendo aquí y que me deje mirar en paz. La pobre. Pero es que no sé muy bien cómo desenvolverme en una tienda de ropa femenina.

Coño, que estoy en una tienda de verdad, no en el súper, comprándome la ropa interior.

Cojo la primera camiseta de un montón y la abro. Podría pasar, pero no estoy segura. Es de manga corta y parece algo ajustada. No sé cuál es mi talla, pero me la echo sobre el brazo y voy al siguiente montón. Siento la mirada de la vendedora en la nuca y me imagino que estará echándome las cruces.

Cuando he reunido tres camisetas de un estilo que me parece más femenino que lo que poseo, enfilo hacia la caja. Son más o menos iguales, pero de pensar que me las tendré que poner sin una sudadera encima, se me revuelve el estómago.

—Joleen.

La voz de Benno me catapulta a una línea finísima entre querer darle el tortazo de su vida o morir de un infarto allí mismo. Ahí está, delante de mí, con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora vaquera. Mirándome como si no hubiese nada más raro en el mundo que yo en una tienda de moda femenina. Y, para colmo, se atreve a utilizar mi nombre completo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta, directo.

—¿A ti qué te parece? Comprándome algo de ropa.

—¿Aquí?

—¿Por qué no?

Me contempla. Lo hace con el ceño fruncido. Yo trago con algo de dificultad. He empezado a sudar. Sabe muy bien por qué estoy aquí. Estoy segura.

—¿Es por la apuesta? —pregunta al fin.

Aprieto los labios y asiento con la cabeza. No tiene sentido comenzar ahora una discusión para negarlo. Qué más da. Ya me ha encontrado aquí y esa es la prueba del delito.

—Oye, Jo… —comienza, y casi lo escucho titubear en el interior de su mente—. Sabes que no tienes que cambiar por una estúpida apuesta, ¿verdad? No tienes que dejar de ser quien eres por…

—Pero ¿qué dices? —lo interrumpo, indignada—. Jamás me dejaría cambiar por algo así.

Él asiente y, por primera vez, se gira para mirar a su alrededor.

—Vale. Gael y tú sois tal para cual —masculla antes de girarse de nuevo hacia mí—. ¿Quieres que te ayude? No sé si con eso vas a conseguir mucho. Pero creo que allí hay algo que te sienta un poco mejor y, sobre todo, tenemos que buscar tu talla. Dudo que una XL la sea.

Bajo la mirada, molesta. ¿No lo es? Estaba segura de que una talla menor me quedaría demasiado ajustada. Benno sigue la línea de mis pensamientos, lo sé. Tanto así que sonríe.

—No tienes que comprarte nada que no te guste, pero vamos a ver si encontramos algo un poco más acorde, ¿vale?

De alguna manera, me alegro de habérmelo encontrado. A lo mejor él tiene más idea que yo de estas cosas, aunque sea poca.

Benno se da la vuelta y comienza a mirar entre la ropa, así que no dudo en seguirlo y escuchar lo que habla entre dientes.

—Oye —suelto de repente, pero él ni se gira a mirarme—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Es obvio, ¿no? Te estoy ayudando.

—No me refiero a esto. Me refiero a qué haces aquí, en el centro comercial, en esta tienda.

—De vez en cuando necesito comprarme calzoncillos. —Hago una mueca con los labios. Está claro que la respuesta no puede ser diferente viniendo de él—. Y algo de ropa, ¿vale? Si fuera por mi madre, todavía me la compraría ella. Pero me vería como un pijo remilgado.

Sonrío, olvidando un poco para lo que he venido aquí. Mientras veo a Benno rebuscar entre la ropa, alzarla y contemplar las tallas, comparar la calidad y la tela, me pregunto de dónde sabe él todo esto. No la formulo en voz alta, pero, de repente, lo que más me llama la atención es por qué yo no tengo idea de lo que él está hablando.

Me dejo caer en la cama. Me siento como si me hubiese atropellado un camión. No estoy segura de cuánto tiempo ha pasado desde que me marché de casa hasta que he regresado. Y la mayor parte del tiempo no lo he pasado en el transporte público de camino a un lugar bien lejos de donde vivo y me muevo. La mayor parte lo he pasado con Benno, metida en mi pesadilla personal.

Las bolsas a los pies de la cama me recuerdan que he acabado con el poco dinero que quedaba en mi cuenta hasta final de mes solo por llamar la atención de un tío. Y ni siquiera por querer hacerlo. O, al menos, no como debería de ser lo normal.

Nunca me ha importado lo que la gente piense de mí o de mi familia. No me importa cómo me veo ni cómo hablo ni cómo me comporto porque no quiero que me cataloguen como «correcta» en una sociedad de mierda.

Siempre me ha dado miedo lo que Gael, Benno y mi familia piensen de mí, cómo me vean. Pero no los demás.

Sin embargo, allí tirada sobre la cama, me pregunto cómo me ve la gente que no me conoce. Cómo me perciben o si lo hacen siquiera. ¿Existo para los demás?

En cuanto la pregunta se asoma a mi mente, la descarto, restándole importancia. No he pasado diecinueve años ignorándola como para que me preocupe ahora.

Me pongo en pie y abro una de las bolsas. Comienzo a sacar la ropa que he comprado. No ha sido mucha, pero la suficiente como para tener que deshacerme de otras cosas del armario para seguir teniendo la conciencia limpia.

De repente, me suena el móvil. Lo saco del bolsillo y leo el mensaje. Es Benno, por supuesto.

Benno:
Espero que nadie te haya visto llegar a casa con tu mercancía de contrabando, Jo.

Frunzo el ceño antes de contestarle y, mientras lo hago, un escalofrío me recorre toda la espalda.

Yo:
Nunca, jamás se te ocurra ir a contárselo a alguien, mucho menos a Gael, ¿está claro?

Benno:
¿Crees que no va a darse cuenta de que te ves diferente, pibón?

A su último mensaje ni contesto. Después, siguen algunos más. Que si vaya una casualidad encontrarnos allí y una suerte para mí, que no tengo idea de moda. Que si menos mal porque ahora tiene una anécdota con la que chantajearme toda la vida. Y que no me preocupe, que ya encontrará el momento en el que tenga que devolverle el favor.

La mitad de los mensajes tienen el tono de burla normal de Benno. Pero eso no los hace menos peligrosos. Para mí, no para él. Ni siquiera me imagino que pueda utilizar lo ocurrido como forma de chantaje. Pero si alguien se entera alguna vez —y con «alguien» me refiero a mi padre, mis hermanos o Gael—, las risas por su parte estarían aseguradas durante mucho, muchísimo tiempo.

Termino de dejar todas las prendas sobre la cama y las miro. Las contemplo. Las interiorizo. Porque ahora son mías y parte de mi armario. Solo de pensarlo me ataca otro escalofrío.

Habrá que joderse.

—¡Joleen! —Escucho la voz de papá desde la cocina.

—¡Ya voy!

La exclamación me sale más precipitada y nerviosa de lo que quiero y, antes de que se le ocurra venir a husmear a mi dormitorio, recojo toda la ropa y la tiro en el fondo del armario de cualquier manera. Intento camuflarla un poco con el resto antes de cerrar la puerta y salir. Cuando lo hago, Micha y René me miran con la curiosidad pintada en las pupilas. O a lo mejor soy yo, que me estoy volviendo loca y creo que saben muy bien lo que he hecho esta tarde.

Trago con dificultad y me siento a la mesa. Carraspeo para recuperar el tono normal de mi voz y estiro los labios hacia arriba en lo que creo que es una sonrisa.

—¿Qué hay de cenar? —pregunto, intentando mantener la calma.

Capítulo 4

Cuando pongo un pie en el campus, ya tengo imágenes muy locas de cómo va a ser el día. Creo que la gente se va a girar a mirarme como en las películas americanas. Que todo el mundo se va a dar cuenta de mi cambio, vaya. Pero este es el mundo real y nadie se gira a mirarme. Ni a nadie le interesa mi indumentaria. Básicamente, porque la gente aquí no me conoce.

O, más bien, me conocen tan poco como yo a ellos.

Es un campus universitario. Está claro que no voy a conocer a cualquiera que pulule por aquí ni nadie va a tomarse un segundo de tiempo de su vida para prestarme atención.

Pero, mientras avanzo hacia las escaleras donde nos encontramos siempre Gael, Benno y yo, me siento incómoda. Como si tuviera todas las miradas puestas en mí.

Solo hay una mirada que sí que me ve llegar desde lejos. Y no, no te hagas ilusiones. Es la de Gael, ni más ni menos. Me acerco sintiéndome tan flexible como una tabla de madera. Hago un gesto de cabeza para saludar a Benno y me giro hacia Gael, que me contempla como si fuese la mierda más grande que ha puesto hoy un pie en la universidad.

—¿Qué te pasa? —pregunto, arisca.

—¿Qué te pasa a ti? —contraataca.

—No sé a qué te refieres.

Gael alza muchísimo las cejas. Tanto que parece que se le van a fusionar con el nacimiento del pelo. Pero no le hago caso. Un poco sí que me duele su reacción. Como si acabase de ver algo desagradable.

Aunque no es una reacción muy diferente a la mía propia cuando me decidí por la ropa que me iba a poner hoy. Vaqueros algo ajustados y una camiseta de manga corta bajo la chaqueta. Todo de mi talla. Y que deja ver mucho más de mi cuerpo de lo que yo deseo. También he cambiado mi coleta alta por dos trenzas de espiga. Al hacérmelas por la mañana, me di cuenta de que va siendo hora de un buen corte de pelo, pero ni me queda dinero este mes ni tengo ganas de ir a la peluquería.

Cortarme el pelo es otra de las actividades en las que no tengo especial interés. Lo hago una vez cada dos o tres años y, cada vez que voy a una peluquería, es a una nueva. Pero los comentarios que recibo de quienes me cortan son siempre los mismos: tienes que ocuparte más de tu melena, tienes las puntas abiertas, utiliza esto y lo otro para que tengas el pelo más sedoso.

Pero ni me interesa cuidar mejor de mi pelo, ni me importan las puntas abiertas, ni quiero que mi pelo sea más sedoso.

Suspiro, dejando escapar el aire entre dientes.

Gael sigue mirándome y yo ya estoy demasiado nerviosa.

—En serio, Gael, ¿cuál es el problema?

—Que te ves como una chica, ese es el problema.

Entrecierro los ojos para decirle algo, pero otra voz hace que me trague las palabras.

—¿Qué hay?

No contesto a la pregunta de inmediato porque me molesta que alguien se dirija a nosotros. Pero, al girar el rostro, me doy cuenta de que ese alguien no se dirige a nosotros, sino a mí. Abro la boca para contestar algo inteligente, pero no se me ocurre nada, así que vuelvo a cerrarla mientras Fritz pasa por mi lado. Al girarme hacia él, me guiña un ojo.

—¿Y este imbécil? —pregunta Gael, apoyándose en la pared—. Se piensa que porque te hayas puesto ropa de gente normal ya puede ligar contigo o qué.

—¿Tengo que recordarte quién lo propuso?

—Chicos, ya basta —interviene Benno, poniendo los ojos en blanco—. Sois insoportables.

Me cruzo de brazos. Hablar con Gael no tiene ningún sentido. Pero lo peor de todo es que no deja de mirarme. Tengo sus ojos oscuros clavados en mí como una lapa a cada movimiento que hago. Cosa que me pone nerviosa. Muy nerviosa.

—Si nadie tiene más que decir, me voy a clase —digo, pero, en realidad, es una mentira. Solo quiero irme de allí, perderlos de vista a los dos—. Nos vemos luego.

—¡Ah! —exclama Benno de repente—. ¿Te vienes al bar después de clase?

Asiento con la cabeza mientras echo a andar. No tiene que preguntármelo dos veces.

Cuando miro por última vez a Gael, lo veo enfurruñado, cruzado de brazos y pegado a la pared como si quisiera volverse uno con ella. Pongo los ojos en blanco porque, si para los hombres el tópico es no poder entender nunca a las mujeres, deberían de tener amigos como él para darse cuenta de que entender a los hombres tampoco es moco de pavo.

Llego al bar y lo primero que hago es ponerme la sudadera que llevo en la mochila para no enseñar los brazos una vez me quito la chaqueta.

Poco después llegan Gael y Benno, que se sientan en nuestra mesa.

—Vaya un día de mierda —comenta Gael.

Benno sonríe, pero no dice nada. Una camarera se acerca a nosotros y toma nuestro pedido. Gael se recuesta en la silla, parece cansado, pero no hago ningún comentario.

Me he pasado todo el día entre clase y clase pensando en una única cosa. Ya es casualidad, pero estoy segura de que Gael lo ha hecho a propósito. Él conoce a Fritz del instituto, de su clase.

Cuando Benno y yo llegamos a la universidad, Gael ya llevaba allí un año y fue quien se encargó de enseñarnos todo. En ese momento, me dio la sensación de que se sentía aliviado de tenernos allí al fin, aunque después de un tiempo ya no estuve tan segura.

La camarera nos deja las bebidas en la mesa y, cuando se marcha, me inclino hacia adelante. Intento sonreír de la misma forma en la que Gael lo hace, aunque estoy segura de que no lo consigo. Su sonrisa canalla es inimitable.

—Gael, oye, una cosa… —Él me mira y lo hace frunciendo el ceño. Todavía no entiendo cómo es Gael el marginado y no Fritz. La guapura le sale a Gael por los poros, al otro, claramente, no—. Me he acordado hoy que compartiste clase con Fritz el último año de instituto. ¿Te acuerdas?

Gael se crispa en su silla. He dado en el clavo, seguro. Ensancho la sonrisa porque no pensaba pillarlo por sorpresa. Benno se inclina hacia adelante también, parece que comienza a interesarle todo el asunto.

—¿Qué te parece si me dices cuál es su club favorito?

—¿Su club favorito? —repite Gael.

Asiento con la cabeza y me relamo los labios.

—Sí, ya sabes. Para ir de fiesta y tal.

—¿Y qué quieres? ¿Que te lo diga para ir tú también de fiesta o qué?

—Quién sabe…

Benno suelta una exclamación emocionada, como quien ve un partido de fútbol y su equipo acaba de marcar un gol. Entrecierro los ojos, sin apartarlos de Gael. Si no lo conociese tan bien, creería que se está esforzando por no salir corriendo.

—Tú nunca has salido de fiesta.

—Para todo hay una primera vez, ¿no?

Ambos nos mantenemos la mirada. Quien primero flaquee, pierde. Siempre el mismo juego. Un juego de egos, como diría Benno.

Me muerdo el labio cuando él suspira, cerrando los ojos. Se masajea las sienes y murmura algo en voz baja que no logro entender. Sonrío.

—¿Y bien?

—El Monkeys —contesta Gael, molesto.

—¿Te apetece ir, Benno? —pregunto entonces, pasando olímpicamente de Gael y su pequeño berrinche.

El susodicho asiente con la cabeza.

—Y tanto. Hace bastante tiempo que quería ir. Se habla muy bien del local, pero vosotros no sois de clubs, así que…

—Es una cita. Mañana a las ocho, ¿vale?

—No te creas que te voy a dejar ir sola.

—No voy sola, Benno viene conmigo.

Gael gruñe con los dientes muy apretados. Adoro verlo así de furioso. Si sigo dándole brasa, estallará en llamas en cualquier momento. Ladeo un poco la cabeza antes de que él diga nada más. Cuando habla, frunzo el ceño.

—Será una cita de tres.

Gruñe. Y lo hace de una forma tan gutural que algo se me revuelve por dentro.

No hay nada que me motive más a vivir que hacer enfadar a Gael por cualquier cosa. Su forma de revolverse es única y, sin duda, mi fuente de diversión constante. Además de que me encanta verlo echar chispas.

Pero lo más importante es que gano la batalla. Incluso aunque sé muy bien que todavía no he ganado la guerra.

No comprendo del todo el enfado de Gael, por mucho que me divierta verlo así. La culpa de todo esto es solo suya. Él hizo la apuesta y eligió al candidato. Pero a mí hay algo que se me escapa, aunque todavía no entienda el qué.

—Gracias —le digo, algo más bajito.

Y lo hago solo para que sepa que, a pesar de todo, sigo estando ahí.

Ambos nos sacamos de quicio de forma constante. Pero, después de mi familia, poca gente hay en esta vida que quiera tanto como a él. Como amigos, se entiende.

Él asiente y yo le sonrío tras sacarle la lengua. Al hacerlo, también sonríe.

Me miro al espejo. Otra vez. Y otra vez me ataca la pregunta de por qué los tíos son a veces tan trogloditas. Solo se fijan en el físico y en quién está más buena. Quién tiene el mejor culo. Quién tiene las mejores tetas. Quién está dispuesta a más.

Está claro que yo no soy de esas. Ni estoy buena ni tengo un buen culo ni unas buenas tetas. Mucho menos, estoy dispuesta a más. Al menos, no así porque sí, y no con cualquiera.

En realidad, ni siquiera he recibido un beso en condiciones. Mi primer beso fue en un armario, jugando al juego de la botella, con un chico de clase que me caía fatal. Menos mal que después del beso nunca se atrevió a volver a hablarme.

Pero es que yo nunca he tenido una referencia femenina, nadie a quien preguntarle cómo se hace esto o aquello. Después de aquel primer beso, lo que hice fue buscar en YouTube cómo se hacía. Y ni eso consiguió aclararme las dudas.

Pero da igual. No estoy hablando de mí, sino de ellos.

Los tíos como Fritz solo quieren una cosa: mojar. A saco, a ser posible.

Suspiro y me quito la sudadera y la camiseta. Luego hago lo mismo con los pantalones. Me miro en ropa interior y, antes de volver a odiar lo que veo, me aparto del espejo y me pongo otra ropa.

Cuando Liesel se fue de nuestras vidas, yo no era más que un bebé. Técnicamente, ya no lo era, pero nadie deja atrás a una niña de tres años creyendo que ya es una edad adecuada para hacerlo.

Liesel es mi madre. Pero jamás podría llamarla así. Al menos, no delante del resto de mi familia. Y, para qué mentirme, la mayoría de las veces tampoco puedo hacerlo solo para mí.

Los días con una mujer en casa me son desconocidos. Haber crecido con dos hermanos y un padre, al principio sobreprotector, tuvo como consecuencia el no haber aprendido nada sobre mujeres. Que mis dos mejores amigos también sean del sexo masculino no ayuda, la verdad.

Pero es que no sé cómo comportarme como mujer. No lo he aprendido y, en realidad, tampoco quiero hacerlo.

Porque, para mí, ser mujer es algo que no deseo y que no quiero usar en mi favor, vamos.

Así que pensar en todo aquello que suele gustarle a los tíos y que yo no tengo es muy doloroso. Porque no creo ser guapa ni estar buena ni tengo nada que pueda llamar la atención. Y eso está bien, porque paso de hacerlo.

Me pongo el chándal y me siento frente al escritorio. Antes de comenzar con los trabajos de la universidad, leo los últimos mensajes de Gael, en los que se empeña en hacerme entrar en razón y me explica por qué es una mala idea que vayamos al Monkeys al día siguiente. Le contesto, sin poder evitar una sonrisa.

Yo:
Yo siempre hago todo por ti.
No seas aguafiestas.

Mientras contemplo la pantalla del móvil, veo que está escribiendo. Escribe y lo hace durante tanto tiempo que creo que me va a mandar la Biblia escrita en verso. Pero, al final, lo que aparece reflejado en el chat me hace alzar las cejas de pura sorpresa.

Gael:
Buenas noches.

Sin más.

Dejo el móvil a un lado. Gael es un chico. Pero uno al que conozco muy bien, demasiado bien, me atrevería a decir. E incluso así, a veces también me resulta un enigma indescifrable.

Pongo el móvil en modo avión e intento olvidarme de lo que acaba de ocurrir. Sé desde ya que concentrarme va a ser más difícil de lo que creo, pero me esfuerzo al máximo. Por desgracia, una sensación extraña se me instala en la boca del estómago. Como si estuviese haciendo algo sumamente mal.

Capítulo 5

Esta materia la he suspendido durante toda mi vida. Me refiero a la de ligar, claro. No tengo ni idea de qué hacer para que otra persona te preste atención, cómo llevar una conversación para resultar interesante. Pero lo peor del asunto es que no sé cómo hacerlo para ligar, pero tampoco para entablar una conversación normal con una persona normal.

Y vuelvo a caer en la cuenta cuando veo la marea de gente frente al local. Pienso en ello porque me recuerda lo poco que me gustan estos lugares: las discotecas, las fiestas, los eventos sociales en los que solo se está ahí para beber, hablar, pasar un buen rato y luego poder decirle a todo el mundo que has participado en él.

Un escalofrío me recorre toda la columna vertebral solo de pensarlo. Qué asco.

Pero yo estoy allí con un objetivo en mente. Con una misión, más bien.

No dejar ganar a Gael.

Solo hoy me he preguntado tres veces por qué hago tanto el idiota. Por qué no le digo a Gael que ha ganado, que se meta su dinero por donde no da el sol y que me diga cómo de limpio quiere su dormitorio. Que me deje en paz. Pero una parte de mí me dice que es emocionante y que debería, al menos, intentarlo. Otra, sin embargo, me dice que lo hago por un motivo muy especial y que es por el que no puedo dejar pasar ninguna apuesta con Gael. Pero a esa parte no le hago caso porque es la más loca e irracional de las dos.

Inspiro hondo al llegar a la puerta del club donde se juntan los fumadores y a los que tanto alcohol les ha sentado fatal.

Alzo un poco la cabeza en busca de Gael y Benno. Al primero lo encuentro apoyado en la pared, en una esquina alejada de toda la gente que se amontona en la entrada. Con las manos metidas en los bolsillos y arrebujado en la chupa de cuero. El cabello le cae despeinado sobre los ojos y, si no lo conociese bien, diría que está echándose la siesta allí mismo. Me acerco a él y le doy un puñetazo amistoso en el brazo.

—¿Qué tal? —pregunto, esbozando una sonrisa—. ¿Estás preparado?

—Para nada —dice, despegándose de la pared—. Jo, oye…, no tienes que hacer esto. Es más, te pido que lo dejes, por favor. No deberíamos haber hecho nunca la apuesta.

Arqueo las cejas y me cruzo de brazos, ahora un poco molesta. No lo entiendo. Hay cosas de Gael que siempre me resultarán demasiado complicadas e incomprensibles. ¿Qué mosca le ha picado ahora?

—¿Tienes miedo de que pueda ganarla? —pregunto, enfadada.

Él suspira.

—Por el amor de… Joleen, no todo tiene que ver con la maldita apuesta, ¿sabes?

—Entonces, ¿cuál es el problema? Dímelo.

—El problema es que yo…

Me mira de arriba abajo, pero no termina la frase. Y no lo hace porque Benno acaba de llegar, sonriente como siempre.

—¡Aquí estáis!

Las palabras de Benno se diluyen entre nosotros. Ninguno de los dos reacciona porque estamos perdidos en la mirada del otro, en mi caso, intentando averiguar qué se esconde detrás

de los ojos sombríos y el ceño fruncido. Al menos, eso es lo que intento adivinar de la mirada que Gael me lanza.

Pero, al final, él es quien rompe el contacto visual y tengo que reconocer que me duele que lo haga. Pero no digo nada.

Que Gael se enfade conmigo es algo que jamás podré imaginarme. De hecho, no creo ser capaz de sobrevivir a una bronca entre los dos. Él siempre ha sido mi mejor amigo y, sin él, mi vida no sería la misma. Quizás por eso me duele y desconcierta a partes iguales su comportamiento de los últimos días.

—¿Vamos? —pregunta Benno, esta vez en voz más baja.

Me giro hacia él y asiento con la cabeza. Claro, vamos. No estamos allí para ocuparnos de crear un mal rollo desagradable entre los tres y quedarnos fuera como pasmarotes. Así que inspiro hondo, armándome de valor, y los sigo al interior.

No hay ni rastro de Fritz. Y eso lo sé a los cinco minutos de adentrarnos en este antro infernal. Barro toda la sala con la vista, buscándolo, pero no lo encuentro. Una voz en mi cabeza me repite que, seguro, no he conseguido localizarlo entre tanta gente. Pero yo sé que no está aquí. Al menos, eso es lo que me dice otra vocecita en mi cabeza.

Me giro sobre el taburete y sorbo por la pajita de mi Coca-Cola. Miro asqueada hacia la esquina donde se ha marchado Gael con su nueva chica. Se le pega como una lapa y ya ha intentado besarlo tres veces. Frunzo el ceño al contemplarlos. Ya es triste estar aquí sentada frente a la barra de un club que no me interesa lo más mínimo. Hasta que Benno me dice que va al cuarto de baño y me doy cuenta de que estarlo sola es mucho más triste todavía.

Vuelvo a beber de mi vaso y miro a Gael. La chica le mordisquea el cuello y él baja las manos desde la cintura hasta el culo mientras ambos se contonean de una forma que me resulta muy desagradable. Aparto la mirada cuando empiezan a picarme los ojos de ver tanta asquerosidad. Me da la sensación de que voy a llorar, pero estoy segura de que lo que me molesta es el aire viciado del local.

Me giro sobre el taburete para contemplar al camarero al otro lado de la barra. Va de un lado a otro sin pausa, sirviendo los pedidos que recibe desde el otro lado a gritos. La música —si es que se le puede llamar así— es estridente y algo en el interior de mi cabeza martillea al mismo ritmo que ella.

Suspiro y le doy el último trago a la Coca-Cola. No hay nada que me obligue a quedarme aquí. Cuando saco el móvil del bolsillo, no tengo notificaciones. A saber dónde se ha metido Benno. A lo mejor también ha encontrado por el camino a una que le haya gustado y se ha ido con ella.

No podría culparlo.

Todavía debatiendo si marcharme o no, alguien se sienta en el taburete contiguo al mío. Aquí la gente no pierde el tiempo. Frunzo el ceño. La persona le pide algo al camarero y, luego, creo que se dirige a mí.

—¡Oye! ¡Eh!

En un primer momento no me giro. No quiero que ese ser piense que tengo ganas de hablar con él. Pero cuando miro de reojo para ver de quién se trata, mi corazón da un vuelco de puro susto. Coño. Es Fritz.

—Te llamas Josephine o algo así, ¿no?

—¡Joleen! —lo corrijo.

—Joleen, eso. Perdona.

Me encojo de hombros. Al menos, me ha reconocido. O eso creo.

—¿Qué haces aquí, Joleen? Nunca te había visto…

—He escuchado hablar del sitio y quería venir a ver.

Fritz asiente con la cabeza y recibe un vaso de plástico con lo que ha pedido. Un cubata, o eso parece. Lo miro o, mejor dicho, miro tras él. Hacia Gael y la chica. Pero esta vez quien me interesa es ella. Sus gestos, lo que hace. La chica se echa la larga melena rubia hacia atrás y yo intento hacer lo mismo mientras le sonrío.

—¿Cómo estás? —pregunto hacia Fritz.

Pero él hace un gesto indicando que no ha escuchado lo que le he dicho. Así que me inclino un poco más hacia él. Sé que, al hacerlo, puede ver mi escote con claridad. Me da un poco de vergüenza. Qué va, muchísima vergüenza.

—Oye —dice él, y sé que sus ojos se han ido directos al escote antes de volver a subirlos hacia mi rostro—. Perdona lo del otro día, ¿eh? Es que no me lo esperaba.

—No te preocupes.

—¿Estudias también en la uni?

Una Joleen muy mala en mi interior se ríe ante el comentario. «Pues claro que estudio en la misma universidad, ya me contarás qué estaba haciendo en la cafetería si no».

Vuelvo a mirar por encima del hombro de Fritz. La rubia está tan pegada a Gael que parece fundirse con él. Así que, inspirando hondo, hago acopio de todas las fuerzas que me quedan y salto del taburete para acercarme a Fritz. Cuando lo hago, un miedo visceral de no saber qué estoy haciendo me recorre. Pero no le hago caso.

—Sí, estudio Educación Infantil —explico, colocándole una mano sobre la rodilla y sintiendo que me quema la piel al hacerlo—. ¿Y tú?

—Educación Física.

Tengo que ahogar la risa al escucharlo. Qué típico. De hecho, podría haberlo adivinado sin que me dijese nada. Pero yo no estoy allí para reírme de él —puede que solo un poco—, sino para ganar una apuesta.

—Eso suena muy interesante —digo, y vuelvo a fijarme en el comportamiento de la chica. Inclino la cabeza hacia un lado al mismo tiempo que ella lo hace con Gael—. A lo mejor puedes explicarme un poco más de qué va en algún momento.

—Cuando quieras, nena.

Tengo que reprimir las ganas de hacer una mueca de desagrado. O, directamente, de vomitarle encima. Qué tío más macho, por favor.

En vez de la mueca, sonrío. Como si de verdad tuviese interés en que me explique más sobre su maravillosa carrera mientras intenta meterme la lengua hasta la garganta. Qué desagradable.

Ya estoy bastante harta de cosas asquerosas, así que me siento muy aliviada cuando él se acerca más a mí y me dice que tiene que volver con sus colegas.

—Espero que nos veamos pronto —comento, y él sonríe al escucharlo.

Lo veo marcharse y entonces dejo caer la mitad de mi cuerpo sobre la barra para llamar la atención del barman al otro lado. Le grito que me ponga otra Coca-Cola y, cuando la tengo delante, me la bebo de un solo trago. Qué agobiante es este sitio, por el amor del cielo.

—¿Has ganado la apuesta ya? —pregunta Gael a mi lado.

Me da un susto de muerte, el muy idiota. Me giro hacia él, que me mira sonriente. Está sudoroso y el cabello rubio se le pega a la frente y a la sien. Está más despeinado que de costumbre, así que pienso que se habrá dado el lote con la chica. Frunzo el ceño y regreso la

mirada hacia el frente, nerviosa. Verlo allí de pie, todo sudado y revuelto, con los ojitos brillantes y su sonrisa canalla pintada en los labios, me desestabiliza.

—Todavía no —contesto, saltando del taburete—. Pero no te preocupes. Pronto, muy pronto.

Gael suelta una carcajada como si lo que acabo de decir fuera un chiste de los buenos. Luego, me rodea los hombros con un brazo y acerca su rostro a mí para seguir hablando. Su respiración no huele a alcohol. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo al tenerlo tan cerca.

—Eso ya lo veremos, Jo. ¿Vienes a dormir a casa? No querrás despertar a tu padre a esta hora. Benno me ha dicho que ya se iba a casa en cuanto te ha visto ligando con el amor de tu vida. Y si no tienes nada mejor que hacer aquí…

Asiento con la cabeza.

—Sácame ya de aquí, por favor.

—Tus deseos son órdenes.

Al escuchar sus palabras, el corazón se me salta un latido, pero no le hago caso. Creo que es porque la multitud me está agobiando demasiado. Así que dejo que Gael me guíe hasta la salida de la discoteca y, una vez fuera, aspiro una gran bocanada de aire. Aire repleto de humo de cigarrillo, por cierto. Me invade un ataque de tos espontáneo.

Gael se ríe a mi lado y, en cuanto la tos me lo permite, le lanzo una mirada de amenaza.

—Anda —vuelve a rodearme los hombros con un brazo—, vámonos a casa. Creo que esta noche ya ha sido insuperable.

Quiero pegarle un puñetazo en todo el pecho ante su comentario. Pero no quiero más que irme a casa con él, tirarme en la cama y dormir todas las horas que voy a necesitar para recuperarme de la experiencia.

Solo de pensar que hay gente que vive así todos sus fines de semana se me pone la piel de gallina. Qué energía y ganas hay que tener, por favor.

Me acurruco junto a Gael porque el frío de abril, en las noches, todavía es feroz y mi chaqueta, demasiado fina.

No he podido dormir todo lo que me hubiese gustado. Primero, porque el hermano pequeño de Gael es de esos niños que siempre se levantan muy temprano incluso en los fines de semana. Y, segundo, porque Gael también es de esa clase de personas tan raras. Así que él se ha levantado a las ocho de la mañana con un par de horas de sueño en el cuerpo.

Me desperezo sobre el colchón que anoche colocamos en el suelo e intento cubrirme con la sábana para seguir durmiendo. Pero ya no puedo. Gael no ha abierto las persianas para no molestarme, lo sé. Pero ha encendido la lámpara de su escritorio, que es mucho peor que la luz del sol.

—Joder, Gael —me quejo, removiéndome bajo la manta—. No entiendo cómo puedes madrugar tanto…

Escucho que se gira hacia mí sentado en la silla de escritorio. Seguro que me está sonriendo y preguntándose cómo puedo ser tan vaga. Pero no lo soy. Solo me gusta dormir. No hay nada de malo en ello, ¿no?

—No podía seguir durmiendo más y quería avanzar los trabajos de la uni.

—Qué aplicado —digo, y me quito la manta de la cabeza.

Me incorporo con dificultad y me restriego el rostro para borrar un poco del cansancio. Al mirarlo, se me corta la respiración. Coño, otra vez. Estoy hartísima de que estas imágenes me sorprendan a pesar de haberlas visto un millón de veces. Ahí está Gael sentado, con su camiseta vieja y medio rota, con los brazos al aire y los pantalones de pijama. No hay nada de especial en

verlo así y, sin embargo, tanto mi estómago como mi corazón saltan emocionados en mi interior. Aunque puede que los saltos de mi estómago sean por hambre.

Cuando éramos pequeños y me quedaba a dormir aquí, incluso compartíamos la misma cama. Conforme fuimos creciendo y se nos fue quedando estrecha, tuvimos que hacernos con un par de colchones de esos que solo tienes para tus invitados. En realidad, esa fue una excusa. Dejamos de hacerlo porque nos dimos cuenta de que a sus padres les parecía un poco raro que compartiésemos cama pasados los catorce años y él me preguntó si tenía algún problema con ello.

Me siento sobre el colchón, apoyo el codo sobre la rodilla y la cabeza, en la mano. Me duele la mitad del cuerpo, aunque no sé bien por qué.

—Oye, ¿te puedo preguntar algo?

Gael está mirando de nuevo su portátil sobre el escritorio, pero deja de prestarle atención al escuchar mis palabras. Se gira hacia mí y entrecruza los dedos, esperando la pregunta.

—Dispara.

Dejo pasar un par de segundos. No sé muy bien cómo formularla.

—¿Por qué a los tíos os atrae tanto el físico?

Gael enarca las cejas al escuchar la pregunta. ¿He dado en el clavo y por eso la reacción? No lo sé. La cuestión es que deja pasar un tiempo antes de contestar. Y, como tarde mucho más, me voy a dormir de nuevo.

—Eso no es solo problema nuestro, ¿eh? —responde, y se remueve un poco sobre la silla—. Os pasa a vosotras también. Y es normal porque a los humanos nos llama la atención lo que nos parece bonito. A primera vista, es lo único que puedes conocer de una persona y por eso es lo que te llama o no la atención y te gusta. Si conoces a la persona, ya es otra cosa…

—Ah, ¿sí? —lo interrumpo, cambiando de posición—. Pero siempre que habláis de una tía decís lo buena que está físicamente. Me encantaría escuchar a alguno diciendo que está buenísima por dentro.

—Primero, eso sería un poco macabro y suena a destripador.

Gael sonríe y se inclina un poco más en mi dirección. Sus ojos vuelven a brillar, un poco como lo hicieron la noche anterior, y me pregunto si estará pensando en la rubia que se lo quería comer.

—Segundo, no nos metas a todos en el mismo saco.

Bufo, mostrando mi desacuerdo ante tal comentario.

—A ver, piensa que no nos conocemos. Nos vemos en un bar o donde sea. ¿Estarías dispuesto a ligar conmigo?

Las cejas de Gael suben tanto por su frente que creo que van a salir disparadas al cielo. No hay nada de malo en mi pregunta, ¿no? Entonces, ¿a qué se debe la reacción? Espero algunos segundos que luego pasan a ser minutos, pero no obtengo respuesta. Soy yo quien enarco las cejas, esperando a que conteste.

—Bueno, a ver… —comienza, y se rasca la nuca al hacerlo—. Es que yo… Tú…

La puerta del dormitorio se abre, dándome un susto de muerte. La cabeza de Rita, la madre de Gael, asoma por la puerta, sonriente como siempre. Al verme, me saluda cerrando los ojillos al tiempo que su sonrisa se ensancha.

—Hola, Joleen. No sabía que habías dormido aquí —dice, y no es una recriminación—. Me alegra verte, hacía ya unas semanas que no te pasabas por casa. ¿Te quedas a desayunar?

—Con mucho gusto. Gracias, Rita.

Ella regresa la mirada hacia su hijo.

—Venid, ya está todo listo.

Gael se pone en pie como impulsado por un resorte y yo lo sigo. Lo que no me ha pasado desapercibido es que no ha contestado a mi pregunta. Pero, en ese momento y al escuchar el concierto que hacen mis tripas, me da un poco igual.

Capítulo 6

Me inclino hacia René para distraerlo un segundo y aprovecho para darle el golpe final a su personaje y ganar la partida. Alzo los brazos y dejo caer el mando de la PlayStation, sonriente.

—¡Sí, señor! —exclamo, llena de júbilo.

Mi emoción solo consigue que me gane una mirada de desaprobación por parte de mi hermano, pero me da igual.

—Has jugado sucio.

Le saco la lengua, recuperando el mando y finalizando la partida. Está ofendido. No se lo tengo en cuenta, aunque entiendo el motivo. No he jugado muy limpio, pero tampoco es para tanto.

—Oye, Jo —dice mientras se remueve inquieto a mi lado. Estamos sentados en el suelo como siempre hemos hecho, desde que éramos unos niños—. Tu pregunta del otro día…, ¿no querrás cambiar tu apariencia porque te gusta un tío?

Alzo una ceja, interrogativa, y me invade la vergüenza. Por lo visto no resulté tan discreta como había creído y mi hermano fue demasiado perspicaz. Pero lo que dice para mí no tiene mucho sentido. Está loco si se piensa que voy a cambiar solo por ganar esa estúpida apuesta. Me he comprado algo de ropa nueva, sí, pero no es para tanto. Son cosas que, además, podré volver a vender en cuanto haya ganado.

Hago un gesto con la mano, restándole importancia a todo el asunto, y me giro hacia él.

—No voy a cambiar por un chico, René —lo tranquilizo—. Eso sería muy estúpido.

Él me contempla durante algunos segundos. Durante ese tiempo, intento mantener mi sonrisa intacta para que elimine las dudas, pero creo que no lo consigo del todo. Al final, suspiro y me paso una mano por el rostro.

—Mira, solo eran unas preguntas sin más, ¿vale? Es que no entiendo por qué sois tan superficiales.

Él se encoge de hombros, pero no contesta. Aferra el mando entre ambas manos y comienza la siguiente partida. En mi interior suspiro aliviada. No creo que hubiese sido capaz de soportar mucho más tiempo semejante conversación. Ya me lo había dicho Gael y, ahora, René. No estoy dispuesta a cambiar mi forma de ser por alguien, mucho menos por un tío. Muchísimo menos por una apuesta. Pero que me lo recuerden a cada segundo me hace sentir muy violenta.

Borro la conversación de mi mente para concentrarme en la nueva. Estoy segura de que René se preocupa por mí como el buen hermano mayor que es y nada más.

—Si a esto lo llaman *pizza*, es porque nunca han probado una —dice Gael, apartando el plato.

Sonrío antes de llevarme una cucharada de arroz a la boca. La comida de la cafetería no es una exquisitez, pero está rica y es barata.

—Lo que yo no entiendo es por qué sigues pidiéndola.

Gael se encoge de hombros. Benno no ha apartado la vista de su plato, comiendo casi a dos manos. Con él siempre es así. En las comidas no dice palabra hasta que ha acabado con todo lo que tiene delante. Como el monstruo de las galletas. Me termino el arroz y paso al postre.

—Hay muchísimas otras cosas que están bastante bien, como este arroz o las ensaladas. Pide alguna de esas.

Gael hace una mueca de desagrado, pero no dice nada. Acostumbrado a la deliciosa comida de su madre, tampoco me extraña que la de la cafetería le parezca una bazofia. Bajo la mirada hacia mi postre.

—Hola, Joleen.

Alguien se ha sentado a mi lado en el banco. Cuando me doy cuenta de quién es, casi se me sale de la boca la cucharada de yogur. Alzo mucho las cejas e intento tragar, aunque parece que se me ha cerrado la garganta.

Fritz me sonríe. A mí.

—¿Te apetece ir a una fiesta este fin de semana? —pregunta a bocajarro. Este chico no se anda con rodeos—. He pensado que allí podríamos hablar un poco más, ya sabes.

Asiento. Claro que me gustaría ir. Pero no tanto por hablar con él, sino por ganar la maldita apuesta y regresar de una vez por todas a mi vida sin ella. Hasta que a Gael se le ocurra la siguiente, por supuesto.

Sonrío e intento parecer lo más adorable que puedo. Pero acabo de zamparme un plato enorme de arroz con pollo y espero que no se me haya quedado nada entre los dientes.

—Claro, gracias por la invitación.

Fritz asiente con la cabeza y hace el amago de ponerse en pie. Pero, antes de que lo haga, llevo una mano hacia él y lo agarro por el antebrazo. Yo misma me sorprendo ante el gesto. Intento estirar más la sonrisa.

—Perdona, ¿puedo llevar también a mis amigos?

Fritz frunce el ceño y gira la mirada hacia Gael y Benno. El segundo todavía está ocupado con su comida y creo que ni se ha dado cuenta de lo que está ocurriendo. El primero habría sido capaz de matar a Fritz solo con la mirada, por lo visto.

Titubea un momento.

—Eh… claro, ¿por qué no? Que ellos vengan también. Ah, y ponte algo bonito.

Me guiña un ojo, poniéndose en pie. Le doy las gracias —como si tuviera que dárselas— y lo contemplo marcharse. Luego me giro hacia Gael.

—Colega, estoy a esto de ganarte —digo, y hago un gesto con los dedos—. Lo tengo en el bolsillo.

—No seas estúpida.

—¿Perdona?

Frunzo el ceño ante el comentario de Gael, que me habla como si fuese retrasada mental o tuviese cinco años.

—Que está claro lo que quiere. Enrollarse contigo y a saber qué más. Y una vez lo consiga, no te va a hacer caso.

—¿Crees que no puedo gustarle o interesarle más allá de eso?

—Está claro que no.

—Joder, tío.

No sé qué más decirle porque sus palabras me han robado todo lo que podría haberle dicho. A pesar de que él no lo hace con mala intención —o, al menos, eso deseo—, sus palabras me duelen demasiado. Tanto que siento el corazón pesarme cada vez más en el pecho. Saber que Gael piensa así es algo con lo que me va a costar mucho lidiar.

Soy de las que no suelen darle importancia a semejantes comentarios. De las que saben muy bien su valía y no le importan lo que digan los demás. Pero que venga de Gael es algo nuevo y diferente para mí, sin duda.

Se me quedan las palabras atascadas en la garganta y no consigo decir nada más. Está claro que no voy a poder cambiar lo último dicho.

Una casa de este tamaño debería estar prohibida. Pero, por lo que veo, no lo está. La fiesta a la que nos ha invitado Fritz es en una mansión en toda regla. Está hasta los topes y no cabe ni una persona más. Algunos fuman fuera, otros han terminado tirados en el jardín delantero. A través de las paredes se escucha el estruendo de la música del interior.

Todo como en una peli adolescente americana, vaya.

Escucho a Benno inspirar hondo a mi lado. Creo que él es quien menos ganas tiene de estar hoy aquí. Y lo entiendo. Yo tampoco las tengo. Al menos, no de la fiesta en sí. Me pregunto cómo demonios voy a encontrar a Fritz entre toda esta gente.

Creo que aquí hay más personas que en el club la semana pasada. Pero daría mucho miedo que fuese así.

—¿Vamos a entrar o nos quedamos aquí mirando desde fuera? —pregunta Benno.

Asiento con la cabeza y nos ponemos en marcha. Gael no dice nada. Está más que frustrado por dejarse arrastrar a esto. Lo conozco bien. Si pudiera, me arrancaría la cabeza. El muy descarado.

Al otro lado de la puerta, el desmadre es mucho mayor de lo que me imaginaba. Siempre se dice que a una fiesta no se llega puntual porque eso es de perdedores. Pero, al llegar pasada una hora de la que me había dicho Fritz, no pensaba que esto ya se habría salido de madre.

—Voy a buscarnos algo de beber —dice Benno, desapareciendo entre la multitud.

No me da tiempo a asentir. O a decir nada. Gael me coge de la mano y me arrastra hacia lo que parece un salón. Se deja caer en un sofá que acaba de quedarse libre y tira de mí para que me siente junto a él.

—No pienso moverme de aquí en toda la noche —asegura con su mirada fija en mí.

Lo contemplo durante algunos segundos. Está jodidamente guapo cuando se enfada, cuando está molesto o hay algo con lo que no está conforme. Pero, claro, eso no se lo voy a decir nunca.

Miro alrededor.

—Esto es como de otro nivel, ¿no?

—No sabía que aquí se hiciesen este tipo de fiestas.

Asiento. Yo tampoco tenía ni idea. De hecho, no me sorprendería si de repente alguien dijese que viene la policía y que tuviésemos que salir por patas.

—¿Y de verdad crees que te vas a divertir aquí, Jo?

Me encojo de hombros y me recuesto en el sofá antes de mirarlo.

—En ningún momento he dicho que me vaya a divertir.

—Entonces, dime, ¿qué mierdas hacemos aquí?

Sonrío de medio lado.

—Ganar una apuesta, por supuesto.

Gael abre la boca para decir algo, pero antes de que pueda escuchar palabra alguna, alguien se sienta entre nosotros. Qué oportuno. Creo que es Benno. Pero no lo es y lo reconozco enseguida.

—Has venido —comenta Fritz; su voz suena algo pastosa, supongo que debido al alcohol—. Qué bien que estés aquí.

Al decirlo, sus ojos bajan por mi rostro, recorren mi cuello y se pierden en el escote de mi camiseta. Me molesta, pero intento que no se dé cuenta. Fritz se inclina hacia mí y solo veo cómo Gael aparta la mirada de nosotros.

—Pensaba que no ibas a venir ya, ¿sabes? Y me había hecho tantas ilusiones…

Al decir las últimas palabras, alza un dedo con el que acaricia mi hombro semidesnudo. Se relame los labios y, por un segundo, siento un profundo desagrado. Pero, por supuesto, no digo nada y hago todo lo contrario a lo que me gustaría.

Sonrío.

—No he podido llegar antes.

Él se muerde el labio inferior. Los ojos le brillan, como si se fuera a echarse a llorar. Pero yo sé que ese no es el motivo. El motivo no es otro que las ganas que tiene de echar un buen polvo después de tantos tragos.

Pero eso no lo va a conseguir de mí. De eso nada.

Antes de que ninguno diga más, a Fritz lo llama un colega. Se pone en pie como impulsado por un resorte y desaparece. Entonces Benno se deja caer entre nosotros de la misma forma. Nos tiende un vaso de cerveza a cada uno. Gael le da un sorbo tan largo a su bebida que se la termina en un único segundo. Me giro hacia él.

—Gael, ¿qué mosca te ha picado?

Él no contesta, se pone en pie y se marcha. Mientras lo contemplo marcharse entre la gente que nos rodea, Benno se gira hacia mí.

—Espero que sepas por qué reacciona así —comenta, y me giro hacia él con el ceño fruncido—. No tienes ni idea. Qué monos sois.

—Si no tengo ni idea, dímelo.

—Decírtelo no me corresponde a mí, Jo.

Antes de poder decir más, ahoga el rostro en su vaso de cerveza. Yo dejo el mío sobre la mesa, frente a nosotros. No pienso beber nada. No lo hago de normal, no lo voy a hacer ahora.

Dejo pasar los minutos apoyada en el respaldo del sofá. Benno se queda un rato conmigo antes de pedirme disculpas y ponerse en pie. Se ha ido a ligar. Busco a Gael con la mirada y me doy de bruces con que él también está ligando con otra.

Qué tristeza de persona soy a veces, por favor.

Inspiro hondo, pensando muy seriamente si beberme la cerveza que he dejado calentar sobre la mesa. Pero es que no tengo nada de ganas. Así que, al final, me pongo en pie haciendo el amago de moverme, de hacer algo. Cualquier cosa. Lo que sea.

Pero antes de poder dar ni un solo paso, tengo a Fritz otra vez frente a mí.

Lo de ser oportuno lo lleva metido en las venas.

—Perdona por haberme marchado así antes —dice, y su voz suena más pastosa todavía—. Tengo tantas ganas de hablar contigo.

Cuando dice «hablar», estoy segura de que no se refiere al verbo como lo conozco yo. O en el sentido riguroso de la palabra. A pesar de ello, sonrío e inclino la cabeza.

—¿Y sobre qué quieres hablar? —pregunto, acercándome un poco hacia él.

Fritz interpreta el acercamiento como un billete de ida y vuelta para hacer lo que quiera. Pero para eso estoy yo más sobria que veinte personas juntas.

—Me encantaría que me contases algo sobre ti. Cualquier cosa.

Su rostro está tan cerca del mío que puedo oler su aliento. Es desagradable porque huele a una mezcla extraña de cerveza con algún tipo de chupito. Así que intento no respirar.

Todavía no he dicho nada cuando lo veo acercarse demasiado. Tanto que hasta me da miedo. Estábamos hablando de conseguir una cita, no de que me metiese la lengua en la garganta a la primera de cambio. Hago lo imposible por evitar que llegue hasta mí. Vamos, que le hago la

cobra en toda regla. Y antes de que se mosquee por lo que acabo de hacer, quiero reconducir toda la situación.

Pero no es necesario, porque antes de darme cuenta, Gael lo coge por el hombro, obligándolo a girarse hacia él, y le estampa un puñetazo en la nariz. Fritz sale disparado hacia atrás por el impacto y, cuando logra recomponerse, me doy cuenta de que le sangra la mitad de la cara.

Miro a Gael.

—¿Te has vuelto loco? —grito.

Fritz quiere arremeter contra él, pero lo retengo cogiéndolo del brazo. No quiero que le pegue a Gael, mucho menos por algo que va a terminar siendo una grandísima estupidez.

—¡Más te vale salir cagando leches de aquí, capullo! —Escucho gritar a Fritz.

—No tienes que pedírmelo dos veces. Vaya una mierda de fiesta.

Antes de que Fritz pueda decir algo más, Gael se gira y se marcha, abriéndose paso entre la multitud. Los que se han dado cuenta de todo el percal a nuestro alrededor han comenzado a gritar para que se peleen. Dejo a Fritz allí mismo y sigo a Gael fuera.

Cuando ya no nos envuelve la música estridente del interior, le coloco una mano sobre el brazo para que me preste atención.

—Gael, ¿qué demonios te pasa? —Él se gira, exasperado. Está rojo de ira y así, como ahora, lo he visto pocas veces en mi vida—. Si estás de tan mala hostia por lo de la apuesta, tienes razón. Dejémoslo.

—¡Es que no te enteras de nada! No es por la apuesta, es por…

—Oye, creo que te estás pasando un poco. Esto no es lo que creía que iba a salir…

—Mira, Jo, puedes hacer lo que te venga en gana, de verdad. Quédate y deja que Fritz te lama hasta los intestinos; por mí, bien. Sigue por el camino que vas, ganarás la apuesta seguro.

—No estás hablando conmigo de forma decente.

—¡No sé qué mierdas esperas de mí! —exclama de repente.

Me quedo un poco paralizada. Yo no espero nada de él. ¿Qué debería esperar? Creía que esta apuesta sería algo divertido, algo con lo que podríamos reírnos un poco en unas semanas, cuando uno de los dos —daba igual quién— la ganase.

—Yo no… no quiero irme a casa.

—Pues quédate. Nadie te lo impide.

Y, tras decirlo, se da la vuelta y se marcha. Y yo me quedo aquí, como una estúpida, viendo cómo se aleja. No sé por qué me invade de repente este sentimiento tan desagradable que me hace sentirme como una mierda. Como si hubiese algo que se me está escapando, que no logro entender del todo o que no quiero entender del todo.

Pero, sea de la manera que sea, yo me quedo aquí sola, abrazándome en la oscuridad —o en toda la oscuridad que te permite tener una fiesta de fondo—. Cuando estoy a punto de echarme a llorar, siento el brazo de Benno rodearme los hombros.

—¿Nos vamos?

Asiento con la cabeza porque estoy segura de que, si digo algo, no podré contener el llanto.

Capítulo 7

No tengo ni idea de por qué me sigo poniendo la ropa nueva. La que compré con Benno. Pero aquí estoy, sentada en la biblioteca, intentando avanzar con un trabajo que no logro entender. Y frustrada, mucho.

No he sabido de Gael en todo el fin de semana, cosa que para nosotros es como no habernos escrito en dos meses. Pero él no se ha dignado a disculparse conmigo y yo no creo tener nada sobre lo que pedir perdón.

Así que ninguno da su brazo a torcer. Cada uno más tonto que el otro.

Pero esta vez no la he liado yo, de eso nada.

Suspiro, intentando volver a concentrarme en el texto que tengo frente a mí. Las palabras se me mezclan las unas con las otras y todo parece estar escrito en un idioma que no conozco. Así que desisto. Puede que suspenda la materia, pero me da igual.

Alguien se sienta a mi lado y se acerca a mí. No reconozco el olor de inmediato, pero sí los movimientos.

—Fritz —digo en voz muy baja, casi a modo de saludo.

Él me sonríe.

—Hola, Joleen.

Él no sabe lo mucho que me desagrada que la gente me llame por mi nombre completo. Pero, a ver, ¿cómo mierda va a saberlo? Nunca hemos tenido una conversación en condiciones y no sabe nada sobre mí.

No sé por qué en este momento me alegra que esté sentado a mi lado. Quizás porque hoy me he sentido más sola que nunca.

—¿Cómo estás?

Y a esa pregunta no sé qué contestarle. Básicamente, porque no tengo ni idea de cómo estoy. ¿Cansada? ¿Angustiada? ¿Agobiada? Frustrada y triste, creo.

—Bien —miento, e intento sonreírle—. ¿Y tú?

Él asiente con la cabeza como toda respuesta.

—Me quedé con muchas ganas de seguir hablando contigo el otro día, pero desapareciste después de… ya sabes.

Aprieto los labios en una fina línea. No sé a dónde quiere ir a parar con esta conversación. Durante un segundo estoy segura de que va a decirme algo por haber dejado que mi amigo le metiera un puñetazo entre ceja y ceja. Pero, en realidad, no tiene que recordármelo, tiene la cara hecha un lienzo.

—Así que he pensado que a lo mejor querrías venir conmigo esta tarde. He quedado con unos amigos y también vienen algunas de las novias. Va a ser algo relajado, nada como lo del sábado, tranquila. ¿Te apetece?

—Claro —sale de mi boca incluso antes de haberlo pensado.

¿Qué está pasando conmigo? Quiero dejar la apuesta, quiero olvidarme de que alguna vez se hizo y de que ha sido el detonante de que mi relación con Gael se resienta. No sé cuál es mi problema al contestar «claro». ¿Será que me estoy volviendo loca ya del todo? ¿O que Fritz es capaz de hipnotizar a la gente?

Trago con dificultad.

—Genial, gracias.

La sonrisa que Fritz me regala es muy diferente a otras que he visto de él hasta este momento y me pregunto si ha comenzado a mostrarme una parte de sí que no le muestra a otra gente. Pero ¿por qué haría algo así?

Sacudo un poco la cabeza para alejar semejante locura e intento sonreír yo también.

—¿Te va bien a las cinco?

—Sin problema. Pásame la dirección.

Él asiente y saca su móvil del bolsillo. Intercambiamos nuestros números de teléfono y me manda un mensaje con la ubicación. Luego se pone en pie, todavía sonriendo, y eso me provoca sentimientos encontrados.

—Hasta más tarde.

Alzo la mano para despedirme de él. No estoy muy segura de qué demonios acaba de pasar. Pensaba que, después de lo del sábado, Fritz no iba a querer hablar más conmigo y yo estaba bien con eso. Incluso me había decidido a olvidar la apuesta y a no volver a hablar nunca más de ella. Si Gael decide levantar cabeza y volver a hablarme, claro.

Pero, contra todo pronóstico, me estoy dejando llevar en una dirección completamente diferente. Por supuesto, esto ya no lo hago por la apuesta. Me da igual. Solo quiero volver a sentirme como el sábado. ¿Aceptada?

Me invitan a la primera fiesta de mi vida y lo único que se me ocurre es que me siento aceptada, parte del grupo o de la manada. Vaya una mierda. Nunca me había interesado algo así, pero me sentí bien al estar en medio de toda esa gente y que nadie me señalara con el dedo para criticar lo rarita que soy.

Regreso la vista hacia el trabajo. La pantalla del ordenador se ha oscurecido y ahora me regala mi propia imagen. Cuando la veo, no sé si reconozco a esta Joleen. Me gustaría decir que sí, pero la verdad es que no estoy muy segura.

Cierro el portátil y doy el trabajo por perdido. Al menos, ese día.

—¡Joleen, aquí estás!

Me recorre un escalofrío al escuchar a Fritz, aunque no sé si es positivo o negativo. De esos buenos que son de emoción o de los otros, de los que te invaden cuando algo te da miedo o como advertencia de tu cuerpo de que no deberías estar ahí.

Sonrío y me acerco a él.

—Hola, Fritz.

—Ven, te voy a presentar a todos.

Me lleva hacia un grupo de chicos y chicas. Todos sentados en sillas, sillones y sofás en el jardín. Esta también es una casa de ricos, qué cosas. Al verme, algunos me saludan y otros alzan la mano con los ojos puestos en mí.

Qué vergüenza. Me ruborizo al instante. Odio que me presten tanta atención, pero lo soporto como puedo. Fritz menciona nombres y señala a gente, pero soy incapaz de retener ninguno en la memoria. A pesar de ello, alzo la mano y sonrío cada vez que alguien me saluda. Luego, acepto su invitación cuando me pide que me siente y me pregunta qué quiero beber.

—Una Coca-Cola, por favor.

Y, al contrario de lo que creo en un primer instante, nadie hace ningún comentario desagradable ante mi reticencia a tomar alcohol. Lo que consigue que me relaje un poco.

A pesar de que me siento cómoda con toda esta gente, algo revolotea en mi interior. Creo que es por estar allí sin haberles dicho nada a Gael y Benno, con los que, por cierto, sigo sin hablar.

Me siento rara porque no he corrido a contárselo en cuanto Fritz se ha marchado de la biblioteca. Es más, me he ido a casa.

Intento mantener el ritmo de la conversación, pero todo va demasiado rápido para mí. Así que sonrío o me río cuando lo hacen los demás y asiento con la cabeza cada vez que me parece oportuno.

Después de un rato, me giro hacia Fritz, que cada vez está más cerca.

—Creo que voy a marcharme a casa —anuncio, y me revuelvo, incómoda. Él me mira y no dice nada, así que creo que necesita más explicación que esa—. Mañana tengo clase a primera hora.

—Claro —dice, poniéndose en pie—. Te acompaño.

Me sorprende la propuesta, pero no le digo que no. Yo qué sé, a lo mejor también tiene que ver con eso de sentirme sola.

Me despido del resto que, sin prestarme demasiada atención, continúa a lo suyo, y sigo a Fritz a través del jardín por la puerta lateral hasta la calle. Enfilo calle arriba y él camina a mi lado. Todavía tengo por delante una caminata de quince minutos para llegar hasta la primera estación de metro que me lleve a casa. Pero creo que ha valido la pena.

—Qué bien que hayas venido —comenta él, sacándome de mis ensoñaciones.

—Gracias por invitarme.

—Ha sido un placer.

Pasamos algunos segundos más en silencio.

—Oye, ¿puedo preguntarte algo? —digo de repente, y evito mirarlo. Él asiente con la cabeza—. ¿Por qué decidiste hablar conmigo después de ignorarme en la cafetería?

Fritz suelta una carcajada. Joder, qué susto.

—Sí, perdona. No lo esperaba y no supe reaccionar. Disculpa si fui antipático.

—Sí, lo fuiste.

Parece que lo que le digo no le molesta, pero no sabría decirlo con exactitud porque no lo conozco tan bien. Volvemos a caminar en silencio. No sé cómo entablar una conversación con otras personas que no sean Gael o Benno, así que creo que lo mejor es que me calle. Tampoco tengo mucho más interesante que decir.

—Gracias por acompañarme —digo, y me detengo, mirándolo—. Desde aquí ya puedo seguir sola.

—Eh… claro, sin problema. Que tengas una buena noche.

—Gracias, igualmente.

Fritz se despide con la mano y se da la vuelta para marcharse. Tampoco sé por qué lo he echado de esa manera, pero necesito tiempo para mí, para pensar y para ahogarme entre todos mis sentimientos, que no sé cómo mierdas manejar. Es que odio que me pasen estas cosas. Por eso no tengo más amigos, por eso no me importa lo que la gente piense de mí. La sociedad me parece en exceso complicada, y me abruma.

Inspiro hondo y, tras contemplar a Fritz marcharse durante un rato, sigo mi camino. Sé que en el metro voy a tener tiempo para pensar, aunque no sé si va a ser suficiente para conseguir aclarar alguna de las ideas revueltas que me acosan. Me muerdo el labio inferior. Tengo demasiadas ganas de llamar a Gael, pero me niego a ser yo quien dé el primer paso. Lo que sí hago es escribirle un mensaje a Benno.

Llego a casa sin saber bien qué hacer. Debería estudiar, pero no tengo ganas. Así que lo que hago es cambiarme de ropa y tirarme en la cama a contemplar el techo. Dejar pasar el tiempo como si

nada es uno de mis pasatiempos favoritos. No han pasado ni cinco minutos cuando alguno de mis hermanos llama a la puerta.

—¡Pasa!

Al otro lado se asoma la cabeza de René, que me sonríe antes de entrar. Él es el más guapo de los tres. Y no lo digo porque Micha, nuestro hermano mayor, no lo sea, pero es que él es el que menos se parece a nuestra madre y, por consiguiente, el que más guapo me resulta. En realidad, papá siempre dice que Micha se parece a él, yo, a Liesel y René es quien más mezclado está. Pero la verdad es que no puedo decirlo a ciencia cierta.

René se acerca hasta el escritorio y se sienta en la silla, entrecruza los dedos sobre el abdomen y me contempla sonriente. De repente, su sonrisa amable se transforma en una un poco más torcida que creo que quiere resultar pícara, pero que no le sale bien.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto, sentándome sobre el colchón y apoyando la espalda contra la pared.

—Qué tarde llegas hoy a casa, hermanita.

—Tenía cosas que hacer.

Frunzo el ceño sin apartar la mirada. Es una pequeña batalla y yo no quiero dejarlo ganar. Al final, es él quien suspira y cierra los ojos durante un momento.

—Solo quería saber si estás bien.

Arqueo las cejas. Pocas veces he recibido una visita por su parte solo para hacer esa pregunta. No es que no se interese por mí, pero nosotros no somos de ese tipo de personas. De las que van a otras y se preocupan por sus sentimientos, vamos.

—Lo estoy, gracias.

—¿Seguro? —insiste, y tengo la sensación de que sabe lo que está pasando, aunque yo misma no tenga idea de qué ocurre—. Diría que has conocido a alguien interesante, pero no sé…

—He conocido a alguien —respondo porque me parece la mejor forma de explicar lo que pasa—. Se llama Fritz. No sé todavía si quiero nada con él, pero es simpático.

—Más le vale serlo.

Suelto una pequeña risa entre dientes. Claro que él iba a reaccionar así.

—¿Y Gael? —pregunta, y no entiendo qué tiene él que ver aquí.

—¿Qué pasa con él?

—¿Cómo se lo ha tomado?

Suspiro. Podría contarle la verdad y decirle que ese «alguien» a quien he conocido ha sido por una estúpida apuesta entre ambos y que ahora que ha visto que sí que tengo posibilidades de ganar, le ha dado un rebote de los buenos. Pero me decido muy rápido a no hacerlo.

—Más o menos.

René asiente con la cabeza, pero no comenta nada al respecto. Tampoco quiero que lo haga. Si seguimos hablando de él, puede que me eche a llorar y, si eso pasa, tendré que contarle todo lo demás. Y la realidad es que no quiero. No tengo ganas ni energías para hacerlo.

—Mira, René, yo no sé ligar con tíos, eso es obvio. Tampoco sé si quiero algo con él, ¿sabes? He crecido rodeada de tíos y no tengo ni idea de cómo ser mujer.

—Lo cuentas como un cliché de película americana.

—Es que lo es, ¿no crees?

—También puedes aprender a ligar con tíos sin tener madre.

—¿Y quién me va a enseñar? ¿Tú?

Él hace una mueca con la cara completa, como si lo que acabo de decir fuese muy raro.

—Yo tampoco sé ligar con un tío.

—¿Lo ves? —exclamo, y doy por sentenciada la conversación.

René inspira hondo y aguanta la respiración. Durante ese tiempo, me sostiene la mirada. Me siento un poco incómoda mientras lo hace.

—Jo, ya te dije que no tienes que cambiar para gustarle a nadie siempre que tú estés contenta contigo misma, ¿vale? Si ese chico sabe lo que vales, no vas a necesitar ligar con él para que te preste atención.

—Entiendo.

René asiente con la cabeza, pero todavía no aparta la mirada de mí. Conozco esos ojos. Son los de un hermano mayor preocupado de que le ocurra algo a su hermana pequeña. Qué pesadez.

—Pero estoy bien, de verdad. No es nada que me quite el sueño, ¿vale?

—¡Oh, eso es un alivio! Si este tema no te quita el sueño, hermanita, entonces está todo bien —dice, poniéndose en pie.

Suelta una carcajada al decirlo, como si mi comentario le resultase tremendamente cómico. Me pregunto a qué se debe, pero no le doy mucha más importancia. René se dirige hacia la puerta y, antes de salir, vuelve a girarse hacia mí.

—¿Qué quieres cenar hoy? Me toca cocinar.

—¿Espaguetis con salsa de carne?

—Buena idea.

Y, después de decirlo, me manda un beso al aire y sale del dormitorio.

Me cuesta reconocerlo, pero la conversación me ha mejorado un poco el ánimo. Al menos, ahora ya no me siento tan contrariada, aunque las palabras de René me han recordado a Liesel. La gran y vieja espina clavada no solo en mi alma, sino en mi corazón y en mi mente. Esa que se enquista más con cada año que pasa, pero de la que jamás voy a ser capaz de ocuparme. Por eso le echo siempre una sábana por encima: para no verla. Y, amigo, ojos que no ven, corazón que no siente.

Me tiro de nuevo sobre la cama mientras escucho a René trastear en la cocina. No voy a ser capaz de concentrarme hasta la cena, así que espero con la mente muy lejos de aquí hasta que él me avisa para ir a comer.

Capítulo 8

Dejo la ropa sobre el mostrador y miro a derecha e izquierda mientras la chica escanea las etiquetas y la dobla. Estoy segura de que me arrepentiré a final de mes, cuando mi cuenta esté en números rojos fosforitos, pero me da igual. Ahora creo que es lo que necesito a pesar de que voy a tener que donar bastante de mi ropa actual para compensar la que acabo de comprar.

He cogido cosas que no había tenido nunca. Incluso un vestido que no tengo idea de cuándo podré ponerme. Pero, al verlo, me gustó.

He decidido seguir con la apuesta porque necesito saber hasta dónde puedo llegar. No me refiero al más estricto sentido de la palabra, por supuesto, sino hasta dónde soy capaz de llegar siendo como soy, incluso aunque haya cambiado un poco la ropa de mi armario. Por curiosidad científica.

Y lo supe en el momento en el que Gael me escribió un mensaje para preguntarme si quería quedar hoy con Benno y con él. Hasta ese mensaje, parecía haberse olvidado de mí por completo o había sido tan tozudo de no escribirme ni una sola palabra. Pero yo tampoco lo he hecho, claro.

—Todo sale por ochenta y dos con quince —dice sonriendo la cajera.

Pago con mi tarjeta, dejo que meta las cosas en una bolsa de papel y salgo de la tienda a paso acelerado. Que se dice rápido, pero salgo de allí casi volando para evitar que nadie me vea. Que Benno me encontrase allí la primera vez ya había sido más que suficiente.

Así que vuelo hacia la parada del metro y me voy directa a casa. La bolsa que sujeto con demasiada fuerza en una mano me quema la palma como si fuese algo prohibido. Y no lo es, pero así lo siento.

Una vez en casa me voy directa a mi dormitorio y dejo la bolsa sobre la cama. Comienzo a sacar ropa del armario, ropa vieja que, desde luego, ha vivido tiempos mejores. La voy metiendo en una bolsa plástica que luego me ocuparé de llevar al comedor social. Allí siempre hay alguien que necesita alguna prenda en concreto y sé que lo que lleve desaparecerá en cuestión de minutos. Cuando termino, guardo la que acabo de comprar y voy al cuarto de baño a darme una ducha.

Limpio un poco del vaho que ha opacado el cristal del espejo y me contemplo en él. Tengo la cara lavada y el cabello suelto, que se me pega a los hombros desnudos. No sé maquillarme y tampoco quiero aprender. Me parece una pérdida de tiempo absoluta. Pero a lo mejor podría hacer algo con el pelo. Aunque me dé una pereza infinita, me lo recojo en un moño en lo alto de la cabeza, pero lo descarto para probar con una trenza que deshago al momento. Vuelvo a probar con dos coletas, pero tampoco me gustan. Así que vuelvo a dejarlo suelto para que termine de secarse.

Regreso a mi dormitorio y contemplo las dos prendas de ropa que he escogido para hoy. No es nada del otro mundo, pero me asusta un poco qué dirán Gael y Benno al verme. Cojo los vaqueros y comienzo a embutírmelos. Me pregunto qué demonios ven las chicas en este tipo de pantalones. Subírmelos por los muslos va a ser más difícil de lo que me esperaba. Pero una vez puestos, ya no me parecen tan mal. Se me pegan como una segunda piel y a eso voy a tener que acostumbrarme. Pero hacen buenas piernas.

Como si yo tuviese idea de qué son «buenas piernas». Le sonrío a mi reflejo al pensar en ello.

Luego me pongo la camiseta y vuelvo a jugar con los dedos entre el cabello húmedo. Observo la imagen que me devuelve el espejo y me gusta lo que veo, incluso decido dejarme el pelo así por primera vez en los últimos quince años.

Me asomo al dormitorio de mis hermanos y sonrío.

—Voy a salir —anuncio.

René se gira en su silla rotatoria y Micha deja de jugar con el pequeño balón que tiene en las manos. Ambos me miran con curiosidad.

—¿A dónde vas, hermanita? —pregunta el mayor de ambos.

Abro un poco más la puerta, sin asomarme del todo.

—He quedado con los chicos.

—¿Se puede saber qué llevas puesto? —René se pone en pie y, en dos zancadas, abre la puerta—. ¿De dónde han salido esos vaqueros?

Me ruborizo de inmediato. Micha se incorpora en la cama y sonríe. René también parece que lo hace, pero con él no estoy tan segura. Empiezo a tener muchísimo calor.

—Me los he comprado hoy. Son solo unos vaqueros, ¿qué pasa?

René enarca las cejas y me contempla durante un par de segundos.

—Pero esto es…

—Que te diviertas, hermanita —lo interrumpe Micha, acercándose también a la puerta—. Y saluda a los chicos de nuestra parte.

Asiento con la cabeza y, antes de quedarme más tiempo para ver qué es lo que quería decir el segundo de mis hermanos, me dirijo hacia la puerta de casa. Me pongo las deportivas más limpias que tengo y cojo una chaqueta del perchero antes de salir.

La mirada de Gael me recorre de arriba abajo. Ya sabía que iba a pasar. Me mira como si fuese un extraterrestre. Su rostro es una mezcla contradictoria de «me gusta lo que veo» y «por el amor de mi vida, ¿qué haces?». Intento que no me afecte, aunque no puedo evitar que lo haga, llego hasta él y me siento a la mesa.

—¿Qué tal? —pregunto a modo de saludo mientras me quito la chaqueta.

Él no dice nada. Me gustaría que dijese algo, cualquier cosa. Pero, al final, solo carraspea y llama a una camarera que me pregunta qué quiero tomar.

—Una Coca-Cola, por favor.

La chica se marcha enseguida. Y entonces Gael se gira hacia mí. Pero, al contrario de lo que creo en un principio, no dice nada sobre mi ropa. Ni sobre nuestra falta de comunicación en los últimos días.

—Benno se va a retrasar un poco.

Asiento. Lo que me dice no es nada nuevo. Benno siempre llega tarde. En realidad, tanto Benno como yo siempre llegamos tarde. El único puntual de los tres es Gael.

—¿Cómo está tu hermano? —pregunto, intentando sacar algún tema de conversación.

Jamás habría creído posible que me resultara difícil encontrar algo sobre lo que hablar con Gael. Con él, con quien siempre comparto absolutamente todos los temas de conversación. Pero me siento algo incómoda con ello y me revuelvo sobre la silla. Es curioso a veces cómo cambian las cosas y lo que creemos. De camino a nuestro bar, pensaba que iba a terminar arrepintiéndome de haberme puesto —y comprado— estos pantalones tan estrechos. Pero está siendo justo al revés.

—Sigue creciendo demasiado rápido —dice, y suspira—. Y me ha dicho antes de salir que tienes que volver a pasar por casa porque te echa de menos.

Sonrío. Pequeño granuja.

—Dile que pasaré lo antes posible.

Él asiente y no dice nada más al respecto. Hasta ahora nunca habíamos necesitado de un verdadero motivo para visitarnos, pero tengo la sensación de que necesitamos de una excusa para poder ir a casa del otro. Sacudo un poco la cabeza para espantar mis pensamientos, no es momento de comerme el tarro.

Benno nos saluda desde la puerta haciendo una entrada triunfal. Ahora, todo el bar sabe que ha llegado.

—¡Chicos! —exclama, y llega quitándose el abrigo y la bufanda—. Siento haber tardado tanto, pero se me ha escapado el metro.

—No tienes que disculparte por algo que siempre haces.

De repente, Gael parece algo más relajado. Incluso su forma de hablar y la elección de sus palabras es ligeramente diferente. Me molesta, pero no lo comento. Total, no va a cambiar nada el decirlo o no. Benno alza una mano para llamar la atención de algún camarero. Poco a poco el bar se llena de gente.

—¿De qué estabais hablando? —pregunta, y sonríe al recibir su cerveza fría.

—De nada importante —se apresura a contestar Gael.

Que lo diga tan rápido me molesta. Me hiere, en realidad. Me llevo el vaso a los labios para que no se note. Ellos comienzan a hablar sobre el eterno tema de conversación con Benno. Al menos, desde que comenzamos la universidad.

—Mis profesores son unos mierdas —comenta, y parece amargado al hablar de ellos—. Todos me dicen que no me esfuerzo lo suficiente, pero hago lo que puedo. Ya me he anotado al mínimo de materias posible para no cagarla con la carrera y el trabajo, pero no sé si esto es para mí…

Se restriega el cabello con una mano, parece preocupado de verdad. Hacía tiempo que no lo veía así.

—No quiero malgastar el dinero.

—¿Has pensado en otras posibilidades? —pregunta Gael.

—Sí, puede que a lo mejor una carrera no sea lo tuyo. Tampoco habría problema con ello.

—Ya, ya lo sé. Pero mi madre deseaba tanto que fuera a la universidad…

Me encojo de hombros y me acerco un poco más a él.

—Sabes que no tienes que hacerlo por ella, ¿no? Y que va a seguir queriéndote, aunque decidas hacer otra cosa. Puedes hacer un grado medio o una formación cualquiera. A lo mejor hay algo que te guste más.

Él asiente, pero no comenta nada.

Benno y su madre se mudaron a la ciudad natal de ella cuando se separó de su marido, hace ya muchos años. Cuando él puso un pie en el instituto, el curso escolar ya había comenzado, la gente nueva se había juntado con los demás grupos ya existentes. Y durante dos semanas él fue la comidilla de los cotilleos. Pero estoy segura, aunque él nunca lo cuente, de que le daba igual pasar el tiempo solo. De alguna forma terminó conociendo a Gael, que me lo presentó y ambos decidimos incluirlo en nuestra amistad. Siempre habíamos sido dos, Gael y yo contra el mundo, por lo que al principio nos resultó un poco extraño compartir nuestro tiempo libre entre clases con una tercera persona. Pero Benno nos enseñó rápido que él era perfecto para estar con nosotros y que su buen corazón era de aquellos de los que quedaban pocos en el mundo.

Cuando regreso al presente, los chicos ya han cambiado de tema, así que me esfuerzo por seguirles el hilo. Miro a uno y a otro de forma alternativa conforme van hablando.

—¿Me la recomiendas? —pregunta Benno—. No estoy yo tan seguro.

—Al principio, hay muchos desnudos, pero luego la cosa se pone más interesante a nivel de acción.

—Yo creo que está sobrevalorada —continúa Benno.

Ah, ya entiendo de qué va todo. Están hablando de series.

—¿De cuál habláis? —quiero saber.

—Juego *de Tronos*.

Ni la he visto ni la pienso ver.

—He visto las dos primeras temporadas en el finde y no está tan mal como pensaba —dice Gael, pidiendo otra ronda de cerveza para Benno y para él—. ¿Quieres otra Coca-Cola?

—No, gracias —contesto a su pregunta, y bajo la vista al vaso.

Durante el fin de semana no nos hablamos ni nos vimos ni dimos señales de vida el uno con el otro. Así que seguro que utilizó bien el tiempo. Mucho mejor que si hubiésemos pasado las horas muertas juntos, estudiando o hablando como siempre hacíamos. Me duele haber sido sustituida por una estúpida serie.

—Oye, Jo —dice entonces Benno, y veo la sonrisa que se extiende por sus labios. Entrecierro los ojos porque, al dirigirme hacia él, no me mira a mí, sino por encima de mi hombro—. No te asustes, pero…

—¿¡Tengo un bicho!? —exclamo, desquiciada y mirándome la camiseta.

Él se ríe.

—No, pero detrás de ti está Delilah.

Coño. Tenerla cerca es peor que tener una araña caminándome por entre las tetas. Al escucharlo, me quedo congelada. Petrificada. No me muevo porque no quiero que se dé cuenta de que estoy aquí. Trago con dificultad y Benno se da cuenta de mi repentino cambio, tanto que comienza a reírse. Gael se une a él y yo me siento muy violenta.

—Oh, vamos —dice el segundo—. No me digas que tienes miedo de una chica.

—No es una chica cualquiera.

—¿Porque sea la exnovia de Fritz ya te da miedo?

—No es por eso —insisto—. Es que ella es… es perfecta, joder. ¿Viene hacia aquí? ¿Me ha visto?

—Ni lo uno ni lo otro —contesta Gael, que parece divertirse.

Me sorprende porque si hubiese pasado lo mismo con Fritz, se habría puesto de morros, eso seguro. Pero el hecho de que no sea él, sino ella, le hace gracia. Frunzo el ceño y los contemplo a ambos.

—Sois muy tontos.

Ambos vuelven a soltar una carcajada. Pero el asunto es que, después de esto, yo me quedo el resto de la tarde muy tensa y ellos se echan unas carcajadas a mi costa que no veas.

Cuando Benno no está, la dinámica entre nosotros es diferente. No es mejor ni peor, solo diferente. Cosa que me hace sentir mal por nuestro amigo, si tengo que decir la verdad. Aunque jamás lo diré en voz alta o delante de Gael.

—Estoy hasta las narices de esta materia, no me gusta —se queja él, sentándose con su bandeja repleta de comida frente a mí—. No me entero de nada.

—En toda carrera habrá materias que te gusten y que no te gusten.

—Qué sabia eres.

Me encojo de hombros. Ya me lo dice mi padre siempre, pero llego a la conclusión de que tiene razón. Pero Gael, para estas cosas, es como un niño pequeño.

—Da igual —dice, para mi sorpresa—. Oye, quería hablar contigo sobre lo de la apuesta.

—¿La apuesta?

—Sí, la apuesta, ¿recuerdas? —repite, y creo que se ha mosqueado. Asiento con la cabeza—. Creo que deberíamos dejarla.

—¿Y eso?

—Porque no nos está haciendo bien.

Cuando lo dice, todo pasa muy rápido. Quiero decirle que sí, que tiene razón, que podemos dejarla —incluso aunque yo haya decidido seguir— porque tiene razón. Quiero, una vez dicho, abrazarlo muy fuerte y cortarle la respiración. Pero nada de eso ocurre porque Fritz aparece de la nada y se sienta a mi lado. Al verlo, tengo que pensar en la sonrisa canalla de Gael y lo primero que me viene a la cabeza es que no le llega ni a los talones. Se me abren mucho los ojos, veo cómo Gael frunce el ceño y baja la cabeza para comenzar a comer y cómo Fritz invade nuestra intimidad para acapararme por completo.

—Joleen —saluda, y escucho a Gael mascullar en voz baja como odio que me llamen así—. ¿Qué tal? Hace un par de días que no nos vemos. Este finde hay fiesta en casa de uno de mis amigos de clase y pensé que a lo mejor quieres venir conmigo.

—¿En serio? —pregunto, sorprendida.

Él asiente con la cabeza.

—Claro que en serio —confirma, y ensancha la sonrisa. No sé si quiero devolvérsela o no—. No va a ser tan brutal como la mía, claro, pero va a estar bien. Eso seguro.

—Eh… bueno, vale. Claro. ¿A qué hora?

—¿Te paso a buscar a las ocho?

Asiento con la cabeza.

—Mándame tu dirección por mensaje y allí estaré.

Le digo que sí y él se marcha despidiéndose de mí, pero no de Gael. De hecho, todo lo ha dicho sin lanzarle ni una mirada, por lo que creo que para Fritz mi mejor amigo no existe.

Entonces me giro hacia él, que me contempla todavía molesto y mientras mastica sus patatas fritas.

—Qué bonito —dice, y noto el desagrado en su voz—. A eso me refería con que no nos hace bien.

—Ya, entiendo que no te guste —replico, y me coloco el cabello que se me ha escapado de las trenzas tras la oreja—. Pero me he dado cuenta de que no está tan mal pertenecer a eso de lo que llevamos huyendo toda la vida.

—¿Solo porque te ha invitado a un par de fiestas ya crees que va a ser el amor de tu vida? Recuerda que le has prestado atención porque yo lo elegí.

—Lo sé y, precisamente por eso, no entiendo por qué siempre actúas así cuando lo ves, como si fuese el villano.

—¡Porque lo es! —exclama, y yo retrocedo en el banco unos milímetros, asustada—. Porque lo es, Jo.

Gael se restriega el rostro y yo no sé cómo sentirme.

—No sabes cómo es, Gael.

—Ah, ¿y tú sí?

No puedo contestar a esa pregunta. Gael se pone en pie, se lleva su bandeja, de la que tira lo que queda, y se marcha de la cafetería. Si no lo conociese tan bien, creería que se ha puesto celoso. Saco el móvil del bolsillo y comienzo a escribirle. No voy a dejar así el asunto.

Yo:
Gael, no seas mierdas.
¿Vendrás a casa para ayudarme a elegir algo de ropa?

Durante un buen rato, no recibo ninguna respuesta. Luego, el estado «en línea» cambia por «escribiendo…» y mi corazón da un pequeño vuelco. Su mensaje no contiene emojis ni muchas palabras. Es más, estoy del todo segura de que había comenzado a escribirme un párrafo gigante y luego se decidió por otra cosa.

Gael:
Por mí, vale.

Capítulo 9

Gael me mira con los ojos como platos. En este momento, su cara al verme metida en un vestido no tiene precio. La mezcla perfecta entre incredulidad, sorpresa y emoción.

—Joder, Jo, ¿desde cuándo…? —Carraspea para aclararse la garganta, como si algo lo molestase al hablar—. Te queda genial.

—Gracias.

Aparto la mirada del espejo y se la dirijo. La forma en la que me contempla me hace sentir algo incómoda. Pero no es una incomodidad de esas negativas. Es más bien de las que te hacen sonrojar, de la que se siente cuando no estás acostumbrada a los cumplidos.

—No me malinterpretes, pero no sabía que un vestido podría hacerte ver tan…

Espero unos segundos a que termine la frase.

—Tan… ¿qué? —lo animo.

Pero su respuesta nunca llega. La puerta de mi dormitorio se abre de golpe.

—Oye, Jo, hoy no… —comienza a decir Micha, pero se detiene en seco—. ¿Joleen?

Abro mucho los ojos. No esperaba que fueran a pillarme con las manos en la masa en lo que a moda se refiere. Quizás ha sido demasiado arriesgado ponerme un vestido. Intento protegerme con la tela como puedo, aunque no lo consigo.

—¿Qué quieres? —pregunto, intentando desviar su atención.

—Solo iba a decir que en un rato me tengo que ir y… Da igual. ¿Estás bien?

—Perfectamente.

—¿Seguro que está bien? —Se gira entonces a Gael, que se encoge de hombros.

Los tres caemos en un silencio incómodo. Supongo que mi hermano no sabe bien qué decir. Yo la verdad es que no tengo ni la más remota idea de cómo continuar, así que suelto lo primero que se me pasa por la mente.

—¿Crees que Liesel se habría puesto algo así?

Estoy segura de que si a Micha no se le cae la cara al suelo es porque es físicamente imposible. Decir que está sorprendido y abrumado sería quedarme corta.

—¿A qué viene eso? —pregunta con un hilillo de voz.

Me encojo de hombros y recojo una de mis viejas chaquetas vaqueras del suelo para ponérmela.

—Era solo una pregunta. No sé, se me acaba de pasar por la mente.

Él asiente, pero no dice nada.

—Oye, René me comentó algo el otro día. Todo esto… no tendrá que ver con un chico, ¿verdad?

Aprieto los labios en una fina línea. Gael, que se ha tirado en la cama, gruñe.

Existe el estereotipo de que las mujeres son unas cotillas, de que les va la cháchara y les gusta hablar de todo lo indiscreto. Pero, si miro a mi alrededor, puedo confirmar que entre hombres no es diferente.

—René dijo… Mira, da igual lo que haya dicho —suelta, y se apoya con todo el cuerpo en el marco de la puerta para contemplarme—. Ese chico es uno con suerte si has decidido fijarte en él, pero sabes que no tienes que hacer todo esto para gustarle a nadie, ¿no? No tienes que sentirte obligada.

—No me siento obligada —digo, y no estoy mintiendo. Me echo otra mirada al espejo y me acaricio el cabello—. No te voy a mentir, ¿vale? Me compré ropa nueva porque creí que así podría llamar su atención. Pero ahora…, no sé, me gusta.

No me ha sonreído ni una sola vez desde que ha entrado en el dormitorio. El silencio nos envuelve otros tantos segundos. Ya no escucho a Gael moverse a mi espalda y me pregunto qué estará pensando al escuchar mis palabras. Es una confesión que todavía no le había hecho.

—Si es así, vale.

Se separa del marco de la puerta, al que le da una palmada a modo de despedida, y se marcha. Durante un momento creo que estoy dando razones de más para preocupar a mis hermanos, pero luego descarto el pensamiento. Ellos no son de esos, no son de los hermanos sobreprotectores que siempre andan echándole un ojo a su hermana para que no le ocurra nada. Al menos, no ha sido así hasta hoy.

Y espero que no cambie, la verdad.

—Voy a irme ya. —Las palabras de Gael me sorprenden y me giro hacia él—. No quiero estar aquí cuando venga tu… cita.

La última palabra tiene un toque amargo. Doy un paso en su dirección y él abre los brazos. Me recibe en ellos y me aprieta con fuerza. Con demasiada, incluso. Pero no me importa porque lo echo muchísimo de menos. Meto el rostro entre su ropa y aspiro su olor. Un cosquilleo me recorre todo el cuerpo.

—No cambies nunca, Jo, por favor —murmura.

Alzo la mirada hacia él con la pregunta pintada en las pupilas, pero no dice nada más. Me da un beso en la coronilla, que dura más tiempo de lo normal, y, al final, se separa de mí. Cuando lo hace, siento frío y deseo que vuelva a sujetarme entre sus brazos. Podría decírselo, pero no lo hago.

—¿Vienes a estudiar mañana a casa? —pregunta él, sacándome de todos mis pensamientos.

—Claro, a las nueve.

Me despido de él con la mano y espero a que se marche de mi dormitorio. Le doy el visto bueno a mi reflejo y el móvil vibra encima de la cama. Lo cojo y leo el mensaje de Fritz, todavía abrumada por lo que acaba de pasar.

Fritz:
Te estoy esperando en la puerta.
No sé si debo llamar.

Yo:
Ya voy.

Tecleo y me guardo el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Me pongo unas deportivas medio decentes y salgo cerrando la puerta del dormitorio. Atravieso el pasillo y bajo las escaleras a paso rápido. Que Fritz haya encontrado nuestro piso sin equivocarse ya me suena raro, pero que lo haya hecho y todavía siga siendo puntual, roza lo increíble.

Cuando salgo a la calle, un golpe de frío me deja estática durante un segundo y sé que ha sido una buena idea ponerme unas medias bien gordas. Mis piernas no están acostumbradas al frío.

—Buenas noches —saluda, concediéndome una sonrisa—. ¿Preparada?

Él me coge de la mano para guiarme en una dirección que yo conozco muy bien: hacia la parada del metro. Y entonces me doy cuenta, tarde como siempre, de que nuestros dedos están entrelazados. Un calor algo violento se apodera de todo mi cuerpo. Y dejo la mano allí, entre la de él, porque ya no sé cómo librarme del asunto.

Ambos caminamos hasta el metro y esperamos a que llegue el correcto. Cuando llevamos unos diez minutos de trayecto, él se gira hacia mí.

—¿Estás bien?

Inclino un poco la cabeza.

—Claro, ¿por qué no debería?

—Estás muy callada.

—Tú también.

Él asiente con la cabeza y yo intento sonreír, aunque no sé si me sale en condiciones.

—Mira, perdona, de verdad, pero es que no estoy muy acostumbrada a conversaciones con gente a quien no conozco demasiado.

—¿Y cómo conoces gente? —pregunta él, y parece interesado de verdad—. ¿Cómo haces nuevas amistades?

—No las hago.

Fritz frunce el ceño durante algunos segundos y, luego, para mi sorpresa, suelta una carcajada.

—Eso ha estado bien.

No ha sido ningún chiste. Él, por lo visto, lo ha encontrado tronchante. Aprieto los labios en una fina línea y me pregunto cómo lo habré dicho para que suene a gracia. A lo mejor es, simplemente, que él no puede imaginarse que haya gente como yo, de ese tipo que no tiene una facilidad innata para conocer gente y entablar amistades.

La fiesta, a la que llegamos poco rato más tarde, no tiene ni punto de comparación con la última. Es mucho más pequeña, aunque la casa sea inmensa. La gente está desperdigada por aquí y por allá, la música es mucho más baja y amena y por lo visto hay comida y bebida para todos. Fritz entra primero y yo lo sigo.

—¡Ey, Chris! —exclama, y saluda a un chico que no he visto en mi vida—. Mira, ella es Joleen.

Al decirlo, me da la sensación de que mi rostro se curva en una mueca de desagrado, pero intento corregirlo. No hay nadie fuera de mi familia —incluidos Gael y Benno— que pueda llamarme así sin que me den náuseas.

—Hola —saludo con la mano antes de volver a resguardarla en el bolsillo de la chaqueta.

Él nos explica dónde está todo y habla un poco con Fritz antes de volver a desaparecer. En un primer momento me pareció buena idea ir, había aceptado su invitación sin pensarlo, pero, ahora que estoy aquí, algo me dice que desentono y que no encajo en un lugar como este. Que estoy fuera de lugar. Como un pez fuera del agua.

Intento no hacerle caso al sentimiento, pero cuanto más intento socializar, más presente está. Cuanto más intento hablar con alguien, sonreír o comunicarme, más late en mi interior. Quizás sea porque yo no soy como Delilah o como esas chicas que han nacido para ser las reinas de las fiestas y para que les laman el culo. A cada minuto que pasa, tengo la sensación de que me voy haciendo más y más pequeña.

Cuando pienso en Delilah, me pregunto dónde estará. Dónde se habrá escondido ahora que su vida no gira en torno a su relación con Fritz. Eran la típica pareja de instituto e iban a estar por siempre juntos. Señor y señora perfectos. Barbie y Ken.

Coño, solo de pensarlo se me revuelven las tripas.

Pero así se veía desde fuera. Solo que estoy segura de que Barbie y Ken tenían una relación más estable que estos dos. En realidad, eran conocidos por su relación en *on-off* porque, igual que hoy estaban juntos, mañana no lo estaban. Sus broncas eran monumentales y discutían por cualquier cosa, pero, sobre todo, porque Fritz le ponía constantemente los cuernos.

Cuando creo que ya no puedo más con todo esto, me giro hacia Fritz e intento llamar su atención. No me cuesta. Él ya lleva bastantes cervezas encima, pero parece que todavía le queda un resto de interés en mí.

—Me marcho a casa.

Esta vez no busco ninguna otra excusa más que la verdad. Él asiente después de algunos segundos, como si necesitara procesar la información. Se termina el resto de la cerveza del vaso y lo deja sobre la mesa.

—Te acompaño —dice, poniéndose en pie.

Me sorprende, pero no niego el ofrecimiento. Me apetece que lo haga. El único problema es que, al contrario de lo que me había imaginado —o deseado—, intercambiamos apenas algunas palabras en todo el trayecto de vuelta. Ambos vamos sentados el uno junto al otro en el metro y nuestros muslos se rozan protegidos por una capa de ropa a pesar de que todo el vagón va vacío. Al bajar en la parada, hacemos el último tramo mientras Fritz me cuenta anécdotas graciosas de sus compañeros de equipo de fútbol.

Qué situación tan incómoda, porque esas anécdotas a mí no me hacen gracia.

Antes de llegar a mi bloque de apartamentos, me giro hacia él, obligándolo así a detenerse. Ya no puedo soportar más su compañía.

—Gracias por acompañarme. —Espero que sepa leer entre líneas.

—Gracias por venir a la fiesta.

Y antes de poder desearle las buenas noches y seguir con mi camino, Fritz acorta la distancia entre los dos y me besa. Sus labios contra los míos se sienten raros, como fuera de lugar. Igual que me he sentido yo en la fiesta en la que hemos estado. No lo aparto, pero tampoco le correspondo en condiciones.

Al separarse de mí, no veo nada en sus ojos que me demuestre decepción o tristeza. Es más, tengo la ligera sensación de que él cree que he correspondido a su beso de lo más normal. Así que intento sonreír y me coloco el cabello tras las orejas.

—Ha sido una bonita noche —digo, y lo hago porque creo que es lo que él espera de mí en este momento—. Buenas noches.

—Buenas noches, Joleen. Espero que podamos repetirlo.

Ambos nos miramos durante unos segundos, hasta que comprendo que él va a quedarse aquí como un pasmarote hasta que yo siga con mi camino. Así que enfilo hacia casa porque lo único que quiero es quitarme la ropa y meterme en la cama para taparme con la manta hasta las cejas y morirme de la vergüenza.

Al día siguiente me despierta algo que no sé ubicar. Hasta que me doy cuenta de que es la vibración de mi móvil. Pienso que es una de mis alarmas, pero, al cogerlo, me doy cuenta de que me están llamando.

Me incorporo sobre los codos para ver quién es. Lo hago con un ojo abierto y uno cerrado porque todavía no estoy del todo en este mundo. Cojo la llamada.

—¿Piensas venir? —me dice la voz al otro lado.

Durante un momento —que se me hace eterno—, no sé qué mierdas responder. Si decir algo o si colgar directamente. Creo que es alguien tomándome el pelo. Hasta que el timbre de voz se cuela a través de la bruma de mi cerebro y me doy cuenta de quién es. Entonces me siento en la cama y bostezo una vez.

—Buenos días a ti también, Gael —digo, un poco molesta.

—Ya, buenos días. ¿Vas a venir?

—¿Ir a qué y a dónde?

Al otro lado, él suspira. Tengo la sensación de que, últimamente, solo está de mal humor y eso me duele y molesta a partes iguales. Frunzo el ceño. Me está agobiando de buena mañana.

—Habíamos quedado para estudiar por la mañana, ¿te acuerdas? No ibas a quedarte mucho en esa fiesta de mierda e ibas a estar aquí a las nueve.

—¿Y qué hora es?

—Las diez y media.

Suspiro. Había olvidado que había quedado con él, pero lo último que quiero hacer ahora es estudiar. Qué pereza.

—¿Sabes una cosa? —contraataco, y siento mi voz demasiado grave y pastosa—. Aquí tu mejor amiga está a punto de ganar la apuesta.

—¿Perdona?

—Que voy a ganar. Tengo a Fritz metido en el bolsillo y ayer cuando me acompañó a casa, me besó y me dijo que deberíamos repetirlo.

Al otro lado, silencio. Cuento los segundos en los que Gael no dice nada hasta que comienzo a preocuparme.

—¿Sigues ahí?

—No sabes hablar de otra cosa que no sea esa apuesta —replica, y siento un pinchazo en el pecho—. Estoy harto de escucharlo.

—Lo siento —digo, aunque no sé bien por qué me disculpo. No nos conozco de esta manera—. Dejaré de hablar de ella si es lo que quieres. Pero que sepas que la idea fue tuya.

—¿Vas a venir o no?

—La verdad es que todavía estoy cansada y me acabas de despertar, ¿te parece si lo dejamos para mañana?

—Como quieras.

Y, antes incluso de poder añadir más, Gael cuelga la llamada. Me deja con el corazón en un puño y con unas irrefrenables ganas de llorar. Vaya un idiota está hecho los últimos días, no puedo soportarlo. Él jamás se ha portado así conmigo, mucho menos me ha tratado de semejante manera. ¿Y todo esto por una estúpida apuesta?

Suspiro y me pongo en pie. Me cambio de ropa y voy al cuarto de baño para cepillarme los dientes y refrescarme. Cuando salgo al salón, mis hermanos ya han terminado de desayunar. René lava los platos mientras Micha juega a la consola sentado en el suelo, como es costumbre.

Encima de la mesa hay un plato cubierto y me siento en ese sitio.

—Te he dejado el desayuno porque he escuchado que ya estabas despierta —explica René, acercándose a mí por la espalda.

Se lo agradezco de corazón. No hay nada que me apetezca más en este momento que zamparme una buena porción de los huevos revueltos con beicon que tan bien sabe cocinar mi hermano. Pienso que así puedo calmar un poco la locura de sentimientos de mi interior y, con un poco de suerte, darles una buena hostia para que se pierdan en lo más hondo de mí misma.

Porque si hay algo que odie más que no dormir, son los pensamientos que me recorren y que me obligan a perder tiempo en ellos.

Mi móvil vibra por segunda vez esa mañana. Lo bueno esta vez es que es un mensaje. Lo leo mientras me llevo un bocado gigante de tostada a la boca. Es de Fritz, así que presto toda la atención que puedo.

—Coño —digo, y casi se me escapa el resto de tostada masticada de la boca—. Joder.

Lo releo porque no me creo lo que ha escrito. Pero sí. Está ahí, lo mismo que he leído hace unos segundos. Tatuado en la pantalla del móvil, de la que no puedo despegarme.

—¿Estás bien? ¿A qué vienen tantas palabrotas? —Escucho la voz de Micha, pero me llega muy lejana.

—Sí, sí, todo bien, perdona.

Alguno de los dos vuelve a preguntar algo, pero no los escucho. Mis ojos se han quedado clavados en el móvil hasta que la pantalla se oscurece.

Fritz:
¿Quieres tener hoy una cita conmigo?
Di que sí, por favor.

Hago un esfuerzo sobrehumano por tragarme el último bocado de desayuno y me cuesta muchísimo porque se me han cerrado la garganta y el estómago por la sorpresa. Así que corro a dejar el plato vacío en el lavavajillas y me encierro en mi dormitorio. Releo el mensaje varias veces para asegurarme de que no me lo he inventado, de que está ahí, de que es verdad.

Digo que sí, aunque prefiero quedarme en casa el resto del día.

Le he dicho que sí a la cita porque quiero ver si todo este asunto merece la pena y, con ella, ganar la estúpida apuesta y volver a mi vida de siempre. Cómo voy a salir del rollo con Fritz, todavía no lo sé. Pero lo que sí sé es que dejaré todo este teatro al fin.

Me pongo las deportivas y la chaqueta y salgo de casa. Cuando abro el portal, me doy de bruces con Fritz buscando mi apellido para llamar al timbre.

—Son demasiados nombres —comento, y me siento algo avergonzada al hacerlo.

—Ya me he dado cuenta —contesta, y se yergue en el momento. Me sonríe—. Hola.

Intento hacerlo yo también. Las pocas ganas que tenía hasta hace algunos segundos han desaparecido.

—¿Estás lista? —pregunta, y me tiende una mano—. He preparado algo pequeño. Nada del otro mundo. Pero para poder hablar y conocernos un poco mejor.

Le doy la mano. Total, ya estoy metida en esto de cabeza, qué más da. Ambos caminamos hasta la parada del metro. Durante un segundo, me pregunto qué pensará él yendo a buscarme a un lugar así, tan diferente a la urbanización adinerada donde vive. A ver, estoy segura de que sus padres no son millonarios, pero me dio esa sensación el día de la fiesta. Jamás podría comparar su casa, de dos plantas más ático y sótano con un jardín con piscina y carpa para fiestas, y un terreno de cuatrocientos metros cuadrados, con nuestro diminuto piso de setenta y seis metros cuadrados para cuatro personas. No vivimos más amontonados porque es humanamente imposible.

Sigo a Fritz hasta que me doy cuenta de que nos montamos en el metro de siempre, pero bajamos dos paradas después de lo normal.

—Aquí es —dice, y se detiene frente a un edificio algo viejo y ruinoso encajado entre otros dos—. Te dije que no es nada del otro mundo, pero se puede hablar con tranquilidad.

Es una cafetería. Por fuera no parece gran cosa, pero desde dentro se escapa un encanto especial.

Abre la puerta para dejarme pasar. Nos sentamos en una mesa diminuta casi al final del local y de repente me invade la inseguridad de si estamos allí porque a él le da vergüenza que lo vean conmigo. Pero despeja esa duda de un plumazo, para mi sorpresa.

—Hace años venía aquí porque mi padre trabajaba cerca. Lo esperaba bebiéndome un chocolate caliente y haciendo los deberes.

—No puedo imaginarte de niño.

Fritz sonríe y se remueve un poco. Se quita la bufanda y la gabardina, y las deja sobre la silla. Me inclino un poco hacia adelante cuando él también lo hace.

—Pues deberías, porque íbamos al mismo instituto.

—Oh, ¿te has dado cuenta ahora?

—No, me di cuenta cuando me hablaste la primera vez, pero no supe bien de dónde te conocía. Nunca hablamos en el instituto.

Él me contempla con la curiosidad pintada en las pupilas, pero no la deja salir y, en cambio, se gira hacia el camarero que se nos acerca para tomar nuestro pedido.

—Un capuchino, por favor —pide Fritz.

—Un *latte macchiato* con sirope de caramelo. Gracias.

—¿Qué pasteles tenéis hoy? —pregunta Fritz, y vuelve a sonreír—. ¿Quieres compartir un trozo de alguno? El de manzana es genial, ¿lo tenéis?

El camarero —que no puede ser mucho mayor que nosotros— asiente con la cabeza y Fritz le pide un trozo para ambos.

No puedo evitar compararlo un poco con Gael. Sé que no debería hacerlo porque mis intereses hacia ambos son muy distintos. Al menos, eso creo. Fritz es guapo, sin duda alguna, pero no es nada del otro mundo. Me está comenzando a caer mejor e incluso creo que me gusta un poco. Pero de momento no es nada del otro mundo.

Me pregunto por qué habrá tenido una relación tan turbulenta con Delilah. Cuáles son los motivos, los de verdad y no los que se rumorean.

—¿A qué se dedican tus padres? —pregunto porque tengo la necesidad de saber más sobre él para que todo esto no sea una pérdida de tiempo—. ¿Tienes hermanos?

Él ensancha la sonrisa.

—Mis padres son agentes inmobiliarios. ¿Crees que podrían costearse una casa así de otra forma? En realidad, al principio no podían y vivíamos en otro sitio muy diferente. —Se detiene para que el camarero deje nuestro pedido sobre la mesa y, cuando se va, me tiende el tenedor con pastel—. Tienen una empresa propia y al principio no iba nada bien, pero ahora, ya ves. Y no, no tengo hermanos. ¿Y tú?

—Mi padre trabaja como instalador y como conserje.

—¿En la misma empresa?

—No, en dos diferentes. —No puedo evitar sonreír al hablar de él—. Tiene dos trabajos porque se ha empeñado en costearles la universidad a sus tres hijos. A nosotros no nos deja ayudarlo económicamente.

—¿Sois tres hermanos?

Le doy un trago a mi café. A Fritz casi se le salen los ojos de las cuencas.

—Cuánta gente en casa, ¿no?

Me encojo de hombros.

—Te acostumbras.

—¿Eres la mayor?

—La menor —digo, y sonrío al decirlo.

Por algún motivo no me molesta tanto contarle todo esto a alguien con quien, todavía, no tengo mucha confianza.

—¿Y tu madre?

—No tengo.

Las palabras me salen disparadas incluso antes de que él termine de preguntar. Es mi respuesta estándar porque no concibo dar otra. «No tengo» se puede interpretar de muchas maneras y la interpretación ya es parte del otro. Así, yo me libro de tener que dar explicaciones y la otra persona se queda tranquila porque no he evadido la pregunta. Siempre ha sido así.

—¿Y cuáles son tus planes para después de la universidad? —pregunta él.

Me pilla un poco desprevenida. No tanto la pregunta, sino la posibilidad de darle respuesta.

—No tengo planes, la verdad —respondo, colocándome el cabello tras la oreja—. Terminar la carrera y luego, ya veré. ¿Y tú?

—Irme de aquí, sin duda.

—¿Irte?

Se lleva un trozo de pastel a la boca. El cabello negro le cae sobre los ojos y se lo aparta con la mano.

—A alguna otra ciudad. Pensaba en marcharme a Berlín, por ejemplo.

—Eso está muy lejos —comento, pero no lo hago con mala intención. Sonrío al hacerlo.

Él asiente con la cabeza.

—Por eso mismo. Llevo aquí toda mi vida y ya quiero cambiar de aires. Berlín es una ciudad de esas grandes.

—Sabes que Colonia también lo es, ¿no?

—Digo grande de verdad.

Durante un segundo, nos contemplamos. Me doy cuenta de que esas pocas ganas que tenía al principio de esta cita han desaparecido. Ahora no solo tengo ganas, sino que, además, estoy motivada por conocerlo. Por algún motivo, creo que Fritz es completamente diferente a como yo pensaba que sería y olvido la apuesta. Olvido que esta cita pondría fin a algo que ha estado minando mi relación con Gael durante semanas. Me gustaría tener más como esta para ver en qué dirección podemos ir.

¿Qué me está pasando?

—¿Y qué querrías hacer en Berlín?

Fritz se encoge de hombros.

—Buscar un trabajo decente. No sé si quiero dedicarme a lo que estoy estudiando, la verdad. Pero lo que sí tengo claro es que no quiero dedicarme al deporte en sí. A jugarlo, ya sabes. Estoy en el equipo de fútbol porque el último año de instituto me concedieron una beca por ser uno de los mejores, pero no quiero hacerlo de forma profesional. Mientras me la den, seguiré jugando, pero no la necesito para terminar la carrera.

—Qué raro —digo, y me inclino un poco hacia adelante—. Creo que eres el primer niño que me dice que no quiere ser futbolista profesional.

Fritz suelta una carcajada.

—Eso es porque no soy un niño y la verdad es que no tengo nada de ganas de ocuparme de todo lo que ser un deportista profesional conlleva.

Se ha terminado su café y ya no come tarta. Se recuesta en la silla, sin dejar de mirarme. No sé cuánto tiempo llevamos aquí.

Me doy cuenta de que me siento a gusto con él. Llevo muchos días confundida y justo ahora, mientras nos observamos, empiezo a ser consciente de que no me confunde lo que siento, sino cómo me siento. Creo que, por primera vez en mi vida, estoy prestándome más atención y encontrando partes de mí que desconocía. Poco a poco, pero sin pausa.

Hace días que ha dejado de disgustarme la imagen que me devuelve el espejo con la ropa que he odiado durante la mayor parte de mi vida.

Capítulo 10

Me acerco a Gael decidida, que me espera en nuestra mesa de siempre. Se ha llenado la bandeja hasta los topes de comida y sonrío al darme cuenta de que, al menos, eso no ha cambiado. Mientras llego hasta él, sonrío. Por cómo va a reaccionar, básicamente.

Me siento frente a él con el móvil en la mano y le enseño la pantalla. Se queda un poco pillado, sin saber qué espero de él. Pero no le digo nada en un principio y solo sonrío. Él abre la boca, fija la mirada en la pantalla y casi se le cae lo que estaba masticando cuando la barbilla se le estampa contra la mesa.

—No es verdad —dice, frunciendo el ceño.

Se ha puesto de mal humor al instante. Me guardo el móvil en el bolsillo sin dejar que se me contagie.

—He ganado —afirmo, eufórica—. He tenido una cita con él y me lo he camelado. Y todo en menos del tiempo estipulado.

—Casi un mes —murmura Gael, que regresa la mirada hacia su comida—. Felicidades.

Lo último lo deja escapar como entre dientes. Como si le diese verdadera rabia tener que decirlo. Y creo que es así. Aunque sigo sin entender por qué parece que en el último tiempo solo esté de mal humor. Me molesta muchísimo que sea así. Algo me dice que debería conocer la causa, aunque no tenga ni la más remota idea.

Entonces saca su móvil y, mientras masculla entre dientes, comienza a teclear. Inspiro hondo y me inclino un poco sobre la mesa hacia él. Gael deja el teléfono sobre la superficie y clava su mirada en mí. Incluso cuando está enfadado me resulta guapo.

—Ya tienes tu dinero —gruñe entre dientes.

—No creías que fuera a ganar, ¿no?

—Lo que no creía es que pudieras hacerlo a este precio.

—¿A este precio? —repito, contrariada—. ¿A cuál?

Gael hace un gesto con su mano de arriba abajo, como si quisiera señalar algo.

—A este. A cómo te ves y cómo te comportas. Has cambiado. Ha sido demasiado rápido y por una estupidez.

—¿Perdona?

Gael asiente y no dice nada más. Frunzo un poco el ceño, observándolo. Abro la boca para protestar. Quiero preguntarle muchísimas cosas: que cómo se le ocurre, que a qué viene semejante desfachatez, que qué poca vergüenza tiene. Pero no lo hago, porque un peso pesado cae a mi lado y alguien me rodea los hombros con el brazo.

—¿No quieres venir a sentarte con nosotros? —me pregunta Fritz casi al oído.

Abro mucho los ojos antes de girarme hacia él y sonreírle. Gael está rojo de ira y algo en mi interior suelta un grito, de esos que asustan a cualquiera, para decirme que ese es su problema: que sea Fritz y no él.

Pero descarto el pensamiento tan rápido como me llega. No puede ser, por el amor del cielo, no puede ser.

—Claro —digo, y comienzo a ponerme de pie tras él—. Vamos.

Me despido de Gael, pero él ni me mira. No sé bien cómo lidiar con lo que acaba de cruzar mi mente. Estoy luchando tan a saco con ese pensamiento que no quiero ni mirarlo a la cara.

Aunque tampoco sé qué me pasa para irme con Fritz y dejar a mi mejor amigo allí, sentado en nuestra mesa, más solo que la una.

En la mesa de Fritz están algunos de sus amigos que ya conozco. Otros no los he visto nunca en la vida. La vocecita de mi interior me dice que no quiero estar allí para socializar con los amigos de Fritz, sino solo con él. Esa maldita voz que parece saber un montón de cosas que da por ciertas, pero que son mentira.

Poco después me descubro dirigiendo la mirada hacia Gael y hacia nuestra mesa. Comienzo a pensar que él tiene razón. ¿He cambiado demasiado por una estúpida apuesta? ¿Me he perdido en el camino de querer demostrarle que soy capaz de hacer lo que hacen las demás chicas? Un escalofrío me recorre entera y me da miedo pensar así, de verdad que sí.

Aparto la mirada de mi mejor amigo porque me duele muchísimo verlo en este momento. Él no se digna a devolvérmela. Saca un libro de su mochila poco después de quedarse solo y se queda allí, con la mirada metida entre las páginas y el ceño fruncido.

Qué ganas de llorar. Qué impotencia y qué rabia.

Qué mierda de apuesta.

Abro el libro, aunque sé que no voy a poder estudiar nada. He venido a la biblioteca huyendo de todo lo que he sentido durante el día. El tiempo que paso con Fritz es agradable, contra todo pronóstico. Pero no soy capaz de sentirme cómoda entre todos sus amigos y amigas. Me resulta imposible y me desgasta. Así que, cuando me pregunta si quiero ir a estudiar con ellos, le digo que no, que tengo que hacer unos recados para mi padre. Y no insiste.

Qué alivio estar aquí sola de nuevo, en silencio. Es lo mejor de estar en una biblioteca. De esta tranquilidad tampoco tengo mucha en casa.

Lo único malo de ella es que me da mucho margen para pensar. Y odio pensar demasiado porque me obliga a hacerme preguntas que no quiero contestar. Está bien ser un poco ignorante a veces, ¿no? Al menos, eso creo yo.

Inspiro hondo y regreso al comienzo de la página. Sigo sin enterarme de nada a pesar de que estoy leyendo y releyendo todo el rato. Me doy por vencida y paso a los apuntes, pero de ellos tampoco saco nada en claro. Las letras se me mezclan las unas con las otras y las palabras dejan de estar escritas en mi idioma. Qué fastidio.

Entonces pienso en Gael y algo hace que me encoja por dentro. Me duele muchísimo, jamás imaginé que llegaría a este punto. Es desagradable saber que está molesto conmigo, pero al mismo tiempo me enerva saber que es por algo que yo no he provocado. Bueno, puede que sí lo haya provocado, pero no fui yo el detonante.

Suspiro y cierro el libro y los apuntes. Miro la hora en el reloj de pared. No hay más remedio. Hoy no voy a conseguir hacer nada de provecho, así que creo que será mejor volver a casa. Guardo las cosas en la mochila y me pongo en pie para dirigirme a la salida y regresar al mundo real.

He soñado con Delilah tres veces. En cada una de ellas, su reacción era diferente al enterarse de mi relación con Fritz. Pero en ninguna de esas veces la reacción era buena. Al contrario, cada una era más terrible que la anterior.

Me siento en el borde del colchón y me restriego el rostro con ambas manos. Estoy agotada de que mi cabeza no desconecte ni por las noches. Yo, sin dormir, no soy nadie, y la falta de sueño me pone de muy mal humor. De un mal humor extremo, en realidad.

Ni siquiera sé por qué Delilah me preocupa. Ni la conozco ni tengo ganas de hacerlo, pero algo en mi interior siempre piensa en ella y en su posible reacción. Creo que podría llamarlo un miedo irracional.

Me levanto y me quito el pijama para ponerme algo para el día. Hoy no tengo ganas ni de elegir algo decente ni de mirarme en el espejo, así que saco del armario lo que tengo más a mano y abandono mi dormitorio recogiéndome el pelo en una coleta alta. Voy a lavarme los dientes y la cara y regreso a la cocina. Papá está preparando el desayuno. Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla. Su barba me molesta un poco en los labios, pero no es una sensación desagradable, al menos, no para mí.

—Buenos días, princesa —dice papá.

—Buenos días —respondo a mi vez, cogiendo una manzana del cesto sobre la encimera—. ¿Hoy te toca turno más tarde?

Él asiente con la cabeza.

—Me he quedado durmiendo un rato más. Ayer llegué muy tarde, por eso no había podido avisaros.

Niego con la cabeza. No hay problema. Desde hace unos años, papá es como una presencia omnipresente en casa, está en todos sitios, pero lo vemos muy poco. Desde que René empezó con la universidad, el pobre se dio cuenta de que el dinero a final de mes no iba a ser suficiente, mucho menos cuando yo decidiera empezar mis estudios. Se buscó un segundo trabajo, este a jornada parcial, y comenzó a dormir menos. El poco tiempo que pasa en casa es de paso, para comer, ducharse o dormir. Poco más.

Nosotros no hacemos vacaciones ni viajes de un día ni nada que se salga de nuestra rutina normal, así que tampoco hay periodos de tiempo en el que lo veamos más que otros. Lo echo muchísimo de menos, pero le estoy eternamente agradecida por hacer lo imposible para proporcionarnos la mejor educación.

—Oye, Jo…, ¿está todo bien?

Lo miro algo confundida y, al final, asiento con la cabeza.

—¿No hay nada sobre lo que quieras hablar conmigo?

Entrecierro un poco los ojos y lo primero que pienso es que alguno de mis hermanos se ha ido de la lengua con sus sospechas estúpidas.

—Está todo bien, ¿por qué preguntas?

Él titubea un poco. Casi puedo escuchar cómo sus engranajes funcionan en el interior de su mente valorando si decirme o no lo que piensa. Espero y cuento los segundos. Tengo una ligera sospecha de a qué viene todo esto y no me gusta nada.

—Mira, cariño…, sé que no has crecido con una presencia femenina cerca, pero espero que sepas que siempre puedes venir a mí, sea cual sea tu problema o lo que necesites. Yo te escucharé siempre, ¿de acuerdo?

Recibo el comentario como quien recibe una daga directa al corazón. Me encantaría tirarme al suelo y fingir que estoy muerta, pero, por supuesto, no lo hago —incluso aunque la escena se dé en mi mente—. Papá me mira con una intensidad que no es muy propia de él en el último tiempo y que me molesta a la vez que me hace sentir de nuevo en casa. Como si de verdad se preocupase por mí. Y sé que lo hace. Pero odio escuchar sobre esa presencia femenina ausente en mi vida. Lo odio porque eso siempre da pie a que se compadezca de mí. Y no me gusta la lástima hacia mi persona.

—Ni tengo un problema ni necesito una presencia femenina en mi vida.

Le doy un bocado a la manzana que he estado manoseando en los últimos minutos y salgo disparada hacia la entrada. Me despido de él entre dientes y salgo tan rápido que no le doy tiempo a decir nada más. Lo hago así porque sé que, si no, todo esto va a dar pie a una conversación sobre Liesel que prefiero ahorrarme.

Los sueños con Delilah me han dejado para el arrastre, pero todo lo que acaba de ocurrir hace que solo tenga ganas de llorar a moco tendido, como una niña pequeña. Camino hacia la parada del metro mientras intento despejar la mente contando las puertas y ventanas de los edificios por los que paso. Cada vez que necesito alejarme de algo que acaba de ocurrir en casa, lo hago de esta forma. Es relajante y me obliga a pensar en otra cosa que no sea lo que ya me carcome por dentro.

Cuando llego a la parada de metro, lo único que persiste es el mal humor.

Capítulo 11

Me alegro de que los chicos todavía no estén aquí al llegar a nuestro punto de encuentro en la universidad. En realidad, no tengo muchas ganas de verlos y hablar con ellos, pero tampoco quiero ser la estúpida que no está ahí sin avisarlos. Así que saco el móvil y comienzo a matar el tiempo hasta que escucho los pasos ya tan conocidos de Benno.

—Buenos días, Jo.

Me guardo el móvil en el bolsillo y lo saludo. No sonrío porque no tengo ganas. Estoy de muy mal humor, en serio. Y creo que él se da cuenta.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien, sí. Todo el mundo con lo mismo. Pues mira, aparte de la locura que parece ahora mismo normal, sí, estoy bien.

Benno alza mucho las cejas y yo me arrepiento al momento de haber contestado de esa manera. El pobre no tiene culpa de nada. Se acerca a mí y, cuando veo que alza una mano en mi dirección, ruego que no me toque. Si lo hace, me echaré a llorar. Suspiro de puro alivio cuando la baja sin acercarse a mí.

—Jo, no te enfades con Gael, ¿vale? —me pide, y me revienta que Benno siempre esté al tanto de todo sin que le digamos nada. Tiene un sexto sentido para estas cosas o yo qué sé—. Mira, lo que él no quiere es perderte o que te hagan daño, no creas que es un berrinche pasajero. Creo que deberías hablar con él.

—¿Hablar con él? —Sonrío y lo hago de forma irónica porque me hace gracia el comentario—. Lo haría si él pusiera de su parte. Se cierra en banda en cuanto menciono el tema de la apuesta.

—Es que a lo mejor podrías empezar de otra forma…

—¡Pero si toda esta mierda ha empezado por la apuesta!

—Ya, pero…

Benno se calla. Y lo hace porque Gael está junto a nosotros.

—Buenos días, chicos —saluda.

No parece que haya escuchado nada de lo que hemos dicho, así que dejo escapar el aire de los pulmones un poco aliviada. Sin embargo, se nota que hay algo en el ambiente que podría cortarse con un cuchillo. Me pregunto qué es hasta que me doy cuenta de algo: es tensión.

Estamos todos sumamente tensos y nadie se decide a soltarle el nudo a la cuerda que nos mantiene atados.

Antes de que Gael desaparezca en el pasillo que va a su aula, lo agarro por el asa de la mochila y lo obligo a detenerse y girarse hacia mí. Benno se ha marchado a su facultad, así que he visto el momento apropiado para hacerlo. Se gira con el ceño fruncido. Coño, otra vez de tan mal humor. Pero hoy no me gana, de eso estoy segura.

—Tenemos que hablar —digo, y meto las manos en los bolsillos de mis vaqueros—. Y muy en serio, además.

Él asiente con la cabeza y espera a que yo comience. Vaya un caballero está hecho cuando le da la real gana.

—Mira, Gael, eres mi mejor amigo y te quiero, pero creo que deberíamos poner un poco de tierra entre los dos por unos días. —Él enarca las cejas ante mi comentario, como si no diese crédito a lo que digo, pero no lo comenta—. Tú mismo lo has dicho ya, la apuesta nos está haciendo daño. Y yo también lo creo. Pero la mierda de apuesta ya se ha terminado, no quiero que me recuerdes que la he ganado ni tampoco quiero que hablemos más de ella. Pero igual creo que ambos estamos tan enfadados desde que la hicimos que nos hace tirarnos de los pelos cada vez que nos vemos. Hace días que no me sonríes.

Cuando digo la última frase, siento como se me quiebra un poco la voz, así que me detengo. Creo que Gael hasta ha suavizado un poco su expresión de mala uva al escucharla también. Carraspeo para volver a coger fuerzas y seguir.

—No sé cuál es tu problema, pero sin duda es uno grande.

—Tócate los huevos —replica Gael, y me sorprendo ante semejante comentario—. ¿Mi problema? Mi problema es que no te enteras de nada. Siempre yendo de mosquita muerta y de que no sabes qué está pasando aquí. Si elegí a Fritz, fue porque estaba claro que no ibas a ganar pero ni de lejos, y lo que no esperaba es que decidieras que ser tú no es tan importante y que podrías darte un lavado de cara, de ropa y de actitud para ir a besuquearte con él por las esquinas.

—Eres un gilipollas.

Lo digo con la voz ahogada porque ahora está más que claro cuál es nuestro problema. Las lágrimas me abrasan los ojos y lucho por no echarme a llorar allí mismo, sería una vergüenza.

—Mira, Gael, que te den. No nos hemos peleado en la vida, pero siempre hay una primera vez para todo, ¿no?

—Eso parece —coincide él.

Ambos nos contemplamos durante algunos segundos y creo que ninguno tiene la fuerza necesaria para terminar esta discusión. Estoy harta de que no me trate como antes, pero mucho más harta de todo lo que se está gestando en mi interior.

Creo que voy a echarme a llorar ya.

—Que te vaya bien, Gael.

—Mira a ver si Fritz no te mete tanto la lengua en la garganta para que vuelvas a ver con claridad.

Se me queda el insulto pegado al paladar mientras me giro porque lloro antes de haberme alejado medio metro de él. Si se da cuenta o no, no me importa. Lo que quiero es salir de aquí, regresar a casa y meterme en la cama hasta quedarme sin más lágrimas.

De camino a casa, la rabia se diluye hasta convertirse en una tristeza de esas que se te mete en los huesos y te da frío. Puede que el frío viniese de que he dejado la chaqueta en la universidad, pero creo que tiene que ver más con la tristeza que siento que con eso. La temperatura ha comenzado a subir, parece que el invierno se está marchando de verdad, pero en mi interior se ha instalado un maldito invierno constante.

Me voy directa a mi dormitorio hasta que escucho que alguno de mis hermanos está en el de al lado. Presto atención durante algunos segundos a los ruidos hasta que me cercioro de que tiene que ser René, entonces me presento frente a él sin siquiera llamar a la puerta.

—¡Coño, Jo! No me mates del susto —grita al verme.

No digo nada y me siento en su cama. Recojo las piernas contra el cuerpo hasta que puedo apoyar la barbilla sobre las rodillas. Me siento como una niña pequeña y estoy segura de que también me veo así.

—¿Qué te pasa? —pregunta con preocupación.

Seguro que se ha dado cuenta de que tengo los ojos rojos e hinchados o de que se me ha puesto la cara gorda y redonda como un pan, como me pasa siempre que lloro. O a lo mejor se ha dado cuenta de que estoy triste. No lo sé. Pero se me acerca sentado todavía en su silla de escritorio y me mira.

—¿Qué sucede?

Asiento con la cabeza. Me siento de verdad como una niña muy pequeña y tonta.

—Me he peleado con Gael.

René suspira y sonríe un poco al escucharlo. Parece que toda la preocupación lo ha abandonado y yo insisto.

—No me estás entendiendo, me he peleado con él por primera vez. Ya sabes, una discusión de esas de verdad. Nos hemos hasta insultado y todo.

Parece que René capta el matiz de lo que le estoy contando o, más bien, de la magnitud de nuestra discusión. Se inclina un poco hacia adelante.

—¿Y por qué habéis discutido?

—Por Fritz.

—¿Por el chico que te interesa?

—Con el que creo que estoy saliendo —digo con la boca muy pequeña.

—Oh —se sorprende René, y luego hace una pausa. Pero la pausa es tan larga que creo que no va a seguir hablando—. Ya, entiendo.

Frunzo el ceño y bajo un poco la cabeza.

—¿Qué entiendes? —pregunto, confusa.

—Creo que Gael solo se está preocupando por ti, pequeña.

—No lo creo. Lleva semanas de mal humor, cada vez que hablamos terminamos peleándonos o cortando la conversación de malas maneras. Apenas nos vemos fuera de la uni. Y ya ni siquiera me sonríe.

René estira un poco los labios y me molesta que lo haga. Como si él entendiese cuál es el problema. Pero me repatea que todo el mundo a mi alrededor parezca entenderlo menos yo, la última estúpida que nunca se entera de nada.

—Sigo creyendo que solo se preocupa por ti y…

—En realidad, ha sido culpa de algo en concreto —lo interrumpo. De repente, tengo la necesidad de que conozca toda la historia—. Una apuesta.

—¿Una apuesta?

Asiento con la cabeza.

—Eso no es nada nuevo entre vosotros, Jo —dice con tacto.

—Lo sé, pero ha sido una muy concreta. Él se apostó que no podría camelarme a un chico que él eligiese y conseguir una cita con él en treinta días.

—Ajá. Y ese chico es Fritz, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

Vuelvo a sentirme muy pequeña.

—Una apuesta no es motivo para pelearte con tu mejor amigo de por vida —reflexiona, y se acerca un poco más a mí. Coloca las manos sobre mis rodillas, después, a ambos lados de mi cara y me sonríe—. Dale unos días. Date a ti también unos días. Cálmate, piensa un poco en todo lo que ha pasado y ya verás que luego todo vuelve a la normalidad, ¿vale? A lo mejor no os va mal pasar unos días alejados el uno del otro. Sin hablaros ni escribiros, ya sabes.

Es justo lo que yo quería decirle y por ello hemos tenido la discusión. Pero ya no quiero seguir contándoselo a René porque sé que tiene razón. Él siempre la tiene. Es, curiosamente, el

que más calma sabe guardar de los tres. Incluso aunque existan temas que con él apenas se pueden tratar. Como es el de nuestra madre, al igual que ocurre conmigo.

Pero supongo que un estudiante de Derecho que desea trabajar como abogado en los juicios algún día debe tener esa nota de calma que nos falta a los demás.

René me coge de las manos para obligarme a salir de mi incómoda posición. Me ayuda a ponerme en pie y me abraza durante algunos segundos. Le devuelvo el abrazo porque siempre se siente bien. Luego me da un beso en la frente.

—Ya verás como todo vuelve a la normalidad.

No sé por qué, pero, aunque hablar con él me ha ayudado un poco, todavía estoy muy triste. Sé que tiene razón, pero, mientras más lo pienso, más frustrada me siento.

Me paso el resto de la mañana tirada en la cama, mirando el techo. Lo hago porque es el único momento del día en el que puedo hacerlo. Cuando Micha o papá regresen a casa, el día volverá a su cauce normal. Saber que René está al otro lado de la pared no me molesta, al contrario. Me tranquiliza un poco.

Pero él no puede ayudarme.

Yo tampoco puedo hacerlo.

He dejado salir todos mis sentimientos, los que me hacen daño y los que no entiendo. A algunos creo haberles podido sacar el sentido, aunque no soy ninguna experta en estos temas. Me gusta Fritz y ese sería mi primer problema, por llamarlo de alguna manera. Si es así, es un miedo añadido por algo que jamás he hecho: tener una relación sentimental de verdad con alguien. Por el amor del cielo, nada que vaya a hacer mi vida más fácil.

Pero él me ha demostrado que es diferente a como yo pensaba que era y muestra verdadero interés en mí. ¿Puede una pillarse de otra persona sin darse cuenta? Supongo que sí. Eso pasa en muchas películas y novelas, ¿no?

Qué drama.

Creo que pelearme con Gael por este tema no merece la pena. Pero tampoco veo una solución para solventar ambos problemas y salir airosa. O pierdo a uno o al otro. ¿Tiene que ser todo siempre tan complicado?

Inspiro hondo y me doy unos segundos. Hace horas que ya no lloro, pero me siguen doliendo los ojos igual. Entonces pienso en otra cosa. En algo que ha dicho Gael. Que me he permitido cambiar demasiado. ¿Es cierto? ¿He cambiado demasiado por una apuesta? A lo mejor tiene más razón de la que me gustaría aceptar.

Pero cambiar no siempre tiene que ser algo negativo y eso él debería saberlo.

Si sigo así, no voy a sacar nada en claro, así que decido tomar de nuevo las riendas de mi vida. Todavía no tengo todas las respuestas a mis preguntas y no sé muy bien cómo hacer que las cosas regresen a su cauce, pero, en primer lugar, voy a cocinar algo rico para todos. Así que me pongo en pie, me aliso las arrugas invisibles de los vaqueros viejos y salgo del dormitorio para ponerme manos a la obra en la cocina.

Capítulo 12

No sé a ciencia cierta cómo, pero sí sé que ocurrió y que fue genial. De repente, y después de la llorera descomunal del otro día, superé el fin de semana con éxito. Y con tanto, además, que no volví a pensar en Gael, ni en nuestra discusión ni en lo que había sido. Me decidí a poner tierra de por medio.

Al menos, unos días.

Así que me dejé invitar por Fritz a una fiesta el sábado y a una quedada el domingo, y comencé a sentarme con él y sus amigos en la cafetería de la universidad. Lo último bajo la mirada incrédula de Benno y Gael, todo sea dicho de paso. Pero en ese momento ya no me importaba. Gael me había desgarrado el corazón y no iba a perdonárselo tan rápido.

Porque sí. Después de desahogarme a más no poder, pensé que todo aquello no había sido mi culpa y que nuestra última discusión no había sido tan destructiva para él como lo había sido para mí.

Y ahí estoy. De pie en el pasillo, mirando a Fritz a los ojos y sonriéndole después de que haya contado alguno de sus chistes más malos que un cuchillo de plástico. Me tiene cogida por la cintura y no me pasa desapercibido que lo hace allí, donde cualquiera puede vernos. Es la primera declaración de amor en público. Al menos, delante de un público que conocemos y vemos todos los días.

Se muerde el labio inferior durante un segundo y, antes de poder decirle nada al respecto, acorta la distancia que nos separa y me besa. Lo hace de una manera que me hace sentir hasta vértigo y yo lo abrazo por el cuello mientras le correspondo.

Ya no me siento tan rara al besarlo. Ya no me siento extraña o fuera de lugar. Creo que cada vez encajo mejor entre sus brazos, entre sus manos, y que nuestras bocas han aprendido a conocerse poco a poco.

Cuando se separa, algo desconocido le baila en los ojos.

—Nos vemos luego, ¿vale? —dice, y vuelve a darme un beso corto en los labios—. Tengo que irme a clase o llegaré tarde.

No le digo que me da absolutamente igual que llegue tarde o que suspenda mientras se quede a mi lado. Coloco una mano sobre su pecho y lo obligo a separarse, ya que él no hace el amago.

—Va, vete.

Se inclina hacia mí para darme otro beso.

—Si lo haces, llegarás tarde.

Suelta una carcajada, aferra mi mano y le da un beso al dorso. Entonces hace una pequeña reverencia y se gira para seguir el pasillo. Lo contemplo durante algunos segundos y me doy cuenta de que estoy como en una nube.

Qué sorpresa ver que no puedo concentrarme en nada, otra vez. Mi cerebro no ha dejado de recordarme el beso de Fritz en el pasillo y su forma de despedirse de mí. Por algún motivo, en mi mente todo ha dejado de ser una apuesta para pasar a ser algo mucho más real, algo que creo que puede merecer la pena.

Creo que Fritz tiene mucho más que ofrecer que lo que se ve a simple vista, el chico popular sin cerebro al que solo le interesan las tías buenas. Creo que voy a necesitar algo de tiempo para

acostumbrarme a esto, para poder hablar con él de una forma decente y, con un poco de suerte, contarle todo sobre mí. Pero puede funcionar. Porque al final ha ocurrido, ha comenzado a gustarme. Un poco, solo un poco. Pero no es algo que pueda ignorar.

La conversación con él no es tan fácil y fluida como lo era con Gael antes de que comenzara a estar todo el día de mal humor. Pero es interesante y eso, para mí, es lo que cuenta.

Cuando salgo de la facultad, todavía sumida en mis pensamientos, lo veo. Apoyado en la barandilla de las escaleras, mirando su móvil. No sé si me espera a mí, pero si no es así, ¿por qué está ahí? Bajo los peldaños de forma lenta y, cuando estoy llegando hasta él, alza la mirada.

—Joleen —me llama, y sonríe—. Ya estaba empezando a preguntarme si me había equivocado de edificio.

—¿Cómo sabes mi horario? —pregunto, asombrada.

Fritz se encoge de hombros y me acerca a él para darme un corto beso en los labios. Para mí, todo esto ya es mucho más que oficial.

—He hecho mis investigaciones.

Sonrío ante el comentario porque me parece divertido que lo diga así. Y no le doy más importancia, aunque quizás sí debería dársela, pero me da igual. Él ha hecho sus pesquisas para poder esperarme al salir de clase. Es algo muy bonito, ¿no?

—¿Te llevamos a casa?

—¿En plural?

—Mi colega viene siempre en coche a la universidad y, si me lleva a mí a casa, también puede llevarte a ti.

—No hace falta, puedo ir en el metro.

—Vamos, para pasar un ratito más juntos —insiste.

Inclino la cabeza hacia un lado y me lo pienso. En realidad, me da un poco de vergüenza con el amigo, pero, al ver a Fritz allí de pie, con ojos de cordero degollado, suspiro e intento sonreír.

—Vale, está bien.

Bajamos el resto de las escaleras y Fritz me rodea los hombros con un brazo. Pasearme así con él por el campus me hace sentir de una forma en la que no lo había hecho jamás. Como si perteneciese a algo mucho más grande, a una rueda que hace girar otra muchísimo más gigantesca.

Hasta ese momento siempre me había mantenido entre los que no llaman la atención, los que están al fondo del todo y hacen lo posible por pasar desapercibidos. Y siempre había considerado que eso era justo lo que necesitaba. Pero, ahora, poder experimentar estas sensaciones hace que pertenezca a algo que he estado odiando mucho tiempo sin necesidad.

Inspiro hondo, me dejo llevar y me empapo de todo lo que estoy viviendo en las últimas semanas. Me doy cuenta de que no todo es tan malo como había creído y creo que el tiempo que paso con Fritz me está viniendo bien. Sonrío porque, de alguna manera, creo que encajo perfectamente aquí.

El amigo de Fritz resulta ser de esos que no quieres encontrarte en ningún lado. De los que hablan y hablan y hablan y lo único que quieres es que se callen la boca porque lo que dicen no tiene ni sentido ni razón. Los dejo hablar tanto como puedo y desconecto de la conversación para no volverme loca. Por suerte, me he sentado en la parte trasera del coche. Pero algo tengo muy claro: no vuelvo a venir con ellos.

Recuesto la cabeza contra la ventana y espero. Cuento cada segundo que dura el trayecto e intento ignorar lo que hablan hasta que algo llama mi atención. Es una única frase, pero se me

encienden todas las alarmas del cuerpo.

—Delilah tiene más de perra que otra cosa —comenta el amigote de Fritz.

Alzo las orejas en su dirección, alarmada. Y empiezo a escuchar.

—Es agua pasada, tío. Ya no me importa lo que haga o deje de hacer.

Entrecierro los ojos, prestando verdadera atención a las palabras que intercambian. No sé por qué me resulta tan interesante o por qué quiero escucharlo tanto. Mientras más dicen, más frío me entra, pero no lo entiendo.

—Ah, que le den a esa —dice Fritz en voz más baja.

No me he movido e intento no reaccionar, como si no estuviese escuchando nada de lo que dicen. Trago con dificultad. Algo me dice en el fondo de mi mente que también puede que hablen de mí así cuando yo no estoy. Pero intento no alarmarme. Me quedo en mi posición, sin inmutarme, y espero que no se me vea el asombro en la cara.

Inspiro hondo y cierro los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos unos minutos más tarde, nos hemos detenido y logro vislumbrar el gris del complejo de edificios en el que vivo.

—Ya hemos llegado —anuncia Fritz, girándose hacia mí. Me sonríe y no hay ni rastro de una conversación pasada sobre Delilah—. ¿Te has echado una siesta?

—No —contesto, recomponiéndome.

Agarro la mochila y salgo del coche, despidiéndome del amigo en voz baja. En algún momento, Fritz me dijo su nombre, pero la verdad es que no es ninguno que quiera recordar, así que me trae sin cuidado saberlo o no.

Fritz también se baja del coche y se acerca muchísimo a mí.

—¿Nos encontramos mañana delante de la cafetería?

Abro mucho los ojos y asiento. Por lo visto, pasearse de la mano por el campus es lo que hace toda nueva parejita, ¿no? Yo no estoy puesta en estos temas, pero lo doy por hecho.

—Claro. ¿A las ocho?

—A las ocho, de acuerdo.

Me da un beso. Luego, me besa el dorso de la mano de la misma forma en la que lo hizo esta mañana y se despide de mí desde lo lejos. Camino con la sensación en la nuca de que alguien me está mirando y solo logro respirar aliviada cuando doblo la esquina y sé que ya no pueden verme. Entonces sí puedo relajar todos los músculos y sentirme algo más aliviada.

Salgo a pasear porque he intentado concentrarme de nuevo, pero no ha surtido efecto. Vamos, que mi cerebro está bailando la conga en algún lugar muy lejos de donde está el resto de mi cuerpo. Pero intento no tenérmelo en cuenta y termino diciéndole a mis hermanos que voy a dar una vuelta una vez hemos cenado juntos. Papá ya se ha marchado, por consiguiente, a ellos no les importa mucho que esté o no en casa. Bajo las escaleras al trote y deambulo por nuestras calles. Todavía se hace de noche muy temprano, así que las farolas ya están encendidas. Estoy deseando que llegue el buen tiempo, aunque estoy segura de que apenas queda nada. La temperatura ya ha comenzado a subir y la lluvia cesa de vez en cuando, así que eso es buena señal.

Odio el invierno, es deprimente, la verdad. Liesel decidió marcharse también por esas fechas —creo que fue a finales de febrero, poco después de cumplir mi tercer año—, así que eso puede sumar algo a mi desagrado por la estación.

Yo soy más de esas que disfruta de la primavera, pero mucho más del verano. El sol y el calor me ponen de buen humor. Soy una poeta, qué le vamos a hacer.

Paseo sin un rumbo fijo. Solo quería salir de casa, coger un poco de aire fresco, despejar la mente. Pero, cuando me doy cuenta de a dónde he ido a parar, no estoy segura de poder hacerlo.

Estoy en un parque. En nuestro parque. El lugar donde Gael y yo nos conocimos siendo unos críos. Mi primer pensamiento es darme la vuelta y regresar a casa sin más, haciéndome la loca y olvidando dónde estoy. Pero algo me aprieta el corazón muy fuerte y siento la nostalgia como una jarra de agua helada sobre la cabeza. Así que sigo caminando y dos minutos más tarde me siento en un banco que da directo al parque.

Está vacío, claro. Ya no son horas para que los niños jueguen ahí y eso me hace sentir menos violenta por contemplar la zona de juegos. Siempre me he preguntado qué piensan los padres que están en un parque jugando con sus hijos y ven que hay otra gente sin niños sentada por ahí, mirándolos hacer. A mí me daría vergüenza ser del segundo grupo. Aunque también puede que a los padres les dé absolutamente igual porque tienen otras cosas en la cabeza.

Sea como sea, da igual. Me gustan los niños —si no fuese así, estaría en la carrera equivocada—, pero no tanto como para tener propios.

Me arrebujo un poco más en la chaqueta que llevo puesta al sentarme. Es corta y se me congela el trasero sobre la madera fría del banco. De repente, los recuerdos de hace bastantes años vuelven a mí. Gael siempre fue de esos tipos que caen bien, pero no a la primera. De verlo en el parque, mi cerebro infantil solo podía pensar que era muy raro y que parecía tonto. Pero de tonto no tenía ni un pelo. Ni antes ni ahora, claro.

Cuando mi mente regresa al presente, veo que una figura se acerca caminando a lo lejos y me quejo para mis adentros. Con lo bonito que está el parque sin tener que compartirlo con nadie. Seguramente, será algún idiota adolescente que viene a esperar a sus colegas aquí para fumar y beberse unas cervezas ahora que no hay riesgo de que alguien los vea.

Agacho la mirada, pero los recuerdos no se desvanecen. Si alguien me preguntase, no soy capaz de decir el día concreto en el que se marchó mi madre. No quiero saberlo porque, si no conozco los detalles, no pueden hacerme daño. Bendita ignorancia.

Antes de darme cuenta, la figura se ha hecho visible y sus pasos la han dirigido a mí. Se sienta a mi lado en el banco. No sonríe ni me saluda. Giro el rostro hacia él y aspiro su aroma, sintiéndome en casa.

Gael mira en la misma dirección en la que yo lo he estado haciendo hasta hace algunos segundos, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta vaquera y el cuello encogido para que no le dé frío en las mejillas —que, por cierto, ya tiene coloradas por su culpa—. Abro la boca y busco muy rápido las palabras adecuadas.

—Hola.

Sueno tan estúpida que me dan ganas de meterme una hostia. Mi voz se ha quedado a medio camino entre la estupefacción y «las ganas que tenía de verte». Intento recomponerme un poco, pero sé que no lo consigo.

Gael me corresponde el saludo, pero no se digna a mirarme.

Al verlo allí sentado, con el ceño fruncido —otra vez— y de mal humor —de nuevo—, se me revuelve todo por dentro. Así que sacudo todo el cuerpo y mi postura cambia de la sorpresa a la indignación.

—Espero que sepas que no tengo que disculparme contigo por haber ganado una apuesta.

Gael suspira y cierra los ojos un momento. Se gira hacia mí. Tiene los ojos más oscuros que he visto nunca. En realidad, son castaños, pero muy muy oscuros. Tanto que, allí, con la falta de luz, son solo negros. El cabello rubio le ha crecido y comienza a ondulársele. Es hora de un buen corte de pelo, pero bien sé yo cuánto odia hacerlo.

—Joleen —me siento traicionada al escuchar mi nombre completo de su boca—, nada de esto tiene que ver con la estúpida apuesta.

—Ah, ¿no?

Él niega con la cabeza.

—¿Y entonces por qué estás siempre de mal humor desde que la hicimos? ¿Por qué parece que ahora todo lo que hago te molesta? ¿Y por qué creíste que era una buenísima idea insultarme de semejante manera en el pasillo de la facultad?

Creo ver tensión en sus hombros, pero no en sus ojos. Inspiro hondo y aguanto la respiración, contando los segundos que pasan. Creo que no va a decirme nada cuando vuelve a girarse hacia mí y clava sus ojos en los míos. El corazón me da un vuelco en el pecho y no sé bien cómo interpretarlo.

—Mira, esto no va de la apuesta. De verdad, Jo. No sé cómo decírtelo. Esto va de ti y un poco de mí también. Pero no de la mierda de apuesta. Lo que ha pasado con ella es que ha destapado el problema, ya está.

—¿Que ha destapado el problema? ¿Qué problema?

—Este —dice, y nos señala a ambos de forma intermitente. No tengo ni idea de a qué se refiere—. Ya sabes… Este.

Frunzo el ceño y pienso que toda esta conversación está siendo una jugarreta de mi cerebro. ¿Perdona? ¿Qué está pasando aquí?

—No, no sé de qué hablas —digo, negando.

Él sacude la cabeza y se encoge de hombros. Ha pasado de ser un adulto que sabe lo que está haciendo a ser un niño indefenso que ya no está seguro de nada. No me estoy enterando de qué está pasando aquí, promesa.

—Mira, si no puedes entenderlo, yo no puedo ayudarte.

Al decirlo, se pone en pie y comienza a andar. Las manos siguen en el fondo de sus bolsillos y ahora tiene una posición algo derrotista, como si hubiese perdido una batalla. Pero, coño, es que no tengo ni idea de qué ha pasado aquí. Me pongo en pie y camino hacia él.

—¡Gael! Explícame cuál es el problema si no puedo entenderlo. No digas que no puedes ayudarme. —Lo agarro por el brazo para que se detenga—. ¿Cuál es ese problema?

Mi mejor amigo me mira y sus ojos reflejan un dolor que nunca he visto en él. Ni cuando se rompió la pierna y se pasó casi tres semanas en casa porque no podía hacer prácticamente nada. Trago con dificultad. En este momento, no lo reconozco.

—Ya da igual, Joleen. Déjalo estar.

Él se da la vuelta y sigue con su camino. Yo, por mi parte, me quedo allí de pie, mirándolo marcharse mientras sus palabras retumban en mi cabeza. Debería seguirlo y obligarlo a que hablase conmigo. Pero estoy tan abrumada que me quedo aquí. Clavada en el suelo, mirándolo alejarse, fundiéndose con la oscuridad del fondo.

Decir que estoy alucinada es quedarme corta, la verdad. Repito sus palabras en mi mente una y otra vez y solo llego a una conclusión: que alguien vuelva a decirme que las chicas somos un misterio, porque los tíos se llevan el premio en esta categoría.

Capítulo 13

Cuando pongo un pie en el suelo, sé que va a ser un día muy duro. Apenas he pegado ojo en toda la noche y todo por culpa de Gael, de Fritz, Delilah y de todo lo que está pasando en mi vida. Porque todo esto la ha puesto patas arriba, sin duda.

Desaparezco en el cuarto de baño para darme una ducha y cepillarme los dientes. Una vez de regreso en mi dormitorio casi no tengo que pensar en qué ponerme y eso me sorprende. Mis manos aferran algo de la ropa más nueva. Y parece que se va convirtiendo en algo normal en mi vida. Me tomo el tiempo necesario de trenzarme el cabello en vez de recogérmelo en una coleta alta y, mientras lo hago, recuerdo que quien me enseñó a hacerme las trenzas de espiga fue el propio Gael, que aprendió a su vez con un vídeo de YouTube.

Hago de tripas corazón. Esto no puede seguir así. Una vez lista, recojo los libros esparcidos por el escritorio, con los que no pude hacer nada el día anterior, y los meto en la mochila. Salgo de casa todavía rodeada por el silencio de mis hermanos. Camino a paso rápido. A esa hora hace un frío horrible. Pero camino para entrar en calor y para que no se me pase la hora.

Sé cuándo sale Gael todos los días de casa porque me conozco su horario tan bien como el mío. Y sé que los viernes entra más temprano que el resto de los días. Un poco fastidio, la verdad, pero nada que él pueda controlar.

Aprieto el ritmo en los últimos metros cuando lo veo salir de casa. Está desencadenando su bicicleta y entonces sé que ha comenzado el buen tiempo para él. Cuando la temperatura sube, deja de utilizar el transporte público para llegar a cualquier lado y se decanta por ir en bici.

—¡Eh! —Lo saludo con un movimiento de cabeza y llego hasta él con la respiración alterada—. ¿Qué tal estás?

Él alza la mirada, sorprendido. Me contempla durante pocos segundos y vuelve a bajarla para seguir con lo que estaba haciendo.

—Nada nuevo, ¿tú?

Me encojo de hombros.

—Tampoco —digo para contestar a la pregunta.

Ambos ponemos rumbo a la facultad y lo hacemos a un ritmo algo lento al principio. Me sorprende. Como si ninguno de los dos quisiera ir demasiado rápido para no llegar, como si quisiéramos disfrutar cada vez más de la compañía del otro. Y, al menos, en lo que a mí respecta, eso es lo que quiero. Lo echo tanto de menos que ha comenzado hasta a dolerme el corazón. Qué cursilería tan grande.

—Oye, ¿te apetece que quedemos el fin de semana? —pregunto, y me siento algo cohibida al hacerlo. Vaya locura—. Podemos quedar los tres, como antes.

—¿Y Fritz?

—¿Qué pasa con él?

—¿No tienes que ir a lamerle el culo o algo así?

—Qué desagradable eres a veces.

Últimamente, los silencios entre nosotros se han vuelto algo molestos y no me gusta. Pensaba que dejando algunos días de espacio entre ambos volverían las cosas a su cauce, pero por lo visto tampoco ha ayudado en nada.

—Creo que, si te tomaras el tiempo de conocerlo un poco mejor, te darías cuenta de que no es tan malo como crees.

—¿En serio? —replica, y lo hace con una ironía que se desborda en cada una de sus palabras.

Me detengo en seco y lo miro. Lo encaro y, al hacerlo, siento las lágrimas abrasarme los ojos. Cómo odio llorar. Gael se detiene y me mira a su vez. Él no se ve tan enfadado como creo que me veo yo. Aunque a lo mejor me veo ridícula y solo creo verme muy enfadada.

—Mira, Gael, no soporto más esto.

—¿El qué? ¿Lamerle el culo a un tío que apenas conoces?

—¡A ti! ¡No te soporto más a ti! ¿Qué te ha pasado? ¿Has mordido un limón y por eso estás tan agrio? Desde que empezamos esta mierda de apuesta has cambiado.

—¿Yo he cambiado? ¿Es que acaso no te has mirado al espejo, Joleen?

Ahí está. Ha vuelto a utilizar mi nombre completo. Por un momento se me corta del todo la respiración y boqueo, pero no encuentro el oxígeno suficiente para mis pulmones.

—Es solo ropa, Gael.

—Y personalidad.

Ninguno ha alzado la voz. Pero yo ya estoy harta de que esté de mal humor y de que no me quiera como antes.

—Creo que aquí está pasando algo insalvable —digo, y no sé bien porqué lo hago.

—Ya te lo dije ayer. El problema no es la apuesta, pero por lo visto no eres de las que se enteran de estas cosas.

—¿Y por qué no me lo dices si no me entero?

Él suspira y se restriega los ojos con una mano durante un segundo. Cuando lo hace, siempre está tan guapo que duele, pero jamás me atrevería a decírselo porque se lo creería más todavía. Y ya es un ligón de los peores. Puede quedarse siempre con la chica que quiera y eso me pone de los nervios.

—Porque no quiero decirlo en voz alta —confiesa, y su voz se eleva unas octavas—. Estoy muy harto de tener que explicártelo todo siempre. No puedo más con esto. Fritz solo ha sido quien te ha hecho cambiar esta vez, pero está claro que puede pasar con cualquier otro.

—¿Perdona?

—Que no eres tú. Ya no eres tú, no eres la auténtica Joleen.

—Que te den, Gael —suelto—. Vete a la mierda y, por favor, no vuelvas.

Las ganas de llorar desaparecen. Quién mierdas se ha creído que es para hablarme así. Sé que los mejores amigos están para decirte las cosas sin pelos en la lengua, pero ¿para ser hirientes sin ningún motivo? ¿Para eso también? Yo ya no tengo idea de nada. De qué es en realidad un mejor amigo y de para qué están. Pero lo que sí sé es que algo de un valor incalculable acaba de romperse para siempre en mi vida. De que lo voy a echar muchísimo de menos y me revienta las ganas que voy a sentir de llorar por él en un rato, pero ahora mismo lo único que quiero es marcharme de aquí. Irme muy lejos y dejarlo atrás para siempre.

—Que te vaya bien, Gael. Ha sido una bonita amistad, gracias por todos estos años.

Me giro para marcharme y echo a andar hasta que lo escucho.

—Joleen, espera…

Pero no me detengo. Cierro los ojos y sigo con mi camino. Decir que estoy dolida es suavizar muchísimo la situación. Demasiado. En extremo.

Por lo visto, las amistades para toda la vida también pueden acabarse en un suspiro.

Cuando llego a la universidad, vislumbro a Benno a lo lejos. Camina en mi dirección. Verlo me duele un poco, aunque lo que más me duele es ver que Gael lo sigue a poca distancia. Viene en bici y ha llegado antes que yo, el capullo.

Benno aprieta el paso y me coge por los hombros al verme.

—Jo, por el amor del cielo, ¿qué mierdas ha pasado para que Gael tenga tan mal humor? —pregunta, y parece preocupado de verdad.

Miro un poco por encima de su hombro y lo veo acercarse. No estoy preparada para encontrármelo de frente, no todavía. Ni siquiera estoy muy segura de qué pasaría en una situación así. Quizá me echase a llorar, pero también puede ser que me lanzase sobre él y le arañase la cara como una salvaje.

—Que te lo cuente él —digo, recolocándome la mochila y dando un paso hacia atrás—. Tengo que irme, Benno. Lo siento.

Doy un paso hacia él y le estampo un beso en la mejilla como disculpa. Para cuando Gael llega hasta él, yo ya estoy lejos y no puedo verlo. Inspiro hondo y me voy directa a los cuartos de baño. Se me ha revuelto tanto el estómago que creo que voy a vomitar en cualquier momento. Me quedó allí, acuclillada sobre la taza del váter, esperando a que salga algo, hasta que consigo calmarme. Abandono el cubículo y me lavo la cara con agua bien fría para despejarme un poco. Saco el móvil del bolsillo y me percato de que tengo más de cinco mensajes de Fritz preguntándome dónde nos vemos y por qué no contesto. Me disculpo con la verdad, me encuentro un poco mal y me voy a saltar la primera hora de clase.

Cuando salgo del cuarto de baño, creo que no voy a ser capaz de soportar el día. Las piernas me tiemblan y tengo un miedo constante y atroz de encontrarme a Gael o, peor todavía, a Fritz, deambulando por los pasillos en los que yo me muevo también.

Tomo la decisión más rápida que puedo y salgo del edificio. Abandono el campus y regreso hasta la parada del metro. Al hacerlo, me doy cuenta de que soy la única persona en toda la parada que va en dirección contraria. Pero es que parece que, últimamente, haga lo que haga, siempre lo hago todo al revés.

Cuando el metro se detiene y las puertas se abren frente a mí, dejo que la cascada de estudiantes salga en todas direcciones mientras yo sigo allí estancada, de pie, anestesiada. Porque, coño, así es como me siento ahora, lejos del aquí y ahora.

Me siento y giro el rostro hacia la ventana. El cristal me devuelve una imagen algo distorsionada de mi rostro e intento no concentrarme en esa Joleen porque no quiero verla.

Quiero ir al comedor social al que llevo dos semanas sin ir. Lo hago porque sé que, allí, mis problemas siempre terminan siendo menos problemas. Me pregunto si me habrán echado de menos para darme cuenta de que es poco probable. Aquel lugar no está para entablar conversaciones o amistades, allí todos los que trabajamos lo hacemos con una misma intención clara, y una un poco más oculta: ayudar y olvidar.

Apoyo la frente en el cristal frío del vagón y siento que vuelvo a la vida. La anestesia comienza a pasar, pero el efecto secundario de ello son los sentimientos que me desbordan. Intento controlarlos. Pero hoy, ellos son mucho más fuertes que yo.

Me echo a llorar como una niña pequeña en el metro y me tapo la cara con ambas manos. Sollozo, sorbo por la nariz y hago todo lo que hace que un llanto así sea lo más desagradable del mundo. Pero, para cuando llego al comedor, me he quedado totalmente vacía por dentro.

Y no se siente bien, pero es lo único que me genera algo de tranquilidad en este momento.

Llego a casa agotada a más no poder. Un turno espontáneo en el comedor de más de ocho horas para compensar todas las horas que me he saltado en la universidad me ha dejado para el arrastre. En serio.

Cuando entro, escucho a alguien trasteando en la cocina y voy a ver si es uno de mis hermano o papá. Y, al ver que es el segundo, se me suaviza el humor y la expresión. Me acerco a él y tiro de la punta del trapo con el que está secando los platos mojados.

—Ven —digo, y lo aparto con ligereza—, ya sigo yo. Vete a descansar.

Él asiente con la cabeza, pero no se mueve. Sigo con la tarea en la que él estaba sumergido hasta hace algunos segundos, con la cabeza gacha y sin verdaderas ganas de hablar con nadie. Me he pasado el día de muy mal humor, triste, decepcionada, frustrada y dolida. Demasiado como para saber bien cómo controlarlo.

—Jo, ¿estás bien?

Me giro hacia papá y asiento con la cabeza. Intento concederle una sonrisa, una pequeña, pero no me sale. Se me queda a medio camino y me siento fatal por ello.

—Claro, estoy bien, papá. ¿Por qué preguntas?

Él se encoge de hombros y mi corazón lo hace al mismo tiempo. Está claro que se da cuenta de que algo no va como debería. O lo presiente o cualquiera de esas palabras místicas que siempre utilizan los padres. La cuestión es que no me gusta que se dé cuenta porque no quiero contarle al detalle todo lo que ha pasado.

—¿Y con Gael está todo bien?

Siento una punzada en el pecho que me deja sin aire durante algunos segundos y espero que él no se haya dado cuenta de mi reacción. No me esperaba esa pregunta.

—Claro, ¿por qué?

—Hace mucho que no lo veo por aquí.

Suspiro y me apoyo contra la encimera de la cocina. Detrás de mí todavía hay platos mojados que esperan a que los seque. Papá inclina la cabeza hacia un lado, expectante.

—Hemos discutido, papá. Por eso hace tiempo que no lo ves.

Él asiente con la cabeza y abre la boca, como si quisiese decir algo. Pero no sale absolutamente nada de ella. Lo contemplo y cuento los segundos, preguntándome qué va a querer decir al fin.

—Una discusión es algo normal a veces. Ya verás como todo vuelve a la normalidad pronto —dice, y sonríe al hacerlo.

Pasa por mi lado y, al hacerlo, me planta un beso en la coronilla antes de seguir su camino hacia el dormitorio. Sus palabras han removido otra vez toda la mierda que llevo intentando limpiar todo el día y siento que se me llenan los ojos de lágrimas. Yo no creo que esta discusión haya sido algo normal y tampoco creo que todo vaya a volver a la normalidad pronto. Pero no quiero decírselo para que no se preocupe por mí.

Aun así, sus palabras me han dolido. Y creo que ha sido porque hoy estoy mucho más sensible que de costumbre. Quiero contarle a alguien todo el asunto, pero necesito que ese alguien se interese mucho por mí para dejarlo salir.

«Qué tonta», pienso, y me giro otra vez hacia los platos mojados.

Saco el móvil del bolsillo de los vaqueros. Tengo un mensaje de Fritz que abro y leo en el momento. Por alguna razón, creo que un rato con él me vendría genial y me haría olvidar todo este maldito día.

Fritz:
¿Te apetece salir un rato?

Es lo único que dice.

Le contesto que sí y, antes de esperar una respuesta por su parte, salgo de mi dormitorio cogiendo una chaqueta de la silla.

—¡Voy a dar una vuelta! —grito, dirigiéndome hacia la puerta, a sabiendas de que papá ya no está en casa.

No espero a escuchar a ninguno de mis hermanos decir nada y, cuando pongo un pie fuera, veo que Fritz ya está ahí. Me sorprendo y dejo que lo note.

—¿Qué haces aquí ya? Pensaba que todavía tendría tiempo de dar una vuelta antes de que llegases.

—Confiaba en que dijeras que sí.

—¿Y si no lo hubiese hecho?

Me acerco a él y me estiro un poco en dirección a su rostro. Él me da un corto beso en los labios y sonríe después. Estamos muy cerca el uno del otro y su aliento me calienta las mejillas cuando habla.

—Hubiese tenido que regresar a mi cueva lamiéndome las heridas.

Suelto una corta carcajada, imaginándomelo así, regresando a casa como un animal salvaje malherido. Solo la imagen en mi cabeza se me torna muy rara. Me separo de él y lo agarro del brazo mientras camina marcando el ritmo y la dirección.

Me da igual a dónde vayamos a pasear siempre que pueda estar a solas con él. Caminamos durante algunos metros y comenzamos a meternos en calles que no me resultan tan conocidas. De repente, terminamos en un edificio que, por lo visto, no está tan lejos de nuestro complejo y me sorprende. Fritz se gira hacia mí, sonriente.

—¿Ganas de fiesta?

Frunzo el ceño, algo molesta. Eso no era lo que me había escrito. Si me pongo muy exquisita, tengo que reconocer que él no preguntó si quería salir a pasear de forma concreta. Vale, está bien. Pero tampoco podría haber entendido de su mensaje que quería ir a una fiesta otra vez. Mucho menos una en un lugar tan alejado de los que él suele frecuentar. Esta fiesta estaría más en el tono de Benno, Gael y mío que en el de él. Al pensar en ello, me entristezco.

—Bueno, vale —claudico.

Me hubiese gustado decir que no, haberme dado la vuelta y marcharme de ahí. Pero algo me obliga a aceptar siempre con él y eso me hace sentir desnuda. Desnuda y vulnerable.

Así que lo sigo escaleras arriba sin un ápice de ganas ni de energías para esto. Meto las manos en los bolsillos de mi chaqueta. Mientras subimos, algunos bajan las escaleras hablando a viva voz entre sí con un vaso de plástico entre las manos y un cigarrillo por encender en los labios. Suspiro. Ni mierda de ganas tengo yo de esto.

Al otro lado de la puerta abierta, retumba la música a todo volumen, la luz es escasa y hay un montón de comida y bebida por todos lados. Por lo visto, la fiesta ya lleva un tiempo activa porque el suelo está pegajoso y las superficies, llenas de restos de comida y botellas vacías. La gente grita cantando al son de una canción que no logro reconocer.

Fritz me coge de la mano y me arrastra entre la multitud hasta algún otro lugar. No sé si estoy en un salón, en un comedor o en un dormitorio, así como todo se entremezcla en el interior de estas paredes y la gente. Me agobio de verme tan acorralada. Al final, Fritz se deja caer en un sillón y yo me siento en uno de los brazos después de declinar su oferta para sentarme sobre su regazo.

—Eh, tíos —saluda con la cabeza a los que están frente a nosotros. No los he visto en la vida—. Pásame algo de beber. ¿Tú que quieres, nena?

Me ha llamado «nena», tócate los huevos. Lo miro estupefacta durante un momento y niego con la cabeza. De verdad que no tengo ganas de estar aquí, mucho menos hoy. Inspiro hondo e intento armarme de algo de paciencia, pero sé que no va a ser tan fácil. Dejo pasar los minutos, contándolos, y cuando llego a diez, me giro hacia él.

—Oye, creo que mejor me voy a ir a casa —digo hablándole al oído.

—Pero ¿qué dices?

—Que quiero irme a casa.

—Acabamos de llegar, nena, no seas así.

Frunzo de nuevo el ceño ante la palabra utilizada. En mis labios, una mueca de desagrado lucha por salir, pero me la trago de nuevo.

—Es que no me siento a gusto hoy aquí —le explico, deseando que entienda a qué me refiero.

Fritz se gira un poco más en mi dirección y coloca una de sus manos sobre mi muslo. Al sentir el contacto, me recorre uno de esos escalofríos que son malos. Miro su mano durante un segundo y alzo los ojos de nuevo hacia él.

—No seas aguafiestas, vamos. Quédate un rato y luego, si eso, te llevo a casa.

Si mis cejas no estuviesen pegadas a la frente, se me habrían alzado hasta el techo. O hasta el cielo, qué coño. Así que solo las alzo hasta donde puedo y de la impresión no respondo nada, por lo que él lo entiende como un sí. Como si fuese la sumisa del pueblo, la que se queda callada y obedece, me quedo allí sentada contando de nuevo los minutos, sin decir nada y sin hacer ningún esfuerzo por integrarme. Cuando alguien se dirige a mí, me hago la loca porque no quiero hablar con nadie. Si digo algo, comenzaré a llorar de nuevo y no voy a permitir que eso ocurra en público.

Cuento hasta otros diez minutos y entonces me pongo en pie.

—Me voy a casa —anuncio, y no dejo que Fritz me conteste nada—. No tienes que acompañarme, sé llegar sola.

Me giro y me marcho antes de escucharlo o verlo siquiera. No quiero ni mirarlo a los ojos porque no me gusta lo que me ha dicho. Así que abandono la fiesta, salgo a la calle e inspiro una bocanada de aire frío, muy frío. Pongo rumbo a casa con paso lento, pero lo aprieto a cada segundo que pasa porque el frío es muy real.

Intento hacerme creer que el comentario de Fritz no me ha afectado, pero me doy cuenta de que me estoy mintiendo cuando siento cómo la primera lágrima se me congela en la mejilla.

Capítulo 14

Me encantaría poder decir que la fiesta a la que acudí con Fritz me subió el ánimo. Que me ayudó a olvidarme de todo lo que había estado pensando en el día y que me hizo pasar un muy buen rato. Pero estaría mintiendo de una forma muy bestia, así que mejor me olvido del asunto.

Hoy me he levantado con el pie izquierdo, además. No tengo ganas de ver a nadie ni de hablar con nadie. No quiero que nadie me mire porque eso para mí ya es un buen motivo para insultar e intentar dar de hostias. Pero todo eso lo hago en mi imaginación, claro. Yo no soy de las que van pegando a la gente por la calle sin motivo aparente.

Arrastro los pies por el pasillo en dirección a la salida del edificio. Acabo de pasar por la cafetería para comprarme algo de desayuno, pero nada me ha llamado la atención, así que quiero salir de allí lo antes posible para perderme por la facultad. Y quiero hacerlo antes de encontrarme a Fritz en alguno de estos rincones.

Pero, por lo visto, hoy no tengo esa suerte. Escucho su voz y lo veo antes de poder esconderme para que no se percate de mi presencia. Él mira justo en mi dirección, así que camina a grandes zancadas hasta donde me encuentro. Me quedo paralizada por la sorpresa, por las pocas ganas y porque quiero salir corriendo de aquí y no volver nunca más.

—Joleen —dice a modo de saludo.

Y no me da tiempo a decir nada. Antes de darme cuenta siquiera, se ha acercado tanto a mí que nuestros cuerpos se unen casi convirtiéndose en uno y su rostro baja hasta el mío para darme el beso de mi vida. Me mete la lengua hasta la garganta y soy incapaz de devolvérselo, lo intento, para que no note mi desconcierto, hasta que me doy cuenta de que con sus manos me agarra el trasero con una fuerza increíble.

Entonces es cuando coloco mis manos sobre su pecho e intento apartarlo un poco de mí. Al mirarme, sus ojos tienen un brillo que me hace sentirme violenta.

—Cuánto te he echado de menos —dice, y ahora su rostro baja hasta mi cuello, donde deposita algún que otro beso—. ¿Nos vemos a la hora de la comida? No puedo esperar tanto para verte.

—Hmm… Sí, claro —contesto, e intento separarlo de nuevo de mí.

Fritz acepta mi respuesta y parece que no se detiene ni un único segundo a pensar que, a lo mejor, el que haya hecho algo así en medio del pasillo a mí no me haya gustado. Por algún motivo, estar con él despierta en mí sentimientos encontrados. De esos de los que te preguntas cómo mierdas pueden darse siendo tan diferentes los unos de los otros.

Pero la realidad es que yo no tengo ganas de verlo a la hora de la comida y tampoco me atrevo a decírselo. En cambio, lo veo marcharse acompañado de dos de sus amigos, que le dan palmadas en la espalda de «eh, tío, bien hecho» ante la escenita que acaba de montar.

Suspiro y sigo arrastrando los pies fuera del edificio. Esta vez lo hago a paso mucho más lento porque no quiero ni acercarme a ninguno de ellos una vez esté fuera. Espero a que la gente desaparezca en sus respectivas aulas y, poco a poco, me dirijo hacia la mía.

Va a ser un día pesado, como poco.

Me meto en una de las cabinas del cuarto de baño con rapidez. Cierro el pestillo y dejo de respirar durante algunos segundos para asegurarme de que nadie me ha escuchado ni me ha

seguido hasta allí. Es una estupidez, por supuesto, pero lo hago igual.

Lo último que quiero es ver a Fritz en la cafetería, así que he pasado de ir. He decidido, en vez de eso, quedarme a pasar el rato en el cuarto de baño. Es una opción igual de apetecible.

Me siento en la taza del váter y apoyo los codos sobre las rodillas y las mejillas, sobre mis puños. Una pose más bien incómoda que, en este momento, me ayuda a pensar. Un poco, solo un poco, pero lo suficiente ahora mismo. No sé con qué parte de mis últimos días estoy más molesta. Me encantaría decir que es solo con una en concreto, pero estaría mintiendo.

Todo lo ocurrido en la última semana se pasea por mi cabeza mientras los segundos se escurren entre mis dedos. El tiempo pasa tan rápido que creo que voy a llegar tarde a la próxima clase. Miro el reloj en el móvil y así parece. Escucho que la puerta del baño se abre, espero unos segundos hasta que la otra chica se mete en otro cubículo y salgo, casi sin hacer ruido, del mío. Me lavo las manos y me echo agua en la cara dándome cuenta de que ni siquiera he tirado de la cadena para, al menos, disimular un poco. Me da vergüenza, pero luego pienso que la chica, sea quien sea, no va a salir tan rápido.

Me seco la cara con una servilleta de papel, de esas que son tan ásperas que te arañan la piel al completo. Escucho pasos acercarse hasta los lavabos y me quedo con el papel tapándome durante algunos segundos. La otra chica abre el grifo, se lava las manos y se las seca y, cuando tira su servilleta a la basura, es cuando yo reacciono y libero mi rostro.

Y lo hago para darme de bruces con algo que no me esperaba. Estoy encarada al espejo, pero mis ojos se van sin titubear a la otra chica. Es más o menos igual de alta que yo, pero mucho, muchísimo más guapa. El cabello rubio que le cae en cascada por la espalda ya me quita el aliento, pero cuando me fijo más en ella, en sus ojos azules y en su mirada un poco cómplice, se me corta la respiración.

Coño, no había chicas en la facultad.

Tengo a la puta Delilah Dunst frente a mí, vivita y coleando, mirándome a través del espejo de la misma manera en la que yo la miro. Después de unos segundos muy incómodos de observarnos mutuamente, ella agacha la cabeza y termina de secarse las manos, saca un pintalabios de su bolso, con el que se retoca la pintura, y lo vuelve a guardar. Me echa otra mirada y yo me doy cuenta de que me he quedado como una idiota mirándola.

Me ha robado hasta la respiración.

Y no es por el hecho de que sea guapa, que también, sino, básicamente, porque llevo semanas temiendo encontrarme con ella. Temiendo su reacción al enterarse de que soy la nueva novia de su flamante ex, la que se ha metido en una relación que puede que no estuviese del todo rota.

Trago con un poco de dificultad.

—Perdona —dice, y lo hace colocándose el cabello rubio tras la oreja. Hasta un gesto tan simple queda de reina en ella—. Eres la nueva novia de Fritz, ¿me equivoco?

Asiento con la cabeza y me doy cuenta de que lo he hecho mal.

—Sí, lo soy —me corrijo.

Ella me sonríe un poco. Es una sonrisa algo tímida o, al menos, eso me parece. Puede que sea el preludio de algo muy malo. O que quiera disimular todavía y que luego me caiga su terrible ataque de furia. O puede que, simplemente, tenga curiosidad.

Ella se vuelve a mirar en el espejo y, cuando parece percatarse de que todo está donde tiene que estar, se da la vuelta, recolocándose el bolso sobre el hombro. Vuelve a sonreírme igual que antes.

—Mucha suerte con él —dice, dirigiéndose hacia la puerta.

No tengo ni idea de a qué se refiere con eso, pero tampoco puedo preguntárselo porque, para cuando reacciono, ella ya se ha marchado del cuarto de baño. Me quedo allí, delante del espejo, esperando a que mi cerebro reaccione y responda de la forma en la que espero de él. Pero, durante varios minutos, no lo hace, así que creo que se me ha fundido.

Llevo sentada delante de los libros lo que me parece una eternidad. Con toda probabilidad, no lo sea. Seguro que solo llevo aquí unos diez minutos. Pero toda espera se me hace larga porque lo que hay en mi cabeza me agobia. Inspiro hondo con los ojos cerrados e intento relajarme, aunque ya sé que no me va a servir para nada. Regreso la vista a los libros y todo está escrito en chino. O, al menos, eso me parece.

Dejo la vista allí clavada, pero pienso en si, esforzarme por ganar la estúpida apuesta, ha sido lo correcto. No ha traído más que caos a mi vida. Al menos, en un primer momento. No siempre me resulta desagradable pasar tiempo con Fritz. En realidad, casi nunca me resulta desagradable. No consigo entender su amor por las fiestas, pero eso es problema mío, no suyo. Creo que, cuando se le concede el tiempo de hablar, puede ser un chico muy interesante y, saliendo de todos sus eventos sociales, podría ser un muy buen partido. Aunque la forma en la que suele tocarme a veces me desagrade.

Pero no quiero tener eso a cambio de mi amistad con Gael. Creía que no. Me ha hecho tanto daño las últimas veces que hemos hablado que ya ni sé qué teníamos hasta ahora. Puede que algo así, una estúpida pelea, haga salir la verdadera cara de las personas. Aunque, pensándolo, me cuesta muchísimo creer que ese sea el verdadero Gael y no el que yo conozco desde hace tanto tiempo. ¿Cómo puede ser que jamás me hubiese dado cuenta de esa parte de él? Puede que solo esté dolido, que yo también le haya hecho daño y por eso se comporte así. Pero creo que esa es la parte que quiere justificarlo para no echarlo de mi vida.

Y la verdad es que no quiero echarlo. Pero tampoco puedo soportar más sus comentarios. En lo que a mí respecta, una parte esencial de nuestra amistad ha ido a parar a la basura.

Sacudo la cabeza y elevo la mirada al darme cuenta de que, otra vez, no me estoy concentrando una mierda en lo que hago. La pura verdad es que ni sé qué hago aquí. Cierro los libros y los guardo en la mochila. Total, no voy a ser capaz de hacer nada, así que da igual que esté aquí sentada, intentándolo, o que lo haga en casa. Allí al menos puedo echarme unas partidas con René o Micha en caso de no conseguirlo y distraerme un rato.

Me pongo en pie y camino en dirección a la puerta cuando algo llama poderosamente mi atención. Una cabellera rubia, una cabeza que se gira hacia mí y que sonríe de forma tan débil como cuando me la encontré la primera vez. Me quedo un poco pillada. Delilah alza la mano unos centímetros y me saluda. Intento corresponder a su saludo, aunque sé que no sonrío ni parezco simpática. Me ha sorprendido. Ella baja la mano y regresa la mirada a sus cosas, yo me quedo allí de pie como una estúpida. Me dirijo de nuevo hacia la puerta, pero cambio de opinión y me doy la vuelta. Camino con paso decidido —aunque no me siento tan decidida— y me planto frente a ella.

—Hola —digo, y muevo la silla a su lado para sentarme—. Espero que no te importe.

Ella niega con la cabeza y se recuesta un poco en la suya. Juguetea con un bolígrafo entre los dedos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Delilah asiente con la cabeza. Intento hablar todo lo bajo que puedo, aunque sé que, si nos pillan, nos echarán la bronca.

—¿Por qué me deseaste suerte?

Los ojos de Delilah me contemplan durante unos segundos, como si intentasen comprender a qué me refiero. Pero, una vez pasados, se recompone. Se revuelve un poco en la silla y se inclina hacia a mí, supongo que para hablar lo más bajo que se pueda.

—Mira, Fritz es un chico genial. A veces. Pero hay otras que… Hay otras que sería mejor no tener que soportarlo.

Frunzo el ceño porque no entiendo muy bien a qué se refiere, pero supongo que es justo lo que yo he estado pensando un rato antes. Fritz tiene mucho de lo que hablar, pero no siempre. Quizás ella me estaba deseando suerte para esos «no siempre».

—Ya, entiendo —afirmo, aunque no estoy segura de si lo hago—. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

Delilah asiente con la cabeza por segunda vez.

—¿No estás enfadada conmigo por ser su nueva novia?

Ella sonríe y creo que tiene que contenerse un poco para no reírse a carcajadas. Al menos, los ojitos azules le bailan de risa. O eso me parece.

—Claro que no —asegura, y baja la mirada hacia la mesa durante un momento antes de regresarla a mí—. Mira, tanto Fritz como tú sois personas libres. Todo lo libre que se puede ser en sociedad, claro. No sé si será para largo o no, pero es que me da igual.

Entrecierro los ojos. Cuando alguien dice «me da igual», siempre tengo la ligera sensación de que no se lo da. Pero no sé muy bien por qué hoy me lo creo.

—A ver, no es que me dé igual en plan «estoy ofendida» —continúa, como si hubiese sabido leer mi expresión a la perfección—. Es más bien como te he dicho, él es libre y tú, también. Y si has conseguido llamar su atención, algo tendrás.

Asiento con la cabeza porque no sé bien qué decir.

—¿Qué estudias? —pregunta Delilah de repente.

Me quedo pillada durante algunos segundos. No me esperaba semejante cambio de conversación.

—Educación Infantil. ¿Y tú?

No sé bien por qué he devuelto la pregunta. Por alguna razón que yo misma desconozco me interesa.

—Administración de Empresas. Superaburrido.

Al decirlo, sonríe, pero no es la misma sonrisa que ya me había dedicado a mí. Es una como si no estuviese de acuerdo en que estudiar Administración de Empresas sea su vocación. Y, bueno, es que yo no creo que semejante carrera sea la vocación de nadie.

Abro la boca para decir algo cuando escucho un siseo proveniente de algún lado. Alzo la cabeza como un suricato y miro de dónde viene. A lo lejos, la bibliotecaria nos mira con cara de muy pocos amigos y nos señala el cartel en el que dice que está prohibido hacer ruido. Regreso la mirada a Delilah. Ella sonríe y me lo contagia.

—¿Quieres tomar un café?

—Sí, me gustaría.

Ella comienza a recoger sus cosas y a guardarlas en el bolso. Cuando termina, se pone en pie y la sigo en dirección a la salida. No sé por qué pienso que todo el mundo alzará la mirada y cuchichearán sobre que la actual novia y la ex de Fritz salgan juntas. Pero, por supuesto, esto sigue sin ser una historia ficticia, así que a nadie le importa lo que estamos haciendo.

Nos sentamos en una mesa vacía. Es redonda y diminuta. Delilah me ha traído a una cafetería que no he visto nunca en mi vida, pero ¿cómo podría si está en la otra esquina de la ciudad en

dirección opuesta a donde vivo yo? No sé cómo sabrán los cafés, pero tengo que reconocer que los hacen con unas ganas que da gusto verlo. El mío lleva mucha leche —básicamente, porque no me gusta el café—, espuma de leche y nata por encima. Además de varios siropes. Estoy deseando hincarle el diente. Me lo llevo a los labios y le doy un sorbo. El *shock* por azúcar es inmediato.

—Toda esta mierda con Fritz es en realidad otra cosa, ¿sabes? —digo de repente, y siento la imperiosa necesidad de contárselo todo a ella.

—¿Otra cosa?

Asiento con la cabeza. Tengo la mirada clavada en el vaso y no me atrevo a apartarla de allí porque me he quedado un poco traspuesta. Comienzo a tener un poco de miedo por haberlo dicho, pero quiero contárselo a alguien que no me conozca, a alguien que no esté de mi parte. Imagínate que ella se entera, va corriendo a contárselo a él y ambos se ríen de mí hasta el infinito. Pero ahora necesito contárselo a alguien ajeno a todo este embrollo.

Creo que he visto demasiadas películas en el último tiempo. Está claro.

—Es una apuesta.

—¿Una apuesta?

—Una apuesta —repito, y me atrevo a alzar la mirada. Por el rostro de Delilah, puedo jurar que no se está enterando de lo que digo—. Aposté con mi mejor amigo que podría ligarme al chico que él eligiese. Tenía que ligar y conseguir una cita en condiciones para ganarla.

Delilah alza mucho las cejas, comprendiendo entonces lo que quiero decirle.

—Y el elegido fue Fritz.

Asiento con la cabeza.

—Así que ese amigo tuyo lo eligió a él y tú tenías que meterte en el berenjenal de llamar su atención, ligar un poco con él y esperar a que te pidiese una cita. O pedírsela tú y rezar porque aceptase, ¿me equivoco?

Niego con la cabeza. Delilah suelta una especie de silbido y le da un trago a su café. No dice nada. Se recuesta contra el respaldo de la silla y me contempla. Durante ese tiempo soy incapaz de separar mi mirada de la de ella y me pregunto qué mierdas tiene esta chica para hacerme sentir así. No me siento atraída hacia ella de forma romántica, pero esto es algo importante. Como si mi subconsciente intentase hacerme entender que las relaciones entre chicas no tienen que ser todas como yo creo y Delilah exudase, justamente, ese tipo de vibras que hasta ahora solo había conseguido ver en los chicos.

—¿Y cómo se llama tu amigo si puedo preguntar?

—Gael.

—Mira, pues ese amigo tuyo, Gael, es idiota. Lo siento. Podría haber elegido a cualquier otro en vez de a Fritz. Pobre tú, Joleen.

—No me llames así, por favor.

—¿Joleen?

Ella ladea un poquito la cabeza con la pregunta tatuada en la cara.

—Odio que me llamen así. Llámame Jo, por favor.

—¿Como tus amigos?

Me encojo de hombros y ella sonríe. Es deslumbrante. Me enseña todos los dientes y le bailan hasta los ojos. Qué sonrisa tan bonita. Me quedo un segundo sin respiración mientras ella se inclina un poco más hacia mí.

—Mira, Jo. Tu amigo es tonto, lo siento. Fritz es un hueso muy duro de roer y no creo que sea quien te convenga, pero eso es asunto tuyo, ¿vale?

—Pero es que esta apuesta lo ha cambiado todo en mi vida. Ya ni siquiera soy amiga de Gael.

—¿En serio?

Asiento con la cabeza. Delilah esboza una «o» con la boca, pero no dice nada. Me da la sensación de que acaba de comprender algo que yo misma todavía no he entendido y frunzo el ceño, dispuesta a preguntarle qué se le está pasando por la cabeza. Pero no lo hago, porque la primera en hablar es ella.

—No todos los cambios en la vida tienen que ser malos, Jo. —Su tono de voz es tan cálido que me reconforta al momento. Me siento abrazada y me gusta muchísimo la sensación—. A veces necesitamos un poco más de tiempo para adaptarnos a ellos y al final nos gustan. Otras veces, en caso contrario, se pueden deshacer. Dar marcha atrás y rectificar nuestros errores nunca ha sido nada prohibido.

—Pero hay veces que los errores no se pueden rectificar.

—En ese caso, aprendemos de ellos.

Aprieto los labios en una fina línea. Me siento muy pequeña. Como si Delilah fuese una adulta hecha y derecha y yo, una niña mojigata a la que le está explicando el sentido de la vida.

—Tú y yo somos todavía muy jóvenes. —Sonríe y vuelvo a creer que acaba de leerme la mente—. Vamos a fallar un montón en lo que nos queda de vida. Pero no tienes que preocuparte tanto por eso. Si crees que has cometido uno, con tu amigo Gael o con Fritz, estupendo. Piensa en ello, piensa en si los cambios han sido buenos o malos, y lo que quieras rectificar, rectifícalo. Inténtalo, al menos. No es necesario que andes llorando por las esquinas sobre tu mala suerte. Eres una chica fuerte, ¿no?

Me encojo de hombros. Ella sonríe y vuelve a tomar de su café.

—Y otra cosa. A veces nos viene bien hacer una pausa de lo que conocemos. Así que, si ya no eres amiga de ese Gael y necesitas a alguien con quien hablar, aquí estoy yo para eso.

—¿Te ofreces como amiga?

—Las amistades se cuecen a fuego lento. Pero me caes bien.

—Gracias, supongo.

Ella asiente de nuevo y, cuando lo hace, no puedo evitar sonreír. Lo hago un poco avergonzada, pero curiosa de a qué ha venido semejante conversación. No estoy enfadada ni triste ni frustrada. Ya no. El tiempo pasado con Delilah me ha ayudado a olvidarme de todo un poco, a regresar a mí misma y a querer pasar más tiempo con alguien como ella, tan llena de vida. Me sorprendo, porque jamás he querido pasar tiempo con otra chica.

Delilah alza su taza, esperando a que yo haga lo mismo.

—Por el comienzo de una bonita amistad —brinda.

Y las hacemos entrechocar. Una sensación un tanto desconocida me embarga todo el cuerpo y creo que este es uno de esos cambios buenos de los que ella ha hablado. Me dejo llevar e intento seguir el hilo de la conversación durante el máximo tiempo posible.

Capítulo 15

No tengo idea de cuánto llevo aquí sentada, esperando el metro. Estoy segura, de hecho, de que ya han pasado varios que podrían haberme acercado a casa. Pero estoy pegada al banco y mi mente está muy lejos. Enfrascada en la pregunta principal de por qué demonios me ha parecido una buena idea contarle todo a Delilah. No sé qué va a hacer ella con toda esta información. Puede que al final sí la utilice en mi contra y se haya aliado con Fritz para reírse de mí como en una película muy mala.

Pero, cuando lo pienso, soy incapaz de creérmelo. Otra voz en mi cabeza se ríe de mí y me dice que estoy loca —loquísima— por pensarlo, por siquiera creer que algo así puede pasar.

Delilah tiene algo que me obliga a serle sincera. No sé si es su sonrisa, que parece tan desinteresada, o eso que le baila en los ojos y que me hace creer que es una buena persona. Creo que lo es de verdad y también que ha sido lo mejor que he hecho en los últimos días. Al dejarlo salir, me sentí más libre. Por no llevar todo esto sola, por no ser yo la única ahora que sabe que este lío que se ha armado lo ha detonado una apuesta.

Alzo la vista y veo un nuevo vagón de metro frente a mí. Me subo en él y me dirijo a casa. Bajo en mi parada y camino los metros que me separan de mi complejo de edificios.

Abro el portal y llamo al ascensor mientras mi cabeza no deja de lanzarme imágenes del café con Delilah. Jamás podría haber imaginado que una compañía femenina me sentaría tan bien, hablar con ella es algo natural y, de repente, pienso que no quiero prescindir de eso ahora que ya no tengo a Gael.

Entro en casa, me quito la chaqueta y las deportivas y voy directa a mi dormitorio. Una vez allí, me planto delante del espejo y me contemplo a conciencia. Lo he hecho tanto en las últimas semanas que siento miedo. Jamás me ha gustado mirarme al espejo, pero, de repente, lo hago.

Y entonces recuerdo la frase de Delilah: «No todos los cambios en la vida tienen que ser malos».

Sonrío mientras me quito la ropa. Ya solo me visto con todo lo nuevo que he comprado. Así que me despojo de todo y me quedo en ropa interior. Al hacerlo, me invade el frío. Voy hacia el armario y saco otras prendas. Quiero algo diferente, algo que me represente y que no sea lo que ya conocía o todo lo que es nuevo. Y, cuando encuentro algo que me gusta, me visto. Me pongo unos vaqueros viejos de Micha que heredé hace algunos años y los combino con una camiseta de manga larga ajustada al cuerpo que hace incluso ver que poseo un pecho algo decente. No se ve mal. Con las deportivas y la chaqueta adecuada, quedaría hasta bien. Me contemplo durante algunos segundos y me suelto el cabello para luego trenzarlo.

Me sorprendo ante el espejo porque me gusta lo que veo.

Cojo mi móvil y escribo un mensaje. Escribo lo más rápido que puedo para contar las novedades y, mientras lo hago, me invade una vergüenza infinita. Como si lo que he hecho hoy estuviese prohibido. Pero de eso nada. Le doy a enviar y no espero que me conteste al mensaje. No se lo puedo contar a Gael, pero creo que contárselo a Benno me hace sentirme un poco mejor.

Salgo del dormitorio y me encuentro a Micha haciéndose un sándwich en la cocina.

—¿Qué hay? —lo saludo.

Él me hace un movimiento de cabeza como única respuesta. Le acaba de dar un mordisco gigante al sándwich y se le sale la mostaza por la comisura de los labios. Algo que he visto más

veces en la vida de lo que querría reconocer. Intento sonreírle un poco.

—Ahí tienes algo —digo, y le hago un gesto para que se limpie los restos en la mejilla—. Oye, cambiando de tema… ¿Liesel no me envió ninguna carta de cumpleaños?

Micha alza la cabeza y me mira unos segundos, pero no contesta de inmediato. Intuyo que no lo hace porque no sabe bien qué decir. Pero es normal, yo nunca hablo de ella, así que supongo que no entiende a qué viene lo que acabo de decir.

—Lo dudo mucho —responde, y le da el último mordisco al sándwich—. Pregúntale a papá, seguro que no te la ha dado porque nunca te ha interesado leerlas.

Asiento con la cabeza, pero no digo nada más. No me quita el sueño, la verdad. Pero sí que es algo de lo que me he dado cuenta.

Cada año, Liesel nos manda una carta por nuestros cumpleaños. René y yo no osamos abrirla porque no queremos leer sus estúpidas disculpas o lo que sea que tenga que decir. Micha la recibe con mucho cariño y es el único que las contesta. Sé que a papá le duele, pero no puede ser de ninguna otra forma. Al menos, no en mi caso.

—Me tengo que ir —dice Micha, que acaba de limpiarse la boca con una servilleta—. Si tienes dudas, pregúntale a papá. Hoy voy a llegar tarde, me toca hacer inventario.

Asiento con la cabeza y me despido de él. En parte porque me quedo en el momento de la conversación donde él me ha dicho que lo duda y que, seguro, Liesel sí me ha mandado una carta y, en segundo lugar, porque tampoco quiero seguir hablando del tema. Estaba segura de que me daban igual sus cartas, pero, ahora, ya no lo estoy tanto. Hace demasiados años que no leo ninguna y tampoco creo que quiera hacerlo en un futuro inmediato, pero me pregunto por qué papá no me la habrá dado. Sé que cuando era niña y todavía no podía leer, él lo hacía por mí, como si fuese un cuento de buenas noches. Pero conforme fui creciendo, comencé a boicotear todo lo que viniese de ella porque me dolía demasiado.

Regreso a la realidad cuando escucho la puerta de entrada cerrarse una vez que Micha ha salido del piso.

Me he comprado un café en otra cafetería que no es la habitual. Y lo hago porque no tengo nada de ganas de encontrarme con Gael. De camino a la facultad, evito todas las áreas sociales, no paso por la cafetería como suele ser nuestra costumbre y esquivo a toda costa nuestro punto de encuentro. Hago lo posible y lo imposible por no verlos. Pero, para mi desgracia y a pesar de que en un principio solo quiero no verlos a ellos, a punto de subir las escaleras del edificio donde tengo la primera hora de clase, escucho una voz conocida. No es ni la de Benno ni la de Gael, pero igual me recorre un escalofrío por toda la columna vertebral.

Al escuchar mi nombre, me giro de inmediato e intento esbozar una sonrisa que no creo que me salga decente.

—Fritz —contesto, estirando la comisura de los labios—. Buenos días.

—¿Qué tal?

Esa es su respuesta, luego tira de mi brazo para hacerme bajar un escalón y poder besarme. Correspondo al beso, pero sin demasiadas ganas. Sus amigotes están tras él, contemplando la escena y soltando unas risas estúpidas. Frunzo un poco el ceño.

Cuando Fritz deja que me separe de él, me contempla de arriba abajo. Puede que una semana antes me hubiese molestado o incomodado, pero no lo hace. Es más, me siento más cómoda que nunca. Entonces es él quien frunce el ceño.

—¿Llevas ropa de chico?

—En parte, sí.

Al escuchar mi respuesta, regresa sus ojos a mi rostro y los entrecierra. Me da la sensación de que está intentando procesar mi respuesta, pero no puedo poner la mano en el fuego por ello. Inclino un poco la cabeza y vuelvo a sonreír para hacer que se olvide del tema. Qué más dará cómo me vista. Al combinar la ropa de forma diferente, el sentimiento de aceptación fue creciendo dentro de mí y me di cuenta de que así es cómo quiero verme ahora mismo.

Al final, Fritz sacude la cabeza y esboza una de sus mejores sonrisas, de las que usa solo cuando quiere sacar información. Arqueo las cejas con sorpresa mucho antes incluso de escuchar la pregunta.

—¿Dónde estuviste ayer por la tarde? Te busqué por toda la facultad.

—En la biblioteca.

—Fui a buscarte allí también.

—Podías haberme escrito.

Ante mi última frase, él no contesta de inmediato. Creo que piensa lo que quiere decir, pero al final no lo dice. Ante el silencio, me encojo de hombros. En un segundo, quiero salir de allí, abandonar la conversación y que Fritz me deje un poco de aire para respirar. Tiene una necesidad insaciable de saber dónde estoy a cada momento y eso es algo que no puedo soportar.

Vuelvo a sonreír.

—Tengo que irme a clase, nos vemos —me despido.

Y, sin darle tiempo a contestar nada, me doy la vuelta y subo los escalones hasta la puerta de entrada del edificio. No me giro para ver su expresión. Tiene que doler que alguien te deje con la palabra en la boca, que te dé plantón siendo quien eres, alguien popular que cree que lo tiene todo resuelto.

Pero es que el Fritz con el que me gustaría pasar más tiempo, conocer y con el que adoro hablar no es el mismo que tengo frente a mí. En la facultad y delante de sus colegas, se muestra de otra forma. Superficial. El segundo me pone la piel de gallina y el otro me gusta. Pero no estoy segura de que me guste tanto como para soportar al segundo. Si vienen en *pack*, casi prefiero no tenerlos.

Suspiro porque, otra vez, estoy hecha un lío. Pero intento dejar todos estos pensamientos fuera mientras me dirijo al aula de la primera hora.

Salgo de la uni con la cabeza ardiendo de tanto darle vueltas a todo. Por supuesto, me he pasado todo el día pensando en lo que no debería, y todo eso en vez de escuchar lo que se explicaba en clase. Voy a necesitar sesiones intensivas de estudio para recuperar todo lo que me estoy perdiendo por estar siempre en las nubes.

Todavía ahogada en mi mierda, me tropiezo con alguien en la plaza que he decidido cruzar para no ir en dirección a la cafetería, donde la mitad de la gente va a comer. Tengo la necesidad de soltar un par de improperios y quejarme a todo pulmón, pero la reconozco de inmediato al alzar la vista.

—Delilah —murmuro, y por algún motivo mis labios se extienden en una sonrisa—. ¿Qué tal?

—Te he estado buscando por todos lados —suelta, y al hacerlo le brillan los ojitos azules como a una niña pequeña—. Quería intercambiar números de teléfono.

—¿Y para eso me has buscado?

Ella asiente con la cabeza, emocionada.

—No puede ser que queramos ser amigas y no tenga tu número de teléfono para quedar, ¿no?

Estoy un poco confundida y me siento halagada, todo a la vez. Pero, en realidad, toda esta situación me parece muy cómica. Delilah es muy diferente a como yo había creído y eso me sorprende cada vez más. Quizás solo eran mis prejuicios y las expectativas de todas las películas viejas que tanto me gusta ver.

—Tienes razón. Te doy el mío.

Me apresuro a sacar el móvil del bolsillo mientras le dicto mi número. Ella lo anota y me llama para que yo también pueda guardar el suyo. Al terminar, me sonríe enseñándome todos los dientes.

—Tengo que irme, pero quedamos dentro de poco, ¿vale? —dice, y yo asiento con la cabeza.

Cuando miro sobre su hombro, veo a Fritz rodeado de sus amigos a lo lejos. Lo está tanto que me pregunto si se habrá dado cuenta de que yo estoy aquí también y me descubro deseando que no, que no se haya dado cuenta y que no se acerque a mí.

—Claro. Escribe cuando quieras.

Delilah asiente al escuchar mis palabras y se despide de mí alzando una mano. Yo hago lo mismo y sonrío antes de seguir mi camino. Pero, como si mi vida fuese parte de esas películas de las que siempre hablo, de repente, tengo a Fritz delante antes de poder avanzar más que un par de metros.

—¿Qué quería esa de ti? —pregunta, y no me pasa inadvertido su tono despectivo.

Frunzo el ceño y lo miro. Paso de ser simpática ante una pregunta tan desagradablemente formulada.

—Tenemos un profesor en común y quería hacerme una pregunta.

Miento y la mentira se me queda pegada a la garganta porque no me gusta hacerlo. Pero en este momento me sale natural y doy gracias por ello.

Fritz parece haberse quedado conforme con mi respuesta, porque no sigue con el tema.

—¿Quieres venir a casa de Jordan? Hace tanto que no estamos juntos que…

—Tengo que trabajar hoy, lo siento —lo corto antes de que siga por ese camino—. De hecho, llego tarde.

Fritz parece molesto. Ese es el segundo, el que no me gusta. Lo llamo el segundo, pero me pregunto cuál de los dos es el primero, cuál de los dos existía antes que el otro y cuál es su papel interpretado. Sacudo un poco la cabeza para no quemarme demasiado con el tema, pero ya sé que me va a costar algunas horas.

—No sabía que trabajabas.

—Porque casi nunca tenemos tiempo de hablar en condiciones —contesto, rápida.

Él asiente con la cabeza y creo que lo hace porque no sabe qué más decir, pero veo un brillo de rabia en sus ojos. Lo único que yo quiero es terminar con esta conversación lo antes posible y, al desearlo, un montón de preguntas me invaden. ¿Por qué sigo haciéndome esto?

—Bueno, vale —dice, y casi puedo escuchar los engranajes trabajar en el interior de su cabeza. Sonrío ante la imagen—. Nos vemos mañana. Pero ponte algo decente, ¿vale?

Antes de poder contestar ante semejante mierda de comentario, me da un beso corto en los labios y se marcha al trote hacia donde están sus amigos. Me quedo allí de pie parada durante lo que se me hace una eternidad porque no entiendo cuál ha sido la razón de sus últimas palabras. Si quería él ganar la batalla, lo ha hecho y con creces. Hay que joderse. «Ponte algo decente».

Sacudo la cabeza y reanudo la marcha en dirección a la salida del campus. Lo único que quiero es salir lo antes posible de aquí.

Esta vez ni siquiera el trabajo en el comedor social me está ayudando a olvidarme de todo lo que me carcome por dentro y por fuera desde hace ya demasiado tiempo. Relleno las porciones de comida en cada uno de los platos, pero no tengo ni idea de si lo estoy haciendo de forma correcta o de si algunos de los que van a comer allí a menudo me ha dado conversación. Estoy tan ensimismada que no me estoy enterando de nada de lo que ocurre al otro lado de mi cuerpo.

Mi cabeza no deja de darle vueltas —una y otra vez, una y otra vez— a las palabras de Fritz. Nunca en mi vida me han afectado ese tipo de comentarios hasta que lo he escuchado de la boca de él. ¿Y por qué lo hace? Ni siquiera lo tengo del todo claro, porque, siéndome sincera, no creo que él me guste tanto como sí pensaba al principio. Estoy hecha un lío y ya no sé por dónde seguir.

Se me encoge el corazón al pensar en lo mucho que me gustaría tener a Gael conmigo para contarle todos mis dramas. Para relatarle todo lo que ha ocurrido en los últimos días y, al final, contarle el maravilloso comentario de Fritz que me tiene tan apagada las últimas horas. En realidad, su comentario más que apagada me ha dejado un poco en la inopia.

Me limpio las manos en la camiseta roja y me giro hacia una compañera.

—Perdona, ¿puedes ocuparte un momento? Tengo que ir al cuarto de baño.

La chica asiente y yo me marcho sin más. Camino a paso rápido hasta el cuarto de baño y, una vez dentro de uno de los pocos cubículos que hay, cierro la puerta por dentro y saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros. En teoría, se nos pide que no utilicemos el móvil mientras estamos haciendo de voluntarios para que el trabajo funcione sin distracciones, pero no puedo hacer ninguna otra cosa. Tengo la cabeza a punto de colapsar.

Busco el nombre lo más rápido que puedo y abro la conversación. Comienzo a escribir y me da la sensación de que los dedos me tiemblan al sobrevolar el teclado. Trago con dificultad, pero no dudo al mandar el mensaje. Estoy más nerviosa que una niña pequeña a punto de ir a pedirle a Papá Noel los regalos de Navidad. Me guardo otra vez el móvil en el bolsillo y regreso a mi puesto.

El mensaje es corto y no quiero recibir una respuesta negativa inmediata.

Yo:
¿Podemos vernos hoy?
¿En dos horas?

Lo escribo escueto y directo, sin demasiadas florituras, y me parece tan loco que hace que casi me estalle la cabeza.

Capítulo 16

Bajo del metro y salgo de la parada. No me separa más que un corto tramo a pie, pero el frío es tan brutal que me obliga a meter las manos en los bolsillos de la chaqueta. Ha bajado la temperatura de una forma increíble, pero eso siempre nos pasa todos los años. Justo cuando acabamos de guardar la ropa bien abrigada del invierno y nos alegramos de que haga un poco de calor.

Camino lo más rápido que puedo para no tener que pasar más tiempo del necesario bajo este clima y, cuando entro en la cafetería en la que hemos quedado, el ambiente cálido hace que se me paralice la cara durante algunos segundos. Vaya un contraste. Deseo durante un momento y con mucha fuerza que el frío se vaya en unos pocos días y esta vez de forma definitiva. Aunque aquí, en este país, hasta mayo puede regresar el frío del demonio una y otra vez.

Veo la cabellera rubia de Delilah casi sin esfuerzo y camino hacia ella para sentarme delante.

—Hola —saludo, quitándome la chaqueta—. Perdona por haberte escrito de forma tan apresurada.

—Por eso no te disculpes, Jo. Si no hubiese podido, no estaríamos aquí. Tranquila.

Asiento con la cabeza. Una camarera se acerca a nosotras y pedimos cada una un *latte macchiato* con mucha nata y sirope de caramelo. Cuando la chica se marcha, me giro hacia Delilah y coloco ambas manos sobre la mesa. Estamos en la misma cafetería de la última vez, no se me ocurrió otro lugar donde quedar con ella.

—No sé bien por qué, pero me dan muchas ganas de hablar contigo.

—Eso es porque echas de menos a Gael —afirma ella, y se me corta la respiración al escucharla—. Y porque creo que tú y yo somos parecidas, no tenemos muchos amigos, no nos gusta la gente y aparentamos ser algo que no siempre somos.

Abro la boca para decir algo, cualquier cosa. Las palabras de Delilah se me han clavado en el corazón como si fuese una diana y con ellas se ha llevado cien puntos. Creo que hasta boqueo un poco como un pez fuera del agua, qué vergüenza.

—Oye, que a mí me gusta la gente —me defiendo, aunque no sueno muy convencida de lo que digo.

—Eso no tiene que ser nada malo, ¿eh? Es un pensamiento comunicado en voz alta —continúa, y me sonríe.

Regresa la camarera, que deja nuestras bebidas sobre la mesa y se marcha. Delilah remueve el contenido de inmediato. Yo todavía no lo hago.

—Pero ¿qué era eso de lo que querías hablar?

No sé bien por dónde empezar. No le he pedido encontrarnos por nada en concreto, más bien por el mismo cúmulo de cosas del que ya habíamos hablado. Pero comienzo por lo que más me molesta ahora mismo.

—¿Conoces las dos personalidades de Fritz?

Ella acaba de darle un trago a su café. Cuando lo deja sobre la mesa, asiente, limpiándose el labio superior de los restos de nata.

—La bonita que siempre se interesa por ti y tiene tema de conversación y la otra, que es la de deslumbrar a sus amigos, ¿verdad? —Asiento con la cabeza—. Claro que las conozco. Por

desgracia, la primera no sale mucho a relucir y solo cuando una está a solas con él, lo que es prácticamente nunca.

—Ese es mi problema. Odio la segunda.

Delilah se encoge de hombros y baja la mirada. No sonríe, juguetea con la cuchara del café sobre el platillo y deja pasar algunos segundos. Me pregunto si estará pensando en algo concreto. Hasta el brillo en sus ojos ha desaparecido. No la conozco apenas, pero la que está sentada ahora frente a mí es una Delilah muy diferente a la otra.

—Creo que con la primera encandila y la segunda es la verdadera.

Cuando lo escucho, el corazón me da un vuelco. Justo eso era lo que yo temía, que la segunda personalidad fuese la dominante. En realidad, visto desde ese punto, tiene sentido y, además, es un plan brutalmente eficiente y muy despiadado. Dejar a un lado esa primera personalidad bonita y amable cuando ya tienes a la chica es un acto terrible.

Me siento muy enfadada e indignada.

—Ya no sé si quiero seguir con él. No me gusta cómo es cuando está con sus amigos.

—Lo entiendo —dice, y hace una pausa tan larga que creo que no va a decir más—. Mira, Jo, te voy a ser sincera. Fritz tiene muchas cualidades buenas, pero no las utiliza como debería. Una relación con él es una montaña rusa y de las que son muy bestias, ya sabes. Yo no voy a decirte lo que debes o no hacer porque ya eres mayorcita y entiendo muy bien qué es lo que ves en él en los buenos momentos, como para soportar los menos buenos, créeme. Pero ten cuidado. Si no estás segura, déjalo. Te lo digo muy en serio. No sabes lo que va a terminar pidiendo de ti.

—¿Pidiendo de mí? ¿A qué te refieres?

—¿Ha empezado a buscarte por la universidad? ¿A preguntarte más a menudo de lo que es considerado decente dónde estás? ¿Te invita todos los días a pasar la tarde en la casa de alguno de sus amigos y con más gente? Piénsalo, el comportamiento está muy claro.

Entrecierro un poco los ojos, aunque no capto del todo por dónde va. A pesar de ello, asiento con la cabeza y me digo que prefiero llevarme toda esta conversación a casa para volver a darle vueltas en soledad. Yo no tengo ningún tipo de experiencia en lo que a relaciones se refiere y no tengo ni idea de qué está o no bien visto o qué es normal en una, pero lo que sí sé es que el comportamiento de Fritz no me gusta demasiado. Inspiro hondo y me recuesto en la silla.

—Vale, te sigo —digo, aunque creo que ella también se da cuenta de que no es verdad—. Hablemos ahora de algo más agradable. Quiero dejar de pensar en toda esta mierda.

—Vale. ¿Tienes Netflix? Podríamos comenzar a ver una serie juntas.

Sonrío y me inclino hacia adelante otra vez. La idea de tener a Delilah como amiga se me antoja interesante y, además, es algo con lo que presiento que terminaría ganando yo. Nunca he tenido una amiga, solo amigos, así que no sé bien cómo proceder. Pero quiero aprender y creo que la mejor persona para hacerlo es con ella.

Inspiro y espiro tres veces ante la puerta de la cafetería antes de decidirme a entrar. Por mi lado han pasado ya unos diez estudiantes y la mitad se me han quedado mirando como un insecto gigante en la pared. Pero es que, si no lo hago, terminaré comiendo cualquier cosa en el cuarto de baño otra vez y, la verdad, paso olímpicamente de ello.

Doy un paso al frente, decidida, y una vez atravesado el umbral, ya no hay marcha atrás. Voy directa hacia la comida, sin mirar más allá. Cojo una bandeja y la relleno con lo que me apetece de la oferta de ese día, pago y me giro hacia las mesas por primera vez. Veo a Fritz y sus amigos sentados a la mesa de siempre, pero como él no se ha percatado de mi presencia, aprovecho para escabullirme hacia otra esquina. Una más alejada, cerca de dónde solía sentarme con Gael y con

Benno. Para mi desgracia, paso por la que era nuestra mesa en común y los veo allí. Les dirijo una mirada y sé que ellos alzan sus ojos hacia mí al verme, pero paso junto a la mesa y me voy a otra ubicada más al fondo. Me siento dándoles un poco la espalda porque no quiero tener que verlos. Es demasiado doloroso.

Me llevo un poco de ensalada americana a la boca y mastico con calma cuando siento que alguien se me acerca por detrás. Rezo porque no sea Fritz y me alegro cuando me doy cuenta de que es otra persona. Pero entonces se me cae el corazón a los pies.

—Hola, Jo —me saluda Benno, sentándose frente a mí.

Trago con dificultad, casi ahogándome, y le doy un trago a mi botellín de agua antes de decir nada.

—Benno, ¿qué tal?

—Todo bien. Ahora mejorando un poco.

Él suspira, se restriega los ojos y se sienta en la mesa. Pensaba que estaba ahí para hacerme compañía, pero, dado que ha venido sin su bandeja y sin sus cosas personales, doy por hecho que no se quedará.

—¿Cómo estás? —pregunta, y estira una de sus manos sobre la mesa. Aferra la mía con mucha fuerza y siento que me voy a echar a llorar ante este gesto—. Me refiero a cómo estás de verdad.

Me encojo de hombros porque tampoco sé qué respuesta darle que no sea mentira y que englobe todo lo que me ha estado pasando en los últimos días.

—¿Ahora mejorando un poco?

Benno sonríe y le da un último apretón a mi mano antes de soltarla.

—Espero que sepas que puedes escribirme siempre que lo necesites. Que te hayas peleado con Gael no significa que tú y yo hayamos dejado de ser amigos. Me quedo con ese cabeza hueca porque… porque ambos sabemos que se arrancaría el pelo de la rabia. —Suelto una risita al escucharlo y Benno me sonríe. Me reconforta mucho saber que él sigue estando ahí para mí—. Pero a lo que he venido ahora, el cabeza hueca quiere saber si puedes devolverle unos libros que están en tu casa.

Borro la sonrisa de un plumazo, sus palabras duelen un montón. ¿Ha venido solo por eso? O, mejor dicho, ¿lo ha mandado Gael para eso? Creo que en cualquier momento me voy a echar a llorar ante el dolor que siento en el pecho. Gael no es capaz de acercarse a mí ni siquiera para eso. Y todo después de saber que su frase favorita es «no hay huevos». ¿Que no los tengo? Perdona, pero el que no los tiene es él.

Inspiro hondo y frunzo el ceño.

—Claro —digo, escueta, y vuelvo a coger el cuenco de plástico con la ensalada entre las manos—. ¿Le preguntas si va a querer el resto de sus cosas que se ha ido dejando en mi casa en los últimos años?

Benno cierra los ojos, se disculpa y se pone en pie. Mientras se marcha, siento las lágrimas subiéndome por el pecho al mismo tiempo que lo hace una rabia muy ciega y roja. Joder con el chaval. Estoy tan enfadada que me encantaría ir y estamparle la bandeja con la comida en toda la cara. Pero, por supuesto, no lo hago. Primero, porque no es necesario y, segundo, porque sería una falta de respeto hacia nuestra amistad de tantos años.

Qué dolor saber que incluso lo poco que me recuerda a Gael en casa está a punto de desaparecer.

Unos segundos más tarde, regresa Benno a mi mesa y se sienta donde ya lo hizo antes.

—Dice que sí, por favor.

—El por favor lo has añadido tú, seguro. Mira, por mí puedes decirle…

Benno se pone en pie, visiblemente molesto, y yo lo sigo con la mirada. Alza una mano en mi dirección, mostrándome la palma como si quisiera obligarme a detenerme.

—Jo, no lo digo a malas, ¿vale? Lo siento mucho, pero no soy el mensajero de nadie. No quiero tener que ver con una mierda de pelea entre dos tórtolos. Total, en dos semanas habréis hecho las paces y todos nos vamos a reír de esto. Que uno de los dos pida perdón de una maldita vez y sigamos como siempre. Si no queréis hablar de cuál es vuestro problema de una vez y soltar esos sentimientos que no veis, yo no puedo ayudaros.

Abro la boca para decir algo, pero él no me deja.

—Comunícate con él directamente, por favor.

Y, antes de saber incluso qué podría haber contestado a su monólogo, se marcha. Lo contemplo alejarse con las cejas enarcadas y me da la sensación de que todo el mundo nos está mirando. Pero lo que acaba de ocurrir sigue sin interesarle a nadie. Termino de comerme la ensalada a toda velocidad, me guardo el sándwich y el postre en la mochila y tiro los restos en la basura. Salgo lo más rápido que puedo de la cafetería y me voy a los cuartos de baño. Desde luego, no ha sido una buena idea el armarme de valor para ir a un lugar que ahora solo va a hacerme daño.

Me he pasado otra vez todo el día dándole vueltas a unas palabras que no he dicho yo y que me han hecho un daño que te cagas. Estoy harta de pensar tanto. Hasta hace un mes, apenas le daba vueltas a las cosas porque es algo que siempre me ha agobiado un montón. Pero, ahora, yo qué sé, todo es diferente.

Salgo de mi dormitorio para ir donde René a quejarme un rato y distraerlo de tanto estudiar, pero nada más salir me vibra el móvil en el bolsillo. Lo saco y leo los mensajes. Son todos de Delilah. Por lo visto, ella es de las que escribe cada frase en un mensaje diferente. Curioso, sin duda. Pero, al final, el mensaje al completo es corto y conciso.

> Delilah:
> Quiero enseñarte un lugar.
> Trae una chaqueta bien gorda (que hace frío) y algo de picar.
> Del resto, me encargo yo.

Tras los mensajes, me manda un emoji de esos que dan un beso. Le contesto aceptando la invitación y olvido que quería ir donde René. Regreso a mi dormitorio y busco al fondo del armario la chaqueta más gorda que tengo. Me la pongo y voy directa a la cocina. Rebusco en todos los armarios hasta que doy con algo decente de picar y lo guardo en una bolsa de tela.

—¡Me voy! —grito en dirección al dormitorio de mi hermano.

Antes de escuchar si dice algo o no, voy directa hacia la puerta, me pongo las deportivas y salgo de casa, expectante. Cuando saco de nuevo el móvil, leo la dirección que me acaba de mandar Delilah y busco cómo llegar allí mientras voy hacia la parada del metro.

Capítulo 17

La veo desde lejos y, cuando ella alza la mirada, menea ambos brazos en el aire para saludarme, supercontenta. Hasta que llego a ella me ha saludado, gritado mi nombre y dado saltos de alegría. Y todo en menos de dos minutos. Cuando ya la tengo delante, da palmaditas con las manos.

—¡Al fin estás aquí! —exclama, y su voz está teñida de emoción—. Vamos, rápido rápido. Tenemos que aprovechar el rato antes de que anochezca.

Delilah me coge del brazo y tira de mí para que la siga. Tras ella, se abre la entrada a un parque a través de un bosque. Este en concreto no lo había visto nunca, pero reconozco que a través de toda Colonia hay decenas de ellos.

Pero, ante lo que acaba de decir, me quedo anclada en mi sitio y estoy segura de que se me ha ido todo el color de la cara.

—Oye, espero que no quieras asesinarme o algo así.

Ella suelta una carcajada estruendosa y yo me sorprendo. Delilah tiene más o menos la misma estatura que yo, pero a veces me da la sensación de que no es más que una niña pequeña. Me sorprendo por el arrebato de felicidad ante mi comentario.

—Si quisiera asesinarte, habría recurrido a otro plan. Me gustan mucho las series criminales, así que ten por seguro que podría hacerlo.

Arqueo las cejas y ella vuelve a sonreír, esta vez con picardía.

—Es broma —dice, y pone los ojos en blanco—. Ven, vamos.

Se cuelga de mi brazo y tira de mí, obligándome a seguirla. A pesar de que no creo que Delilah sea capaz de asesinarme y dejar mi cuerpo tirado en medio de un bosque cualquiera de la ciudad, tengo mis dudas de hacia dónde vamos. Pero me dejo guiar sin decir nada. Pasados algunos metros del sendero, tira de mi brazo para hacerme ir en otra dirección. Nos alejamos del camino trazado, pero ella parece saber muy bien hacia dónde nos dirigimos. Tan segura que, después de un rato, a mí ha comenzado a parecerme todo igual, aunque creo que para ella es diferente.

Hacemos ese recorrido durante otros tres o cuatro minutos y se detiene entre unos árboles que a mí me parecen cualesquiera, da un paso al frente y se gira hacia mí, extendiendo los brazos hacia los lados.

—¡Aquí estamos! —exclama, y yo miro en derredor, sin comprender bien—. No es nada del otro mundo, pero este es mi lugar seguro.

Alzo las cejas, comprendiendo de repente a lo que se refiere. Coño, me ha traído al lugar donde ella ha pasado un tiempo precioso sola o solo con gente de confianza. Se quita la mochila que lleva a la espalda y saca una manta que coloca junto a un árbol. Cuando me acerco, me doy cuenta de que un poco más abajo corre un pequeño riachuelo que debería llevar más agua de la que lleva en esta época del año. Delilah se sienta y me invita a hacer lo mismo. Entonces comienza a sacar más cosas de la mochila.

—Estuve ayer aquí y pensé que también podría gustarte. Me apetecía compartirlo contigo. No creo que vengas aquí a hacer nada malo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Cuando miro hacia la manta, Delilah ya ha sacado varios tipos de sándwiches, unas salchichas de cóctel, queso, galletas, dos bolsas de patatas y dulces.

—Quiero decir que no vas a venir a hacer una barbacoa con un montón de gente aquí o algo así.

—Ya —digo, y no puedo evitar sonreír—. Alguien me dijo que no me gusta la gente, así que no, eso no va a pasar.

Ella asiente con la cabeza muy seria, como si lo que acabo de decir fuese un contrato inquebrantable entre ambas. Pero es que jamás se me ocurriría romper semejante voto de confianza con algo tan estúpido. Aunque, ¿qué garantías podría tener ella? Apenas nos conocemos.

—Es mi lugar especial, ¿vale? Y no lo he compartido nunca con nadie.

Siento un calor abrasador subirme a las mejillas y me quedo algo pillada. No sé muy bien qué decir, pero creo que aquí está pasando algo que no debería estar pasando. Delilah alza la mirada hacia mí, sonriente. Me siento un poco incómoda y me remuevo sobre la manta. Se da cuenta del color de mi rostro y su risa simpática pasa a ser una muy diferente que todavía no he visto hasta el momento.

—¡Oh, por favor, Joleen! —exclama, y suelta una carcajada—. No seas así. Mira, a ti se te nota a la legua que te gustan los chicos y, además, creo que tu mente y corazón ya están pillados desde hace tiempo.

Alzo muchísimo las cejas. Coño, como si fueran a salir volando hasta el espacio.

—No hace tanto —digo, sin saber bien cómo continuar.

—Está bien. Solo pensé que aquí podríamos hablar sin tapujos, ya sabes. Sin el miedo a que cualquiera pueda escuchar algo que no debería o así.

Saco lo poco que he metido en la bolsa de tela para picar. Delilah coge y abre uno de los sándwiches y me tiende el segundo.

—Eh, soy la mayor de cuatro hijos, así que necesito un lugar donde esconderme de vez en cuando.

—Comprendo el sentimiento.

—¿Sois varios hermanos también?

Me llevo una de las pequeñas salchichas a la boca.

—En total, tres. Solo que en mi caso soy la más pequeña.

—Y te protegen demasiado, ¿a que sí?

—A veces. Aunque ya no tanto. ¿Y en tu caso? Cuatro hermanos hoy en día no es lo normal.

Delilah se encoge de hombros.

—Mira, esto no lo sabe nadie, ¿vale? Mis padres no tienen mucho dinero y sé que solo habían querido tener un hijo. Creo que los otros tres vinieron sin quererlos, aunque no estoy segura. En casa no se habla mucho de eso. Ni de nada, en realidad.

—¿Trabajan mucho tus padres?

Ella no contesta directamente. Me doy cuenta de que está intentando ver cómo darle respuesta a mi pregunta y me arrepiento de haberla hecho. Con cuatro hijos, sus padres deberán trabajar un montón de horas para tener dinero para todo, pero por la reacción de Delilah, me da la sensación de que no es así.

Ella niega con la cabeza y baja la vista.

—No tanto como deberían. Vivimos un poco de las ayudas del Estado —confiesa, y lo hace en voz muy baja—. Yo trabajo a veces unas horas, pero con las clases, estudiar y ocuparme de mis hermanos y de la casa, es demasiado.

—¿Y no te ayudan tus padres? —pregunto, y vuelvo a arrepentirme al momento.

Delilah se encoge de hombros.

—Ambos trabajan, pero solo a tiempo parcial y el resto del tiempo están por ahí gastándose lo poco que ganan.

Tengo la sensación en los huesos de que Delilah me está contando algo que no suele contarle a nadie. Ahora la que está algo sonrojada es ella y me pregunto si es por vergüenza o por algo más.

—¿Y cómo son tus hermanos? —pregunto, intentando desviar un poco la conversación.

Ella suspira y vuelve a sonreír.

—Son todo mi orgullo. Espero que algún día consigan lo que quieran. Tengo dos hermanos y una hermana. ¿Y tú?

—Solo chicos. Dos hermanos y papá.

Cuando lo digo, se me muere un poco la voz en la garganta porque de repente siento un miedo atroz a que me pregunte por mi madre. Pero, al contrario de lo que yo he hecho con ella, Delilah no pregunta.

—Oh, ahora entiendo muchas cosas —dice, y hace que me olvide del miedo.

—¿Qué entiendes?

—Bueno, que tú también seas casi como uno, ya sabes.

—Es que las chicas son muy enervantes —digo, y me suena casi a súplica, a saber el porqué.

Delilah suelta una carcajada y se atraganta con lo que estaba comiendo. Me doy cuenta de que no tenemos nada de beber.

—Mierda —refunfuña, y creo que se acaba de dar cuenta de lo mismo—. Se me ha olvidado la bebida. Da igual. Pero tienes razón, las chicas somos muy enervantes.

Sonrío al sentirme un poco comprendida.

—Aunque creo que tú también te estás convirtiendo en una. En una a medias —rectifica cuando descubre mi mirada de horror—. Que no tiene nada de malo. Además, estás sentada con otra ahora mismo.

Asiento.

—Pero tú no eres enervante.

—Suerte que has dicho eso. Si no, sí que iba a tener que asesinarte y dejarte por aquí.

Soy yo quien suelta una carcajada.

Ahora mismo me siento bien. Estar aquí con ella se siente bien. La conversación con Delilah fluye de forma tan natural que, antes de darme cuenta, ya nos hemos narrado la mitad de nuestras vidas.

Me siento con las baterías recargadas a tope cuando entro otra vez en casa. Hace ya bastante que ha oscurecido y estoy segura de que todos estarán enfadados conmigo por haberme saltado la cena en familia, pero no me importa tanto. Pero es que resulta que estaba descubriendo eso a lo que llaman amistad desde una perspectiva nueva y desconocida para mí.

Por supuesto, a Delilah y a mí se nos ha hecho de noche en el bosque, así que hemos tenido que regresar al sendero alumbrándonos el camino con las linternas de nuestros móviles. Al menos, pudimos hacer un tramo corto de nuestros respectivos recorridos en metro juntas y, hasta que nos vimos obligadas a separarnos, nos echamos unas buenas risas y nos conocimos mejor.

Y ese momento hizo que me olvidase de absolutamente todo durante varias horas y pudiera volver a respirar con tranquilidad.

Me quito las deportivas y las dejo en la entrada junto con la chaqueta, que seguro volveré a necesitar si vuelvo con ella a su lugar. Entonces saco el móvil del bolsillo mientras voy de camino a mi dormitorio. Me asusto al ver todas las notificaciones. Tengo alrededor de veinte

mensajes y cinco llamadas perdidas, pero todas son de Fritz. Al verlo, vuelvo a sentirme ahogada. ¿Qué mierda de problema tiene? Es cierto que hace un par de días que no nos vemos más que en la universidad y que no he aceptado ir a ninguna de sus quedadas poniendo la primera excusa que me venía a la mente, pero eso no le da motivo para petarme el móvil a mensajes.

Comienzo a leerlos y, a cada uno, menos ganas tengo del siguiente. Conforme voy avanzando, el tono de Fritz va de mal en peor y cada uno de ellos está escrito de peor forma y con más palabrotas. Pero, al final, en todos ellos quiere saber dónde estoy y por qué no he contestado a sus mensajes ni llamadas. Paso de llamarlo, así que escribo.

Yo:
He estado ocupada.

Y nada más enviarlo, veo que él se ha conectado y también escribe. Lo hace durante un buen rato y ya comienzo a temblar ante qué va a decirme esta vez.

Fritz:
Mierda de estar ocupada.
Siempre lo estás y me parece una putada.
Te quiero conmigo en todo momento, así que ve pensando en deshacerte de todo lo que tienes que hacer.

Inspiro hondo al leerlo y me quedo parada delante del móvil durante varios segundos. Solo lo leo una vez porque el significado de sus palabras lo he captado a la perfección. Y no puedo creerme que haya escrito algo así. Pienso en Delilah y en sus palabras y siento otra vez que me estoy ahogando.

Qué rápido puede cargarse otra persona el buen humor de una.

Tiro el móvil sobre la cama y decido no mirarlo en lo que queda de noche. Paso por completo de él, de Fritz, de sus mensajes y de todos mis sentimientos encontrados al respecto.

Y con las mismas salgo del dormitorio y voy donde René. Sé que hoy a esta hora —y hasta bien entrada la madrugada—, Micha está trabajando en el bar, así que no tengo miedo de encontrármelo. Hay algunas cosas que solo me gusta hablar con René y, aunque a veces también le haga las mismas preguntas a nuestro hermano mayor solo para conocer su opinión, sigo sintiéndome más cómoda con René.

Puede que todo tenga que ver con que ambos tenemos un aliado en el otro en lo que respecta a nuestra madre.

Abro la puerta sin llamar y él se asusta.

—¡Joder, Joleen! —exclama, y yo frunzo el ceño al escuchar mi nombre completo—. Jo, perdona. No me des estos sustos.

—¿Estabas viendo porno o qué?

—Claro que no. Pero si la puerta está cerrada, es porque al otro lado podría ser que la persona quiera un poco de intimidad.

—Ya, bueno —digo, y me voy directa a su cama. Me acuesto sobre ella y entrecruzo los dedos sobre el abdomen—. Tengo una pregunta.

—Y yo siempre debo tener tiempo para responderla, ¿verdad?

Giro el rostro hacia él y hago un puchero porque sé que no puede resistirse a mí durante mucho tiempo. Dejo pasar algunos segundos, hasta que él suspira y estira un brazo para darme

paso a formular mi pregunta. Me giro sobre el costado para incorporarme sobre un codo.

—¿Cómo corto con alguien?

—¿Perdona?

—Que cómo corto con alguien. Ya sabes, una relación y eso.

René abre muchísimo los ojos y, poco después, se restriega el rostro con una mano.

—No sabía siquiera que estuvieses saliendo con alguien.

—Nunca me lo ha preguntado, pero nos besamos y tal, así que doy por hecho…

—No quiero detalles, Jo. Eres mi hermana pequeña.

Me callo, sin apartar la mirada de él y esperando una respuesta a mi pregunta.

—¿Y bien?

René suspira de nuevo y piensa durante algunos segundos.

—Bajo ningún concepto se rompe una relación por mensaje. Eso es de muy mal gusto. —Asiento y espero más—. Siempre que pueda ser en persona, mejor. Si no, al menos por teléfono. Y, cómo hacerlo…, yo qué sé, puedes decirle a la persona tus motivos para hacerlo o no dárselos y guardártelos para ti, eso es una decisión muy personal. También depende de la otra persona si te permite explicar tus motivos o no.

Asiento y me doy cuenta de que, llegados a semejante punto, estoy segura de que Fritz no va a ser de los que dejan a la otra persona explicarse. Al menos, no si quien domina es la segunda personalidad y no el Fritz amable y simpático que tanto me gustó al principio. De repente y no sé bien porqué, me pregunto cómo lo ha hecho siempre Gael. Con tantas novias pasajeras que ha tenido a lo largo de nuestra amistad, me digo que debe tener una fórmula infalible para cortar con las chicas sin que lo odien de por vida. Porque jamás he visto a ninguna enfadarse con él.

Pero me duele seguir pensando en él, así que desecho ese pensamiento.

—Pero si lo que quieres es cortar de verdad, te tienes que asegurar de que se entiende bien y no en plan «lo que quiero es que hagamos una pausa» o algo similar.

—Entendido. Gracias por tu ayuda.

René asiente y hace el amago de girarse con la silla de nuevo hacia sus libros y el portátil, pero yo todavía no he terminado. También hay otro tema que me mantiene en vilo desde hace algunos días y la verdad es que no sé bien por qué. Creo que el contacto con Delilah ha comenzado a remover cosas en mí que había escondido a muy buen recaudo en el fondo de mi corazón y de mi mente.

Carraspeo un poco.

—Tengo otra pregunta —digo en voz más baja, y noto la exasperación en mi hermano cuando vuelve a girarse hacia mí. Se cruza de brazos antes de hacerme un gesto para que la lance—. ¿Has recibido alguna carta de nuestra madre este año?

René alza muchísimo las cejas y abre la boca. Los brazos, cruzados con fuerza sobre el pecho, se descomponen, pero no dice nada. Al menos, no en un primer momento. Entonces es él quien carraspea y se remueve sobre la silla un par de veces, como si buscase una pose adecuada para contestar a la pregunta.

—Sí —contesta al fin.

Y ya está. No dice nada más. Así que frunzo el ceño, diciéndole sin palabras si no está dispuesto a decir más. Pero sé bien que no lo está porque tanto él como yo somos los que menos palabras soltamos respecto a este tema. Por una vez que yo quiero hablar, no estoy dispuesta a darme por vencida con tan poco, así que me siento en el borde de la cama y sigo clavándole la vista.

—Yo este año, no —suelto, pero tampoco obtengo reacción alguna ante aquello. René, sencillamente, no dice nada—. ¿Es que no te gustaría saber por qué se marchó?

Mi hermano inspira hondo y aguanta la respiración. Creo que no sabe bien qué decirme. Yo, en su lugar, tampoco lo sabría. Al final, niega con la cabeza.

—Me da igual por qué lo hizo. La cuestión es que ella no está.

Soy yo quien aguanta la respiración. Es una repuesta tan directa y cerrada que no me da pie a seguir con la conversación, así que reconozco mi derrota y me pongo en pie. Me despido de él y le doy las buenas noches. Con toda seguridad, todavía estudiará algunas horas antes de irse a dormir, pero no volveré a molestarlo.

Salgo de su dormitorio y regreso al mío. Me cambio la ropa por el pijama, me pongo una sudadera y me meto bajo las mantas. En casa apenas ponemos la calefacción para ahorrar un poco en las facturas, pero hoy hace un frío de tres pares de narices. Creo que hasta me castañetean los dientes, pero intento mantener el control.

Allí acostada me invaden otra vez todos esos sentimientos que me tienen más acorralada que nunca en el último mes. Aunque hay algunos que, actualmente, predominan sobre los demás.

Lo agradable que es hablar con Delilah.

Mi inseguridad con respecto a Fritz y a qué hacer con él. ¿Darle o no darle una oportunidad?

Mi anhelo por mis antiguos amigos y el tiempo con ellos.

Pero, ante todo, mi dolor por la falta de Gael. Me duele tanto que creo que voy a echarme a llorar. Y me doy cuenta de ello cuando la primera lágrima ya ha mojado mi mejilla. Lo echo tanto de menos que pensar en él es una constante presión en el corazón.

E igual consigo conciliar el sueño. Ni siquiera el dolor que siento por una madre ausente puede compararse al que siento porque Gael ya no esté en mi vida. Y me pregunto por primera vez a qué se debe la diferencia. Pero, antes de poder formular una respuesta coherente, me quedo dormida.

Capítulo 18

Odio las noches de poco y mal sueño porque me dejan para el arrastre. Pero, en realidad, ¿quién no las odia? Son lo peor, basura de la buena.

Y una de esas he tenido hoy. Así que el día ya está predestinado a ser una auténtica mierda cuando pongo un pie sobre el suelo. Pero, aun así, me levanto, me arreglo, desayuno algo y salgo corriendo hacia la universidad. Ni quiero faltar a clases ni quiero seguir estando en la inopia durante mucho más tiempo. Si sigo así, me tocará repetir todos los exámenes y eso no se da ni en mis peores pesadillas.

Aprieto el paso al darme cuenta de que estoy a punto de llegar tarde. Enfilo por la plaza frente al edificio hacia el que me dirijo y qué sorpresa la mía cuando alguien me intercepta. Me doy el susto de mi vida, otra vez.

—¡Joleen, aquí estás! —Escucho la voz de Fritz.

Por supuesto, no tengo que verlo para saber quién es. No hay otra persona en esta vida que me llame así. Me giro hacia él con el ceño fruncido. El mal humor todavía prevalece.

—Buenos días —saludo.

Y, mientras lo hago, me pregunto por qué mierdas no le he dicho nunca que no utilice mi nombre completo. Podría habérselo dicho al principio, pero creo que ahí no sabía que esto iba a estirarse tanto en el tiempo.

Suspiro, un poco hastiada de todo.

Fritz coloca una de sus manos sobre mi hombro y me mira con una sonrisa en los labios. Es esa sonrisa que ya le he visto utilizar con otros y que viene a significar que está por pedir disculpas, aunque no lo sienta tanto como dice. Un escalofrío me recorre la columna vertebral. ¿Cómo es posible darse cuenta de tantas cosas de otra persona en tan poco tiempo? Cómo me gustaría criticar todo esto con Gael, romper de una vez con Fritz y alejarme de todo.

—Oye, cariño —comienza, y yo ya temo cómo va a seguir todo esto—, siento muchísimo lo de ayer. No quería agobiarte. Es que, si no me dices dónde estás, me preocupo, ¿sabes?

—Ya, claro.

—¿Me perdonas? ¿Por favor?

Lo miro poner su cara de cordero degollado y siento hasta náuseas. No sé qué me pasa hoy, pero no estoy de humor para nada por lo que parece. Frunzo más el ceño y asiento con el único objetivo de quitármelo de encima.

Ahora sí que llego tarde a clase.

—Sin problema. Olvidado el asunto.

Doy un paso al frente y Fritz hace más férreo su agarre en mi hombro, siento un pinchazo allí donde se encuentra su mano. Pero con ese gesto me ha dejado muy claro que todavía no puedo seguir, así que lo miro de nuevo, exasperada.

—Creo que sigues enfadada conmigo.

Suspiro.

—No es contigo.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Odio cuando estás de mal humor, no se puede hablar contigo.

No sé ni qué decir. Tengo la ligera sensación de que la antigua Joleen habría dicho algo cortante y se habría ido sin importarle una mierda el dejarlo allí plantado. Pero, por algún motivo, soy incapaz de hacerlo. Quiero cortar con él, pero no quiero dejarlo aquí tirado. ¿Cuál es mi problema?

—No estoy de mal humor contigo.

—Entonces, ¿con quién?

—Con nadie. He dormido mal, ¿vale?

Fritz suspira, exasperado, y a mí se me sube todo a la cabeza. Veo muy rojo. Creo que mi mal humor no viene por la última noche.

—Fritz, ¿cuál es el problema? —exclamo de repente, y sé que mi voz es algo más alta de lo que debería. Sacudo los hombros para deshacerme de su agarre y funciona—. ¿Qué mierdas esperas de mí, dime?

Veo la más pura rabia pasar durante un segundo por sus pupilas, pero desaparece tan rápido como la he visto y me pregunto si me lo he imaginado. Pero él no responde.

—Mira, solo necesito un poco de tiempo para mí hoy, ¿vale?

Fritz hace una mueca que no sé identificar, asiente con la cabeza y, al final, se aparta hacia un lado. Algo en mi interior me dice que he hecho algo muy mal y que me tocará pagar por ello, pero no le hago caso a ese presentimiento porque un mal día lo tiene cualquiera y Fritz no tiene el derecho de exigirme estar de buen humor constante.

Termino de atravesar la plaza y me adentro en el edificio, rezando a cualquiera que quiera oírme para que me regale un poco de concentración hoy. Pero mis piernas no se dirigen hacia el aula donde tengo la primera clase, no.

Choco con la puerta del cuarto de baño, entro dando un traspié y me voy directa a uno de los cubículos. Tengo unas ganas de llorar que nadie podría entenderlas. Escucho que alguien entra justo después de mí y maldigo mi mala suerte.

—¿Jo? ¿En qué cubículo estás? —Escucho al otro lado.

Abro la puerta de inmediato, poniéndome en pie, y veo el rostro de Delilah. Me tiembla el labio inferior al verla.

—¿Estás bien? —pregunta, y creo que algo en mi expresión la hace saber que no entiendo bien a qué viene la pregunta—. Lo he visto. Fuera en la plaza, ya sabes…

Inspiro de golpe y el aire se me queda atascado en los pulmones.

—¿Hemos dado un espectáculo?

—Puede, sí.

Un quejido se me escapa de la garganta, pero no digo más. Vaya mierda.

—Sé cómo puede llegar a ser Fritz y esto tenía pinta de ser uno de sus límites. No quería que estés de mal humor, ¿me equivoco? —Asiento. Si hablo en voz alta, creo que voy a echarme a llorar otra vez—. Jo…, no sé si…

Delilah suspira y creo que sé muy bien lo que quiere decirme. Hasta ahora jamás me ha dicho que siga o no la relación con Fritz. Al menos, no de forma directa. Siempre lo ha dejado en mis manos. Pero ahora creo que lucha consigo misma por dejarlo salir y, al ver cómo se libra la batalla a través de sus ojos, abro la boca para interrumpirla.

—Oye, ¿por qué eres tan amable siempre conmigo? —pregunto a bocajarro.

Delilah sonríe. Es una sonrisa pequeña y algo tímida.

—Ya te lo dije el otro día, creo que somos un poco iguales. Y también creo que echas mucho de menos a tus amigos —explica, e inclina la cabeza hacia un lado—. Jamás podré reemplazarlos

y ese no es mi objetivo, no me malinterpretes. Pero siempre está bien tener un hombro sobre el que llorar.

—Yo no lloro.

Delilah se encoge de hombros y su mirada me hace comprender que puede que esté equivocada.

—También puedo ofrecerte un abrazo y así, si lloras, nadie lo verá.

Delilah abre los brazos y, para mi sorpresa, me lanzo directa a ellos. Me abraza con fuerza, con determinación, con muchas ganas, y yo se lo devuelvo de la misma forma. O lo intento. Este momento me reconforta tanto que, al separarme de ella, soy incluso capaz de medio sonreír. Me restriego los ojos porque, sin querer, se me han escapado las primeras lágrimas. Qué vergüenza.

—Pero, aunque jamás pueda reemplazar a tus amigos, también quiero ser amiga tuya —dice, y al escucharlo siento una sensación agradable en el pecho—. ¿Quieres que vayamos a tomar un café después de las clases?

Niego con la cabeza con pesar.

—No puedo. Hoy trabajo en el comedor social. Soy voluntaria allí algunas horas a la semana.

Delilah asiente y parece pensativa durante algunos segundos.

—¿Y necesitan más manos que ayuden?

—Claro, siempre.

Ella se despide de mí con otro abrazo corto y una sonrisa. Se marcha del cuarto de baño y yo me quedo allí sola. Me miro al espejo porque creo que no puedo hacer nada mejor. Inspiro hondo dos veces y me armo de valor, diciéndome que tengo que ser capaz de tomar la decisión correcta, y lo antes posible.

La ayuda de Delilah nos viene bien, como descubrimos nada más llegar. Alguno de los voluntarios esporádicos de los que no sé el nombre no ha podido acudir hoy, así que nos faltan manos. Cuando llegamos, le doy a mi amiga una de las camisetas rojas y me coloco yo otra; salimos al comedor. Le explico lo más rápido que puedo lo que hacemos y cómo lo hacemos y la acompaño hasta su puesto. Allí, otra voluntaria le explica cuál es su tarea y entonces yo regreso a mi lugar.

Delilah se despide de mí con una sonrisa.

Comienzo a servir la sopa de lentejas de hoy en cuencos conforme van llegando las personas hasta mí. Siempre intento hacerlo con una sonrisa y preguntándole a cada uno de ellos cómo está. Si hay algo que he aprendido aquí, es que todos somos humanos y que la vida no nos trata igual por vivir en el mismo país. Así que, si no me cuesta venir a ayudar, tampoco me cuesta hacerlo con una sonrisa. Nunca sabes cuándo puedes alegrar el día de otra persona con un gesto tan simple y un poco de amabilidad.

Pero mientras lo hago, me pregunto dos cosas: por qué demonios se me ocurrió pensar en algún momento que Delilah iba a ser un monstruo celoso sacado de una película mala, y cómo puede ser que esa chica a la que estoy conociendo ya tan bien y me atrevo a llamar amiga haya pasado tanto tiempo saliendo con alguien como Fritz.

Para ninguna de las preguntas tengo respuesta. Bueno, puede que para la primera sí, pero no sé si quiero decirla en voz alta. Porque está claro que no había nada más que mi miedo escondido en esa estúpida creencia. Mi miedo y puede que una sobredosis de películas de los noventa.

Me sorprendo contemplando a Delilah tres veces desde la lejanía y, dos de ellas, ella me descubre y, al mirarme, me sonríe.

Cuento el tiempo que pasa porque quiero salir de aquí. De hoy no va a pasar para hacerle la pregunta. La curiosidad ya me carcome desde hace tiempo, pero después de lo que ha ocurrido con Fritz en la universidad, no soy capaz de imaginarme qué vio ella en él. Alguien como Delilah es demasiado inteligente para caer en las garras de alguien como él, ¿o eso solo me lo parece a mí? Aunque sé que esta pregunta también debería de hacérmela a mí misma.

Alzo la mirada hacia el reloj de la pared del fondo y luego le sonrío a quien será la última en mi cola hoy.

—Buenas tardes, Ida —digo al vislumbrar el rostro bajo las arrugas. La señora me sonríe con su boca mellada y me da las buenas tardes—. ¿Cómo estás hoy?

—Lo mejor que puedo estar, niña.

Suele ser su respuesta estándar. La mujer coge su cuenco con la sopa y lo coloca sobre la bandeja para seguir hacia la siguiente estación. Me limpio las manos en el delantal y me acerco con grandes zancadas hacia Delilah, que está hablando animadamente con todo el que le pasa por delante.

—¿Ya estamos listas? —pregunta, y se sorprende al ver la hora—. ¡Qué rápido se pasa el tiempo!

—Aquí siempre es así. Mientras te lo tomes con buen humor.

Ella asiente con la cabeza, ambas nos despedimos de los compañeros y regresamos a los vestuarios, donde dejamos los delantales y las camisetas, nos ponemos los abrigos y recogemos nuestras cosas. Al salir, el frío me da de lleno en las mejillas, pero no es tan terrible como había imaginado que sería segundos antes.

—¿Todavía quieres hablar un rato? —pregunta Delilah, deteniéndose durante algunos segundos.

—Sí, estaría bien.

Meto las manos en los bolsillos de mi abrigo. Las yemas de los dedos se me paralizan por el frío.

—¿Vamos a nuestro sitio o a una cafetería?

Por un segundo siento la necesidad de tomar algo caliente en algún local alejado del frío, pero luego recuerdo lo que me gustaría hablar con ella y descarto la idea.

—Vamos a por algo caliente de beber y nos sentamos en… nuestro sitio.

Delilah asiente y se pone en marcha, sonriente. Si existe alguien en este mundo que sea capaz de borrarle la sonrisa a esta chica, yo no sé todavía quién es. Y, es más, preferiría que no existiese nadie capaz de hacerlo. Pero luego recuerdo lo que me contó el otro día sobre sus padres y su reacción al hacerlo y tengo la ligera sensación de que de ese tipo de personas existen varias en su vida.

Esta vez soy yo la que me cuelgo de su brazo al andar.

—Qué frío hace —me quejo.

—¡Qué va! Es superagradable.

La miro de reojo con una mueca en los labios, pero no comento nada. Pasamos por una cafetería y pedimos dos chocolates calientes para llevar antes de seguir con nuestro camino. No nos cuesta tanto llegar al bosque desde el comedor y me sorprendo al darme cuenta de ello. La primera y última vez que estuvimos aquí no creí que este lugar pudiese estar cerca de ningún otro que yo conociese.

Hoy no venimos tan bien preparadas como la última vez, así que nos sentamos sobre unas piedras un poco húmedas, más cerca del riachuelo, que ahora lleva más agua.

Delilah me mira.

—¿Hay algo concreto sobre lo que quieras hablar?

—¿Por qué alguien como tú querría salir con alguien como Fritz? —pregunto, sin pelos en la lengua.

Me sale tan de repente que hasta yo misma me sorprendo. Pero no me arrepiento, porque la verdad es que quiero saberlo a toda costa. Quiero comprender cuáles fueron sus motivos ahora que los conozco a ambos mucho mejor.

Para mi sorpresa, Delilah sonríe ante la pregunta, aparta la mirada de mí y le da un sorbo a su chocolate caliente. Espera algunos segundos antes de contestar y, cuando lo hace, no me mira.

—Verás, Jo…, siempre he hecho lo que se espera de mí porque así puedo sobrevivir mejor.

Frunzo el ceño ante su respuesta, que no es para nada la que me esperaba. Es más, ni siquiera estoy segura de que haya contestado a mi pregunta.

—¿Has comenzado a tener dudas? —quiere saber.

Asiento con la cabeza y espero algunos segundos.

—Ya sabes que las tengo, no es nada nuevo. Pero es que esto no es lo que yo esperaba de una relación así. Fritz no tiene lo que yo buscaba en un chico, no sé.

—¿Y qué buscabas?

Me encojo de hombros y miro también hacia el frente. Es una buena pregunta. Pienso en ello durante algunos segundos. Antes no tenía que darle respuesta porque no me hacía falta nadie más en mi vida que los que ya estaban. Pero ahora que todo se ha desmoronado y se está construyendo de nuevo, a paso lento y con una nueva perspectiva, ya no estoy tan segura.

—Alguien con quien poder hablar de cualquier cosa. Con quien poder pasar tiempo juntos, da igual si es hablando o no haciendo nada. Confianza y ser abiertos de miras. Alguien que no juzgue y que me apoye. Aunque también me gusta la gente que no tiene tapujos para decir cuando otra persona la ha cagado a base de bien.

Delilah suelta una pequeña carcajada que me hace mirarla de nuevo, sorprendida. No esperaba para nada esa reacción por su parte y me siento algo dolida.

—Creo que todo eso ya lo tenías antes con Gael, ¿me equivoco? —pregunta ella, y yo me quedo un poco pillada ante el comentario—. Ya te lo he dicho también, Fritz tiene un lado más o menos bueno. Pero no es el que predomina y la parte de su personalidad con la que hace daño es la dominante. Creo que, como es ahora mismo, es una persona muy tóxica y así también son las decisiones que toma. Querías sinceridad y aquí la tienes.

Asiento con la cabeza mientras jugueteo con el vaso de cartón entre las manos. Entiendo muy bien lo que ha dicho y, por desgracia, Delilah acaba de pronunciar en voz alta pensamientos que yo intento mantener a buen recaudo desde hace tiempo, porque me da miedo dejarlos salir. Me da miedo saber que Fritz es realmente como he empezado a ver porque siento pavor al hecho de haberme equivocado.

Pero recuerdo otra conversación con Delilah y me hago otra pregunta: y si me he equivocado una vez, ¿qué más da?

—También te he dicho que eres mayorcita para tomar tus propias decisiones, pero creo que esta vez voy a ser mucho más directa. Piénsatelo bien, Jo. Una relación con Fritz no va a ser como a ti te apetezca que sea, sino como él quiere que sea. Si no estás dispuesta a amoldarte a él, cosa que entiendo al cien por cien y que no debería aceptar nunca nadie, entonces déjalo. Te ahorrarás muchos disgustos, créeme.

—¿Tú volverías con él si tuvieras la oportunidad?

—¡Oh, por favor! No, ya no.

—¿Ya no?

Delilah contempla algún lugar a lo lejos, parece que su mente está más alejada todavía y me pregunto en qué estará pensando. Niega con la cabeza.

—Si no te hubiese conocido nunca, creo que habría terminado volviendo con él en algún momento —dice, para mi sorpresa, y regresa sus ojos hacia mí. El azul se ha oscurecido y me pregunto a qué se debe—. Me has enseñado que lo que yo veía de malo en él no era solo una cosa mía y creo que no estoy dispuesta a que vuelva a hacerme tan pequeña solo para que él domine en nuestra relación.

Inclino la cabeza, dispuesta a preguntar algo, pero Delilah todavía no ha terminado de hablar. Antes de poder decir nada, me sonríe.

—Además, si tú lo dejas y yo vuelvo con él, no podríamos seguir siendo amigas por lo raro de la situación, ¿no te parece?

—Podríamos seguir siéndolo.

—¿Y qué clase de amiga sería si te digo que lo dejes y luego vuelvo yo con él?

Asiento con la cabeza.

—Una muy mala, la verdad.

—Pues lo que yo digo —corresponde, y se echa a reír.

No puedo evitarlo, me contagia la carcajada sin quererlo. No lo ha dicho con palabras exactas, pero tengo la sensación de que nuestra amistad es para ella mucho más importante que el estatus social que pueda proporcionarle alguien como Fritz. Inspiro hondo y aguanto durante tres segundos la respiración. Todavía no he tomado una decisión final, pero estos son, precisamente, los momentos que más he aprendido a apreciar en el último tiempo.

Cuando me giro hacia Delilah, me obligo a que la conversación derive a algo mucho más banal. No hay nada que disfrute más de pasar tiempo con ella que nuestras conversaciones.

Capítulo 19

Abro los ojos, confundida. Necesito un buen rato para saber dónde estoy o qué acaba de pasar al otro lado de mis párpados. Cuando reconozco el techo y las paredes de mi dormitorio, me inunda el alivio. ¡Qué acabo de soñar!

En el sueño, yo no tenía una relación con Fritz —aunque ya ni sea capaz de llamarlo así—, sino con Gael. E incluso mientras soñaba, mi subconsciente me decía lo desagradable que es tener una relación con alguien que es como tu propio hermano.

Me pongo en pie y comienzo a sacar ropa del armario mientras me pregunto a qué ha venido este sueño tan bizarro. De pronto, recuerdo la conversación que mantuve ayer con Delilah cuando sugirió que todo lo que busco en un chico lo tiene Gael. Hago una mueca con los labios. Pero, mientras más pienso en el sueño, más confundida me siento y me voy dando cuenta de ello mientras me visto y me dirijo al cuarto de baño.

En el sueño, yo no me mostraba triste ni molesta ni llena de dudas. Sonreía casi todo el tiempo y eso, en la realidad, me hace dudar todavía más.

Inspiro hondo, termino de lavarme los dientes y me recojo el cabello en una trenza. Cuando salgo del cuarto de baño, escucho a papá en la cocina.

—Buenos días —me saluda al verme—. ¿Qué tal has dormido?

Acaba de hacer café y se rellena una taza, cosa que no comprendo porque en un rato se echará a dormir. Cuando me mira, papá me sonríe y los ojos se le achican y se le rodean de finas arrugas. Se me encoge el corazón de ternura.

—Buenos días. Bastante bien —miento, porque no quiero contarle nada sobre el sueño—. ¿Otra vez turno de noche?

—De noche completa, además. Tengo unas seis horas para dormir un rato antes de arreglarme para volver a irme.

Mientras lo dice, mira la hora en su reloj de pulsera. Se lo ve cansado, pero no digo nada. Desde hace bastante tiempo siempre se lo ve así.

—¿Quieres un poco? —pregunta papá, señalándome la cafetera con el dedo pulgar. Asiento con la cabeza—. Solo te echo un poco para que puedas ponerle toda la leche que quieras, ¿vale?

Me tiende la taza con el equivalente a un expreso y yo abro la puerta del frigorífico para sacar el tetrabrik de leche y rellenarla.

—Oye, papá —comienzo mientras vuelvo a guardar la leche—, tengo una pregunta. —Me mira curioso, pero sé que está tan cansado que no puede prestarme toda la atención que querría—. ¿Este año no he recibido ninguna carta de Liesel?

Lo encaro y, al hacerlo, me doy cuenta de que la pregunta lo sorprende. Lo sorprende tanto que enarca las cejas y creo que se ha atragantado un poco al beber del café. Pero, a pesar de ello, no me contesta de inmediato. Espera un rato, como si quisiera cerciorarse de que ha escuchado bien. Al final, suspira y deja la taza sobre la barra americana, apoya las palmas de ambas manos sobre ella y dirige la mirada hacia mí.

Asiente con la cabeza.

—Como todos los demás, sí. Creí que no tendrías interés en leerla y quise ahorrarte el mal trago de todos los años.

Lo contemplo durante un momento. No sé muy bien qué contestar a su comentario. En un primer impulso, deseo que alguno de mis hermanos haga acto de presencia para poder terminar con esta conversación, pero me arrepiento y pido porque eso no ocurra.

Papá se yergue, alza el dedo índice en mi dirección, como si pidiera tiempo, y desaparece de la cocina. Lo contemplo irse a su dormitorio y me pregunto si se va a marchar así en medio de la conversación y sin decir más. Pero mis sospechas no se confirman cuando, unos segundos más tarde, regresa con algo entre las manos. Es un sobre que deja entre ambos.

—Liesel te escribe mucho, Jo —dice, para mi sorpresa—. Si alguna vez tienes interés en leerlo todo, no tienes más que decírmelo.

Frunzo el ceño y arrastro una de mis manos en dirección al sobre, pero no me atrevo a cogerlo. Lo miro porque no quiero mirar a papá mientras habla. No quiero mirarlo mientras habla de ella, de la mujer que nos abandonó hace tanto tiempo y que no se digna a aparecer por casa y solo escribe estúpidas cartas.

—¿La has leído? —pregunto, sin alzar la mirada.

Papá carraspea, aclarándose la garganta. Sé que está esperando a que lo mire, pero no puedo hacerlo, así que sigo con la mirada gacha.

—Jamás leería algo tan personal. —Asiento, sin apartar la mirada del sobre—. Quiero echarme a dormir un rato, Jo. Avísame si necesitas algo más, ¿vale?

—Buenas noches, papá —me despido, y creo que la voz me suena algo diferente.

—Buenas noches, cariño.

A pesar de sus palabras, todavía se queda anclado en su lugar durante algunos segundos, como si quisiera decir algo más. Pero, al final, parece decidirse, se gira para dejar la taza junto al fregadero y se marcha a su dormitorio. Es entonces cuando mis dedos se estiran lo suficiente como para aferrar el sobre entre ellos. El papel es áspero y parece que contiene algunos folios, porque está algo abultado. A pesar de mi gesto, sé que no voy a ser capaz de abrirlo, mucho menos de leer lo que hay dentro. Solamente sentía curiosidad por no haber recibido correspondencia suya este año, pero si no he leído todas las cartas anteriores, ¿por qué debería leer esta?

Me muerdo el labio inferior cuando escucho ruido proveniente de la habitación de mis hermanos. Me voy con el sobre a mi dormitorio, lo dejo encima del escritorio y salgo cerrando la puerta tras de mí. No sé si seré capaz de leerla algún día, pero, por el momento, quiero tenerla en un lugar visible para saber que sigue estando ahí y que Liesel ha seguido con una tradición que, en realidad, odio con todas mis fuerzas.

Me coloco las deportivas, cojo una chaqueta algo más ligera y me cuelgo la mochila al hombro antes de salir de casa sin toparme con nadie más. Tengo demasiado en lo que pensar y un camino no tan largo como me gustaría hacia la universidad.

Me paso toda la mañana en las nubes. Tengo la sensación de que me acabo de sentar cuando la gente a mi alrededor se pone de pie y recoge sus cosas. Miro hacia un lado y hacia otro, pero no me muevo. Me quedo allí sentada durante algunos segundos más porque quiero recuperar un poco la compostura antes de adentrarme en el resto del mundo. No puedo quitarme el sueño y la estúpida carta de Liesel de la mente.

Al final comienzo a recoger, me pongo la chaqueta y salgo del aula. Abandono el edificio con paso rápido y atravieso la mitad del campus hasta la cafetería. Mientras me dirijo allí, me pregunto de qué hablará mi madre en sus últimas cartas y me invade verdadera curiosidad. Pero intento deshacerme rápido de las ganas de saber qué hay en su interior. Lo malo de borrar este

pensamiento es que me ataca el segundo y recordar cómo le sonreí a Gael en mi sueño hace que se me revuelva todo por dentro, y eso sin saber si es algo positivo o negativo.

Pero cuando llego a la cafetería, ocurre algo para lo que no estoy preparada en absoluto. A lo lejos, veo unos ojos oscuros como la noche que, casi como por casualidad, se giran en mi dirección. Y lo hacen mientras en su rostro se dibuja una sonrisa. Un escalofrío me recorre toda la columna vertebral y me deja anclada al suelo. Creo que no me ha visto y doy gracias por ello.

Gael se echa el cabello rubio hacia atrás sonriendo de esa forma que lo hace parecer el más guapo de toda la estancia. Maldita sea. Trago con dificultad porque se me ha quedado la garganta seca de puro calor. Cuando nuestras miradas se encuentran, su sonrisa flaquea pero no desaparece. Me da la sensación de que ha pasado una eternidad de nuestras miradas entrelazadas cuando me doy cuenta de que no está solo. Benno está a su lado, pero frente a ambos hay una chica morena y muy guapa hablando con ellos. O, por lo que a mí me parece, hablando con Gael. Y a él parece gustarle.

Siento que me tiemblan las piernas, sobre todo, al darme cuenta de que soy incapaz de apartar la mirada de ellos. Gael sigue hablando con la chica mientras de vez en cuando lo pillo lanzándome miradas de soslayo.

Me encantaría salir corriendo de aquí o, mejor todavía, que se abra el suelo y me trague para siempre. Pero sé que eso no va a ocurrir, así que intento moverme para dejar de hacer el ridículo. Un sentimiento muy desagradable me embarga cuando me doy cuenta de que esa chica, con toda seguridad, ha hablado más de una vez con ellos ya. Me siento reemplazada.

Y ese es el momento en el que mis piernas responden y doy un paso tras otro para salir pitando de allí. Avanzo a paso rápido hasta el cuarto de baño, que parece que se ha convertido en mi refugio preferido del último mes. Así que procedo a meterme en uno de los cubículos mientras intento respirar con normalidad. Estoy dispuesta a dejar pasar un tiempo razonable antes de volver a hacer acto de presencia en la cafetería. A ser posible, me encantaría que Gael, Benno y esa chica desapareciesen de allí para yo poder comer en paz.

Siento la vibración de mi móvil en el bolsillo y lo saco. La pantalla se ilumina con un mensaje de Fritz.

Fritz:
Esta noche hay fiesta, ¿te hace?

Comienzo a escribir una excusa estúpida para salir del paso, pero mis dedos se quedan sobrevolando el teclado y me digo que qué más da. Borro todo el texto mientras mi mente me muestra otra vez la imagen de un Gael tan desenfadado como siempre ha sido, sin rastro de su mal humor constante del último tiempo, y algo se apodera de mí. Son ganas de olvidar esa imagen. Así que borro todo lo que he escrito y rectifico.

Yo:
Sí, ¿a qué hora?

Me guardo el móvil e inspiro hondo antes de abandonar el cubículo. Estoy harta de sentirme pequeña, de tener que salir corriendo y de terminar aquí, justo donde estoy ahora mismo. Abro el grifo y me humedezco un poco el rostro para recuperar la energía. Me seco con una servilleta de papel y me contemplo en el espejo. No me veo tan mal como me siento e intento convencerme a mí misma de que he hecho lo correcto. Asiento una vez en dirección a mi reflejo y salgo de aquí.

Me aliso las arrugas invisibles del vestido. Sé que no están ahí, pero lo hago para ganar un poco de tiempo antes de entrar a una residencia tan gigante como mi edificio al completo. O, al menos, así me lo parece. Fritz me mandó la hora y la dirección y me dijo que nos encontrábamos aquí.

Hoy no he escatimado en esfuerzos para arreglarme y me he puesto uno de los últimos vestidos comprados, tan ajustado que me da la sensación de no llevar nada puesto. A pesar del vestido, me he decantado por mis deportivas de siempre y una chaqueta vaquera de Micha que, estoy segura, va a abrigarme más que cualquier otra.

Inspiro hondo dos veces y cuento hasta diez, intentando serenarme. Avanzo hacia la puerta de entrada, desde la que se escapa una música que apenas puedo distinguir de unos altavoces de bastante mala calidad. La puerta está abierta, así que entro sin más. Al otro lado, el aire está viciado, hace calor y la gente habla a voces. Hay poca luz y todas son de colores. A pesar de ello, me muevo entre los invitados y busco a Fritz durante algunos minutos hasta que escucho su voz.

—¡Joleen! —grita, y se acerca casi corriendo hacia mí—. Al fin…

No veo venir el beso. Me rodea con ambos brazos y pega sus labios a los míos de forma tan rápida que no me da tiempo a contestar nada. Lo dejo que me bese incluso aunque esta imagen se entremezcle con otra del sueño que me hace sentir ligeramente mal.

De la misma forma en la que ha llegado hasta mí, avanza en otra dirección, pero no pasan más que un par de segundos cuando me lleva tras él. Me limpio los labios con la manga de la chaqueta y me percato del amargo sabor que ha dejado sobre ellos. Seguro que ya lleva bastante ventaja bebiendo.

Me lleva hasta la cocina y allí rellena un vaso de plástico con cerveza. Me lo tiende con la pregunta pintada en las pupilas. Contemplo el vaso y luego lo miro a él. Estoy a punto de decirle que no, que yo no bebo, hasta que me acuerdo de la razón por la que estoy allí. Agarro el vaso, Fritz sonríe y se gira para rellenar un segundo. Le doy un trago al contenido y me da asco al saborear lo amargo de la cerveza, pero me bebo más de la mitad casi del tirón para no darme pie a saborearlo demasiado.

—Que te aproveche —dice Fritz, vaciando su vaso de una—. Creo que nunca te había visto beber así.

Tras decirlo, se muerde el labio inferior y creo que sus ojos se pasean hacia arriba y hacia abajo por mi cuerpo. Pero no estoy segura porque aparto la vista en el mismo momento y apuro el resto de la cerveza. En cuanto Fritz se da cuenta, me hace un gesto para que le devuelva el vaso y rellena ambos por segunda vez. Entonces él camina hacia donde proviene la música y yo lo sigo por no quedarme sola aquí. Para mi sorpresa, atraviesa la multitud que baila y sale a la terraza. Fuera ya no me parece que haga tanto frío. Al contrario, me da la sensación de que la temperatura es muy agradable. Inspiro hondo con los ojos cerrados una única vez antes de seguir a Fritz hacia unas sillas y sofás colocados alrededor de una fogata encendida. Allí se acerca a uno de sus amigos, que le tiende un cigarrillo encendido, y se deja caer en uno de los sofás. Lo sigo y me dejo caer justo a su lado.

Al hacerlo, me doy cuenta de que la primera cerveza ya se me está subiendo a la cabeza. Pero, aun así, sigo bebiendo de la segunda; las voces a mi alrededor bajan de volumen y comienzan a confundirse las unas con las otras. Creo que Fritz me dice algo al oído, rodea mis hombros con uno de sus brazos y, al poco tiempo, nos estamos dando el lote delante de todo el mundo.

—Joleen —masculla entre dientes mientras separamos nuestros labios para respirar—, te tengo unas ganas que no te las crees.

No digo nada, solo me lanzo de nuevo hacia él y lo beso con lo que creo que también son ganas, pero que no sé de dónde han salido. Noto sus manos recorrerme toda la espalda. Entre beso y beso, una de ellas baja por mi columna vertebral y le da un buen apretujón a mi culo. Me sorprendo a la primera, pero no le digo nada. Fritz lo interpreta como una invitación, por supuesto, pero lo que él no sabe es que la voz se me ha ido a alguna otra parte y soy incapaz de pronunciar palabra alguna. Sus labios se despegan de los míos, me besa el cuello y me mordisquea la oreja. Es justo en este momento que comienzo a sentirme incómoda, pero tampoco le digo nada.

—¿Qué te parece si nos vamos arriba? —me susurra al oído—. Hay dormitorios y tendríamos un poco más de intimidad.

Me da la sensación de que niego con la cabeza y con algo que sale de mi garganta, pero que no logro identificar. Dejo de ver de forma nítida y las figuras se entremezclan frente a mis ojos. Creo que las cervezas se me han subido bastante. Fritz se separa de mí ante algo que dice uno de sus amigos y, de repente, tengo un chupito entre los dedos que me bebo sin poner resistencia. Mientras el líquido dulzón me baja por la garganta, me siento bien hasta que noto el ardor en el estómago.

Antes de sentir malestar, Fritz vuelve a aprisionar mis labios y sigue manoseándome el trasero de la misma forma en la que lo hizo antes. Cierro los ojos y correspondo al beso porque no sé qué más hacer.

—Vamos arriba —repite, sin dejar de mordisquearme los labios—. Vamos, no te hagas de rogar. Quiero disfrutar más de ti.

—No… —me niego, pero la voz me sale algo pastosa.

—No me hagas insistir, Joleen —continúa—. Vamos. Vamos arriba.

Esta vez intento apartarlo un poco de mí. Toda esta situación me resulta demasiado abrumadora. Fritz sigue pidiéndome ir arriba y no se entera de mi reticencia a seguir con esto. Intento apartarlo de mí varias veces colocando ambas manos sobre su pecho y presionando contra él, pero no tengo la fuerza suficiente. Así que aparto el rostro del suyo, cosa que él utiliza para seguir besando y mordisqueándome el cuello. Gimo en voz baja de pura impotencia y él parece interpretarlo como algo bueno.

—No seas tan santa.

Al escuchar esas palabras, se me revuelve el estómago y creo que voy a vomitar. La cabeza me da vueltas y todo a mi alrededor se difumina de una forma que me hace sentir abrumada. Empujo a Fritz con más fuerza de la debida y él pierde el equilibrio sobre el sofá, resbalando hacia el suelo. Cuando dirijo la mirada hacia él, ya se ha puesto de pie, pero tiene el ceño fruncido y está de un humor de perros.

—Mierda de tía —suelta, y yo me encojo al escucharlo—. Frígida.

Escucho algunas risas y veo a gente que se pone en pie cuando él se da la vuelta para marcharse. No puedo mirar a mi alrededor, pero estoy segura de que acabamos de dar un buen espectáculo y que cualquiera que se haya dado cuenta tendrá sus ojos clavados en mí. Pero no me siento con ganas ni fuerzas para mirar hacia uno y otro lado, así que lo único que hago es ponerme en pie y desaparecer en el interior de la casa con paso tambaleante. Subo las escaleras y abro varias puertas hasta encontrar la del cuarto de baño. No tengo tiempo ni de poner el pestillo antes de deshacerme de todo lo que he bebido en el váter.

Capítulo 20

Abro los ojos con dificultad. La luz que se cuela por la persiana medio cerrada me molesta y hace que me den pinchazos en la cabeza. Como si alguien estuviese tratando mi cerebro con una aguja bien afilada. Inspiro hondo y siento como me duele todo el cuerpo. Me coloco una mano sobre la frente. Tengo frío y calor al mismo tiempo y la sensación de que me voy a resfriar.

Recuerdo algo del día anterior. No tengo ni idea de cómo llegué a casa ni cuándo. Lo último que recuerdo fue haber vomitado hasta la última papilla y, después de eso, nada. Me encantaría creer que el mal cuerpo que tengo ahora viene de haberme pasado bebiendo ayer, pero estoy segura de que no ha sido solo culpa del alcohol.

—No voy a beber nunca más en la vida —mascullo, masajeándome la frente.

—Eso solo lo dice la gente cuando está de resaca. —Escucho.

Me doy el susto de mi vida. Me incorporo de inmediato y mi primera reacción es taparme con la manta y pegarme a la pared. Miro en la dirección de donde ha venido la voz, pero no me sale palabra alguna. Entonces alguien se incorpora y veo una cabeza de pelo rubio despeinada dirigirme la mirada. Los labios sonríen y los ojos azules brillan.

—¡Coño! —exclamo—. Delilah, ¿qué haces aquí?

Está sentada en el suelo y, por lo que vislumbro, lleva algo mío puesto. ¿Lleva aquí toda la noche? ¿Por qué está aquí, mejor dicho? Su sonrisa se ensancha.

—A veces los caminos de las personas se cruzan de formas curiosas… —comenta, y yo frunzo el ceño, sin nada de ganas de un chiste—. Es broma, lo siento. Me escribiste anoche pensando que era Gael y fui a buscarte a la fiesta porque me dio la sensación de que no estabas muy bien. Y menos mal que lo hice. Nos costó un horror llegar hasta aquí porque ni te acordabas de tu dirección, pero al final llegamos y aquí estamos ahora.

Delilah apoya los codos sobre el borde del colchón de mi cama. Se le ha borrado la sonrisa del rostro. Me mira con una intensidad que desconozco en ella. Yo todavía sigo pegada a la pared, queriendo fusionarme con ella y que eso haga que todo el mundo se olvide de mí para la eternidad. Sobre todo, después de lo que pasó anoche en la fiesta. Solo de recordarlo me dan náuseas.

—Cuando te fui a buscar, estabas sentada en la acera, fuera, en el frío. Estabas sola y parecía que habías llorado, pero luego me dijiste que habías vomitado y ese había sido el problema. Te pasaste con la bebida, ¿eh?

Asiento con la cabeza y me relajo un poco. Entrecruzo las piernas e intento respirar con algo más de normalidad.

—¿Era la primera vez?

—Sí, lo era.

Delilah aprieta los labios con fuerza, como si así pudiese asimilar mejor la información. Ella deja que los segundos se estiren, sin decir nada. Aunque el rato no dura demasiado.

—Te pregunté tu dirección cuatro veces y las tres primeras no tenías ni idea de qué estaba pidiéndote. Al final lo conseguimos y llegamos aquí en metro. No te creas, no era tan tarde. Las dos o las tres de la mañana, creo. Pero vaya odisea. Nunca he estado aquí y tú no estabas en tus cabales, así que nos perdimos varias veces.

Al decirlo, sonríe, pero la sonrisa le flaquea muy rápido al ver que yo no la correspondo y al final se borra. Mientras, yo sigo recordando sucesos de la noche anterior: recuerdo haberme dado el lote con Fritz, que él me metiese mano y su insistencia a subir a uno de los dormitorios. Pero lo que mejor recuerdo es su reacción al haberlo tirado al suelo sin querer. Poco después de eso, todo se vuelve negro.

—Oye, Jo —Delilah llama mi atención—. ¿Se puede saber qué te hizo beber tanto?

—No fue tanto —digo, intentando evitar la pregunta en sí.

Mi amiga frunce el ceño y ladea la cabeza ligeramente. Parece que intenta sacarle la raíz cuadrada a un ejercicio matemático muy difícil. Inspiro hondo y, al hacerlo, se me revuelve el estómago.

—¿Y estás segura de que no había nada más en tu bebida?

Ante la pregunta, me quedo rígida. Ha puesto en palabras lo que ya sospechaba y eso me hace sentirme mal.

—¿Con dos cervezas y un chupito puede uno tener pérdidas de conocimiento?

—No es lo normal.

Asiento con la cabeza. No querría pensar en ello porque, si lo hago, sé que solo hay una única posibilidad de que algo más cayese en el vaso aparte de la cerveza. Y de verdad que no quiero contemplar la posibilidad.

Delilah parece titubear un poco.

—¿Sabes qué? —dice, y vuelve a sonreír, como si no hubiésemos tenido la conversación de los últimos minutos—. Lo mejor para una resaca es un buen desayuno. ¿Te hace? Yo cocino, por supuesto.

—Vale. Pero antes tengo que ir a lavarme los dientes.

—¿Tienes una sartén más grande? —me pregunta Delilah.

Le enseño con el dedo índice el armario junto a su pierna izquierda y ella se agacha para mirar lo que hay dentro. Suelto un suspiro de puro agotamiento. Delilah parlotea mientras cocina. Pasados unos minutos, el ruido opaca su voz al hablarme, así que dejo de prestarle demasiada atención. En realidad, podría hasta dormirme encima de la mesa de lo cansada que estoy. Pero intento por todos los medios mantener los ojos abiertos.

Huelo huevos revueltos, beicon, pan recién hecho y verdura hervida antes de que ella se gire hacia mí para decirme que está a punto de terminar. Justo en ese momento, Micha abre la puerta del dormitorio y mis dos hermanos asoman la cabeza.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Micha con el ceño fruncido.

Mi hermano mayor mira a Delilah, vestida con uno de sus viejos pantalones de baloncesto y una camiseta heredada de papá, y luego a mí, sentada a la mesa, con los ojos medio abiertos y segurísima de que se me comenzará a caer la baba de entre la comisura de los labios. Veo la pregunta dibujada en sus pupilas.

—Micha, René, esta es Delilah, mi amiga. Delilah, estos son mis hermanos.

Ella sonríe y se acerca a ambos para tenderles la mano. Qué formal es y qué poco casa eso con nosotros. Tanto Micha como René se la estrechan, al contrario de lo que esperaba.

—Encantada de conoceros —dice, toda sonrisas—. ¿Queréis desayunar con nosotras? He preparado suficiente para todos.

Ellos la miran y puedo ver el escepticismo en sus ojos. Sé lo que están pensando, que yo no tengo amigas y que dónde está Gael.

Lo sé porque los tres nos conocemos demasiado bien, pero también sé que jamás se atreverán a hacer la pregunta en voz alta. Al menos, no de forma tan directa y mientras ella esté aquí.

René es el primero en asentir, desaparece en el interior del dormitorio y vuelve a salir con un chándal bastante viejo. Micha lo sigue, vestido con su pijama estándar: calzoncillos y una camiseta cualquiera. Qué vergüenza de hermano a veces, de verdad.

—¿Te puedo ayudar en algo? —pregunta René, que lo único que quiere es ir a cotillear qué ha preparado Delilah—. Verduras, curioso…

—Estoy acostumbrada a hacérsela todas las mañanas a mis hermanos y pensé que a lo mejor a Jo le gustarían también. No son iguales a como las hago en casa, pero creo que me han quedado decentes.

René asiente con la cabeza y coge el bol con los huevos revueltos para dejarlos sobre la mesa. Cuando todos estamos sentados, no pasan más que un par de minutos hasta que Micha comienza a rellenarse el plato.

—¿Queréis que cocine algo más?

—No te preocupes —dice Micha—. Es una pasada ya que te hayas puesto a esto siendo la invitada de nuestra hermana.

—¿Y a qué viene el desayuno, en realidad? —interviene René, que también se está rellenando el plato hasta los bordes—. No solemos desayunar así en esta casa.

—Estamos celebrando la primera resaca de Jo.

Se me escapa un gemido del fondo de la garganta y me encojo para hacerme lo más pequeñita posible. Pero no lo consigo. Las miradas de mis hermanos se clavan sobre mí y Micha sonríe de forma burlona.

—¡Ya era hora! —exclama, y suelta una carcajada—. Diecinueve años y todavía no se había dignado.

René se ríe con él, aunque en el fondo sé que más tarde vendrán a hacerme las típicas preguntas de hermano mayor y a darme la brasa para que no me vuelva a pasar bebiendo. Ya lo hicieron cuando cumplí los quince al hablarme de chicos, e incluso se pasaron dos semanas informándose sobre el periodo de las mujeres para explicármelo cuando cumplí los trece. De lo que tuvieron que enterarse de mala manera fue de que yo ya había tenido la regla y que estaba todo bajo control. Todavía hoy me acuerdo de la cara de decepción de Micha y la de alivio de René.

Sonrío ante el recuerdo y me inclino hacia adelante para echarme algo de huevos y pan en el plato. Como despacio, haciéndole caso en todo momento a lo que me dice mi estómago, mientras ellos siguen haciendo bromas sobre mi resaca. Al poco rato, la conversación pasa a la universidad y los estudios y, por último, a cómo nos conocimos.

—Es una historia divertida, pero no sé si Jo quiere que la conozcáis, así que será mejor que le preguntéis a ella —interviene Delilah, que hace rato que ha dejado su plato a un lado.

Mis hermanos se giran hacia mí.

—Delilah es la ex de mi novio —explico a bocajarro.

Los ojos de Micha y René amenazan con salirse de las cuencas y el primero abre la boca para decir algo, pero parece pensárselo mejor.

No hacen más comentarios y estoy segura de que es porque no tienen ni idea de qué hacer con la información. He preferido soltarlo a bocajarro porque, total, terminarán enterándose y soy tan mala mintiendo que al final me delataré yo misma. Además, no me avergüenza cómo he conocido a Delilah y quién es en realidad.

Mientras ellos siguen a lo suyo, me doy cuenta de algo: no estoy sola. Es mi primera resaca y no lo estoy. Una resaca que viene de una noche terrible, tras un día terrible y resulta que no he abierto los ojos en mi dormitorio para pasar el día conmigo misma. Siento una sensación muy cálida en el pecho y me doy cuenta de que es agradecimiento. Hacia Delilah y, ahora también, hacia mis hermanos. Porque la verdad es que no quiero estar sola ahora mismo. Si lo estuviese, no habría tardado en hundirme en los recuerdos de la noche anterior y en una nueva espiral de inseguridad y dudas. Pero, aunque sé que esos sentimientos me atacarán en el momento en el que me quede conmigo misma, ahora estoy feliz de poder compartir esta mañana con personas que son importantes en mi vida. Incluso aunque no estén todos mis seres queridos, esta mañana va camino de convertirse en una perfecta.

Me despido de Delilah y regreso a mi dormitorio. Al final, se ha quedado la mitad del día con nosotros. Hemos jugado videojuegos, hablado hasta la saciedad y reído a carcajada limpia. Después del desayuno, el dolor de cabeza por la resaca se ha suavizado bastante, cosa que me ha permitido volver a sentirme un poco más yo misma.

Regreso a mi dormitorio, agotada. Ha sido un día estupendo, pero todavía me duelen los músculos, como si hubiese corrido un triatlón por primera vez en la vida.

Me dejo caer en la cama y me arropo con la manta. Estoy tan cansada que puede que termine durmiéndome; sin embargo, no consigo conciliar el sueño por culpa del revoltijo de sentimientos que se acumulan en mi interior. Odio sentirme así. Siento las lágrimas recorrerme las mejillas y no me reconozco. Yo hasta hace unos meses no lloraba.

Jamás podré reconocerlo en voz alta, pero todo lo que ocurrió ayer me da mucho miedo. Saber que el alcohol ha hecho de mí alguien tan manejable y pensar en cómo podría haber acabado todo me aterra. ¿Qué hubiese pasado con Fritz si no llego a reaccionar? Algo para lo que todavía no estoy preparada, sin duda.

Inspiro hondo y me restriego las mejillas para borrar el surco de lágrimas. Pero a los pocos segundos, ya están otra vez empapadas. Así que las dejo libres, porque estoy segura de que esa es la mejor manera en la que podré procesar todos mis sentimientos encontrados.

Entonces recuerdo algo que ha dicho Delilah y recupero mi móvil, que se ha pasado todo el día tirado en el suelo del dormitorio. Busco mis últimos mensajes y, efectivamente, le mandé a ella anoche un mensaje creyendo que era Gael. Al leerlo, el corazón me da un vuelco y una sensación extraña se apodera de mí.

Pero lo que veo más claro que nunca es que yo ya no soy la Joleen que era hace dos meses. Y soy consciente de por qué estoy llorando. No es solo por todo lo que ocurrió ayer, sino por un luto del que no consigo deshacerme y un proceso de aceptación que empezó en el momento en el que él se alejó de mí y que no he sabido reconocer. Porque está muy claro que yo ya no soy la misma de antes y también sé que jamás volveré a serlo, sea eso algo bueno o malo.

Me giro sobre el costado y cierro los ojos. Me arrebujo en la manta y desaparezco un poco bajo ella. Hoy ya no quiero ver a nadie más porque sé que lo más importante ahora es pasar algo de tiempo conmigo misma y con todo esto que estoy empezando a reconocer.

Capítulo 21

Camino rápido y con toda la firmeza de la que soy capaz. Comencé el camino con dudas y con las piernas temblorosas. Pero ya no las tengo.

Anoche tomé dos decisiones importantes. La primera es que quiero romper con Fritz de forma definitiva y la segunda, que quiero recuperar a Gael en mi vida.

A pesar de mi aparente seguridad, tengo muchísimo miedo de volver a hablar con él. Ya no sé cuántas semanas de silencio han pasado entre ambos, pero está claro que yo ya no quiero alargarlo más. Incluso aunque él me haya hecho daño, estoy dispuesta a enterrar el hacha y hacer las paces.

Llegando ya a su edificio, lo veo salir del portal e ir directo hacia su bicicleta. Una parte de mí se alegra de no tener que llamar a la puerta y ver a Rita, su madre, siempre sonriente al otro lado. Así que aprieto el paso para que no se me escape y, antes de que le haya quitado la cadena a la bici, ya estoy frente a él.

—Hola.

Él sube la mirada, aparentemente sorprendido de que alguien le dirija la palabra allí, y sus cejas se alzan al verme. Se pone en pie y aparta la mirada al momento.

—Hola —saluda a su vez.

—¿Qué tal?

Él se encoge de hombros como toda respuesta.

—¿Y tú?

—Todo bien —digo, aunque no sea del todo verdad.

Gael juega un poco con el candado de la bici mientras deja pasar los segundos de silencio. Abro la boca para comenzar a hablar, pero él se me adelanta.

—¿Qué haces aquí, Jo?

Entonces vuelve a dirigirme la mirada. No estoy enfadada ante la pregunta, al contrario. Me resulta una ayuda para decir a qué he venido, a decirle por qué estoy aquí y qué es lo que espero. Inspiro hondo, armándome de valor una última vez.

—He venido a hacer las paces.

Lo digo tan segura de mí misma que hasta me sorprendo. Suena un poco a la antigua Joleen, la que no tenía miedo de nada y todo lo que pensaran los demás le daba igual. Gael sonríe, pero es una sonrisa algo irónica.

—¿Se te está yendo la vida a la mierda o qué? —pregunta, y no me gusta para nada su tono.

—Mira, no he venido a hablar sobre la apuesta, ni sobre lo que parece que he estropeado yo sola en nuestra relación, ¿vale? Pero la cuestión es que ya no quiero esto —digo, y nos señalo a ambos de forma alternativa con el dedo índice—. Estoy harta, a decir verdad.

Gael suspira y se pasa una mano por el rostro. Parece cansado y me descubro deseando saber por qué, pero, ante todo, me descubro deseando poder abrazarlo con fuerza y asegurarme de que, así, todo va a estar bien entre los dos. Siento el golpe de calor en el rostro en cuanto lo pienso.

—No te voy a mentir, yo también estoy muy cansado de tener que seguir como hasta ahora, ¿vale? Pero echo de menos a la antigua Joleen, esa es a la que quiero desde hace años.

Gael me mira y la intensidad en sus ojos oscuros no me pasa desapercibida. Me pongo muy nerviosa de repente y me siento triste al escuchar sus palabras, todo al mismo tiempo. Trago

porque se me ha secado un poco la garganta y pienso en el sentido de lo que acaba de decirme. ¿Quiere a esa Joleen como una amiga o como algo más? Me recrimino a mí misma hacerme siquiera la pregunta. Por supuesto que solo me quiere como a una amiga. Como a una hermana, en realidad.

Carraspeo para que la voz vuelva a mí.

—Pero es que esa Joleen ya no existe —replico, y me sale con un hilillo de voz.

Esta vez es él quien parece triste ante mis palabras. Verlo allí de pie, con el candado de la bici todavía en la mano, la chupa de cuero y el cabello rubio revuelto hace que se me remueva todo por dentro.

—No sé si quiero conocer a la nueva.

Sus palabras me caen encima como un cubo de agua congelada en invierno. Abro la boca y la vuelvo a cerrar varias veces. Estoy segura de que parezco un pez boqueando por estar fuera del agua. Me da igual, la verdad. Pero es que no sé qué más decirle, así que asiento con la cabeza para hacerle entender que he captado el mensaje.

—Vale —digo, y meto las manos en los bolsillos de mi chaqueta vaquera—. Está bien. Ya nos veremos.

Me giro sin darle tiempo a contestar a mi despedida. No voy a ser capaz de soportarlo. Me duele tanto el corazón por echarlo de menos que ya no sé cómo gestionar todo esto que siento. Me vienen a la mente imágenes, palabras y recuerdos pasados que se entremezclan con otros más actuales, y todo me duele tanto que al final termino echándome a llorar antes de haberme alejado más que un par de metros de él.

No voy a clase porque no encuentro las energías para hacerlo. Así que me paso el día de un lado a otro, básicamente. Me recorro la ciudad de una punta a otra; primero, visito el comedor social, luego, viajo hasta la otra punta y hasta las afueras para ir al centro comercial donde decidí comprar la ropa con la que comenzaría toda esta transformación, regreso a la zona de la universidad para ir al que era nuestro bar favorito y, al final, deshago todo el camino para visitar la esquina de bosque que ahora es de Delilah y mía.

Pero en ninguno de los lugares me quedo más de cinco o diez minutos. Es más, me paso casi todo el tiempo de aquí para allá en el transporte público. Pero me da igual porque me siento como anestesiada y lo único que quiero es estar sola y, a ser posible, no pensar. Incluso aunque sea algo imposible porque no dejo de pensar en Gael, en sus palabras, en todo lo que ha ocurrido en los últimos meses y, sobre todo, en aquel sueño con él que no he podido olvidar.

Ahora me encuentro de camino hacia un lugar donde no he estado nunca. Una ciudad algo lejos de donde vivimos, pero de la que he escuchado hablar muchas veces. Me bajo del autobús y camino unos metros hasta el edificio que he estado buscando. Es una construcción antigua pero muy bonita. Un edificio gigante de ladrillo rojo y muchísimas ventanas, rodeado de naturaleza. Inspiro hondo y me quedo allí parada en la acera, con las manos en los bolsillos y mirando hacia arriba, hacia los lados, hacia cualquier lugar. Me da la sensación de que estoy aquí anclada una eternidad y durante todo ese tiempo solo puedo pensar en ella: en Liesel, en mi madre.

Pienso en su carta sin abrir y en todas las demás que me habré perdido a lo largo de los años. Hace tiempo, papá hablaba mucho de ella. Nos contaba las viejas historias de cuándo y cómo se conocieron y cómo era nuestra vida como familia. Nos hablaba sobre los embarazos y el primer tiempo con bebés en casa. Pero, en realidad, las historias casi siempre giraban en torno a Micha y a René. De su tercer embarazo apenas hablaba y yo creí que era porque nunca me había querido.

Cuando me cansé de todas las historias y de las excusas baratas de por qué se había marchado, dejé de escucharlo. Nunca le dije que no me hablase de ella, simplemente, dejó de costarme desconectar cuando él comenzaba a hablar sobre Liesel. Y, con el tiempo, él también dejó de hablar tanto de ella porque se dio cuenta de mi desinterés.

Siendo yo todavía pequeña, papá siempre contaba que mamá había tenido que marcharse a otro lugar y que no tardaría en volver. Al principio, siempre decía el nombre del lugar y de la ciudad. Lo llamaba clínica, pero no daba detalles. Conforme el tiempo fue pasando, dejó de decir que volvería pronto y, al final, cuando dejó de hablar de ella, yo decidí que quería saber cuál era ese lugar del que él siempre hablaba. Así que me senté delante de uno de los ordenadores de la biblioteca de nuestro barrio y busqué el nombre de la ciudad junto a la palabra «clínica».

Lo que saqué en claro en aquel momento no tuvo el sentido que tiene ahora, claro. Ahora sé muy bien qué es esta clínica y no puedo evitar preguntarme si ella seguirá aquí dentro. Entre las paredes de este edificio de ladrillo rojo y aspecto de caserón del siglo pasado.

Creí que, si venía aquí, podría comenzar a sentir algo más, algo diferente o que, por alguna cuestión del destino, me vendría a la mente una solución a todo este lío. Pero lo único que siento es frío y la imperiosa necesidad de regresar a casa y meterme en la cama para no hablar con nadie más.

Capítulo 22

Me tiro en la cama con el sobre en las manos y lo contemplo durante un buen rato. Le doy varias vueltas, pero me quedo mirando la parte delantera: donde están mi nombre y la dirección de casa. No sé cuánto tiempo paso así, unos nudillos en la puerta me sacan de mi ensimismamiento. Me incorporo enseguida y guardo el sobre bajo la almohada.

—Micha, ¿qué quieres? —pregunto, y me doy cuenta de que he sonado bastante arisca.

Él me mira con las cejas arqueadas, sin sonreír, supongo que sorprendido ante mi respuesta.

—Perdona, no quería molestarte en… no hacer nada —dice, y entra en el dormitorio—. Tengo una pregunta. ¿Crees que Gael me puede prestar su guitarra? Total, él no sabe tocarla y yo estoy por impresionar a una chica muy mona del trabajo que…

—Pregúntale a él —lo corto.

Micha entrecierra los ojos y no sé si es porque no le gusta mi comportamiento o porque sospecha algo. Ni mis hermanos ni mi padre saben nada sobre que Gael y yo, por lo visto, ya no somos amigos. Y espero que se quede así.

—Pero estoy seguro de que tú hablarás con él en cualquier momento y es más rápido si se lo preguntas.

Al pronunciar las últimas palabras, sonríe y me da la sensación de que sabe algo. Luego descarto la idea porque pienso que estoy un tanto paranoica. Así que suspiro y asiento con la cabeza.

—Sí, vale. Le pregunto luego.

—¡Gracias!

Micha se va dejando su última palabra en la estancia. Cierra la puerta y yo vuelvo a quedarme sola. Sola con una carta sin leer, unos pensamientos acosadores y, ahora también, un mensaje por escribir. Decido que no quiero postergar demasiado esta última tarea, así que cojo el móvil, busco el chat con Gael, que se ha quedado algo más abajo de lo que me gustaría, y escribo. Veo nuestros últimos mensajes y me duelen como si me estuviesen quemando la piel con un hierro ardiente. Intento no hacerles demasiado caso y me concentro en lo que estoy escribiendo ahora. Inspiro hondo una vez y aguanto la respiración mientras sigo tecleando.

Me duele escribirle de una forma tan formal, tan fría y seca que no nos representa a ninguno de los dos. A pesar de la inseguridad, mando el mensaje y justo cuando lo dejo a un lado, vibra. Es él, es su respuesta.

Gael:
Te la llevaré mañana.

Por supuesto, ya no contesto a este último mensaje porque no lo veo necesario. Aunque pasado un rato cambio de idea y le mando un emoji con el dedo pulgar hacia arriba. Y ahí se queda toda nuestra conversación.

Vuelvo a tirarme sobre la cama porque no sé qué más hacer. Sé que no voy a poder concentrarme en los estudios, me he quedado tan atrasada que voy a necesitar toda una vida para recuperar el tiempo perdido.

Pero me da igual, lo único que quiero es mirar el techo de mi dormitorio, donde se dibujan figuras de lo más variopintas. Casi todas ellas, salidas de mis recuerdos. Y, casi sin proponérmelo, me dejo engullir por todas ellas y termino, otra vez, en el ojo del huracán.

Voy directa hacia la puerta en cuanto escucho el timbre. Sé quién es y no quiero que mi hermano se me adelante. Al ver a Gael al otro lado de la puerta, maldigo para mis adentros. Qué guapo es.

—Hola —saludo, y me hago a un lado.

Él lleva la funda de la guitarra colgada a un hombro y hace que se vea como un roquero de los ochenta al comienzo de su carrera. Se me atasca la respiración en la garganta. Me meto las manos en los bolsillos y pienso en qué podría decir. Ahora estamos ambos en medio del salón de casa.

—¡Micha! —grito, en dirección al dormitorio de mi hermano. Luego me dirijo de nuevo a Gael—: ¿Qué tal?

—Todo bien.

Asiento con la cabeza. Él abre la boca para decir algo, pero, antes de que salga nada, aparece mi hermano en el salón. Lo maldigo para mis adentros, no se me ocurre pronunciar una palabra en voz alta. Ambos chicos se saludan. A pesar de la diferencia de edad, siempre se han entendido bastante bien y ahora que ambos han superado la veintena, la cosa va a mejor. Hasta que Gael y yo decidimos que una estúpida apuesta era más importante que nuestra bonita amistad.

Regreso a la realidad de golpe y los veo hablando como si nada. Gael sonríe mientras le tiende la funda de la guitarra y Micha se lo agradece, contándole con pelos y señales para qué la quiere. Intento no escuchar demasiado porque la verdad es que paso de conocer su vida amorosa, pero por desgracia pillo algunas cosas sin querer.

—Te la devolveré lo antes posible —dice Micha de nuevo, y desaparece en su dormitorio.

Gael asiente con la cabeza y luego se gira hacia mí. Me pongo nerviosa y creo que hasta me he sonrojado. Maldita sea. Entonces abro la boca y dejo salir lo primero que me viene a la mente.

—¿Quieres tomar algo?

Gael enarca las cejas al escuchar mi pregunta y niega muy lentamente con la cabeza. Se me cae el alma a los pies.

—No puedo, lo siento —dice; me siento estúpida—. He quedado en un rato y tengo que irme.

—¿Has quedado con Benno?

Gael niega con la cabeza y yo quiero que se me trague la tierra. Qué vergüenza. Cierro la boca porque no quiero que salga ninguna idiotez más. Él se dirige hacia la puerta de entrada y lo sigo hacia fuera porque quiero pasar con él el mayor tiempo posible. Incluso aunque terminen siendo solo unos segundos. Me duele tanto que ya no esté en mi vida que tengo la sensación de que me comporto como una idiota solo por tenerlo cerca, cosa que me hace preguntarme si lo hago así solo porque eche de menos su amistad o por algo más.

Inspiro hondo cuando llegamos abajo. Desde hace una semana la temperatura ha subido, pero ahora sin chaqueta y sin zapatos decentes delante del portal, el frío me atraviesa la ropa sin piedad.

Gael se gira hacia mí y sé que está a punto de despedirse cuando vuelvo a abrir la boca… y a cagarla de nuevo:

—Te echo de menos y no poder estar contigo me duele.

Gael se queda estancado en el sitio, rígido como una piedra, y a mí me va a estallar la cabeza de puros nervios. Me siento más incómoda que en toda mi vida. Recuerdo que ha dicho que ha

quedado con alguien que no es Benno y algo en mi interior que no logro reconocer comienza a cocerse. ¿Puede que solo sea otro tipo de dolor? Él da un paso hacia mí o, al menos, así me lo parece. Abre la boca para decir algo, pero no lo hace y solo noto el ligero roce de su mano sobre la mía. Me asusto porque no contaba con ello, pero todo en mi interior tiembla bajo el contacto de sus dedos. Siento que hasta podría echarme a llorar ahora mismo. Vaya una blandengue estoy hecha.

Lo peor de todo es que ninguno de los dos dice nada más y Gael rompe el contacto de nuestras manos a los pocos segundos. Masculla una despedida en voz muy baja, se da la vuelta y se marcha, dejándome allí sola, congelada y muy confundida. Lo miro alejarse mientras la puerta se cierra y luego, durante otros segundos, a través del cristal. Me encantaría decir que lo contemplo hasta que se hace muy pequeño y desaparece, pero en realidad lo hago hasta que se me llenan los ojos de lágrimas y decido que no quiero que ningún vecino me vea así.

Subo a casa y, una vez en mi dormitorio, me quedo estancada en el suelo, sin saber qué hacer, qué pensar o cómo reaccionar. Ahora mismo, lo único que llevo dentro de mí es un invierno muy muy frío y que está haciéndome bastante daño.

Capítulo 23

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunta Fritz.

Me mira con el ceño fruncido y veo la furia crecer más y más en sus ojos. Todavía se controla, pero a cada segundo que pasa yo me pongo más nerviosa. Elegí un lugar público para esto por una buena razón y es porque no quería darle la oportunidad de que perdiera los estribos.

—¿Estás cortando tú conmigo? —pregunta de nuevo, y yo asiento con la cabeza—. Te crees que eres alguien. Sin mí no eres más que una mierda pisoteada, ¿te enteras? De hecho, la gente ha comenzado a prestarte atención a raíz de estar conmigo. ¿Y ahora me quieres dejar? Vaya una estúpida.

Abro mucho los ojos ante sus palabras. No esperaba esta reacción, mucho menos delante de todo el mundo, en el pasillo que lleva a la cafetería, poco antes de la hora de comer. Parpadeo un par de veces y, cuando hablo, la voz me sale muy bajita, cosa que me molesta.

—Lo siento —digo, y carraspeo para elevar el tono—. Pensaba que podríamos conocernos mejor y llegar a algo, pero esto no funciona.

—Que te den, Joleen.

Antes de poder reaccionar, escupe sobre el suelo, frente a mis pies, y me pasa por el lado para marcharse. Sé que hemos llamado la atención y me sonrojo debido a ello, aunque en realidad me da igual. Fritz ha soltado un montón de barbaridades gritadas a los cuatro vientos. Pero lo que más me sorprende es encontrarme con dos pares de ojos muy conocidos en el umbral hacia la cafetería una vez que decido apartar la mirada del escupitajo sobre el suelo. Trago con dificultad cuando veo a Gael y a Benno. Aunque preferiría que se abriese la tierra y me tragase para siempre, sacudo los hombros y me doy la vuelta para marcharme de allí.

Mientras me voy, recibo un mensaje y apuesto lo que sea a que es de Delilah. Cuando lo leo, sonrío a pesar de todo.

> Delilah:
> Mierda de tío.
> ¿Nos saltamos la siguiente clase y vamos a tomar algo?

Contesto que sí, que no quiero otra cosa ahora mismo más que eso, y salgo del edificio con la sonrisa todavía coronándome los labios. La conversación ha sido desagradable, de eso no cabe la menor duda, pero me siento aliviada a más no poder. Es más, me siento como si me hubiese quitado un saco enorme y pesado de encima.

—¿Lo has escuchado todo? —le pregunto a Delilah. Ella asiente con la cabeza—. Tienes una capacidad increíble de estar siempre en el lugar y el momento perfectos.

Ella suelta una carcajada antes de beber un poco de su café. Estamos en la que parece que ya se ha convertido en nuestra cafetería. Alejada de todo y de todos los que conocemos, pero, precisamente, por eso tan íntimo y especial. Me encanta hablar con ella aquí y creo que Delilah lo siente igual.

—Pero ¿sabes? Me siento bien de haberlo hecho. Ya no me sentía cómoda.

—¿Era lo que de verdad querías?

Asiento con la cabeza y me llevo una buena cucharada de nata a los labios, luego le doy un sorbo a mi batido de fresa.

—Entonces, felicidades, amiga. Has hecho lo correcto a mi parecer. Si alguien es capaz de hablar contigo de semejante manera en público, no podrá ser mejor en privado, ¿no crees?

—Totalmente de acuerdo. ¿Sabes? El día que estuviste en casa, tomé la decisión final de terminar con la relación. Es que, en realidad, ni siquiera era una. Creo que para salir con alguien hay que pasar más tiempo a solas, conocerse de verdad y tener algo en común, ¿no? Fritz comenzó a gustarme desde el principio, pero creo que lo que de verdad me cegó un poco fue adentrarme en un mundo que me era desconocido.

—¿A qué te refieres?

—A todo eso de las fiestas, toda la gente conocida, salir y tal —digo, y me sonrojo al hacerlo—. Para ti no es nada nuevo, pero yo nunca había ido a una fiesta hasta que Fritz me invitó a una.

Delilah asiente con la cabeza y me sonríe. Cuando lo hace, me da la sensación de que entiende a la perfección a qué me refiero.

—No te creas. Odiaba las fiestas a las que iba con Fritz. Pero era lo que tenía que hacer siendo su novia. Soy mucho más de sentarme en un bar con alguien a hablar. O en una cafetería.

Ambas reímos.

—Como nosotros.

Me doy cuenta en cuanto lo digo. «Nosotros» es una palabra que ya no puedo utilizar. Y no puedo hacerlo porque ya no hay un «nosotros» que valga. Gael y yo ya no somos amigos y él no quiere aceptar a la nueva Joleen. Pero entonces recuerdo algunas de sus palabras y me sonrojo.

—El otro día Gael vino a casa —le digo a Delilah, cambiando de tema. Ella abre mucho los ojos, esperando a que continúe—. No fue por mí, mi hermano quería que le prestase su guitarra. Pero le dije que lo echaba muchísimo de menos.

—¿Y cómo reaccionó?

Me encojo de hombros.

—Raro. Hace unos días fui a su casa dispuesta a hacer las paces, pero él no estaba por la labor. Me dijo que echaba de menos a la antigua Joleen porque esa es a la que él quiere desde hace años y que no sabía si podía querer a la nueva.

Delilah, que acaba de darle un sorbo a su bebida, se atraganta al escucharme.

—¿Que la quiere? —repite en voz un poco alta.

Asiento y me inclino hacia ella para tenerla más cerca.

—Sí, eso dijo. Pero yo tampoco lo entiendo, ¿tú?

—Pues que está enamorado de ti, tonta.

Frunzo el ceño y me echo hacia atrás en la silla, horrorizada.

—¡Qué va!

Delilah sonríe y creo que hasta está intentando aguantar una carcajada.

—Mira, yo no me voy a meter donde no me llaman, pero el chico ha dicho algo que se ve a la legua, ¿vale? Estáis hechos el uno para el otro y, además, sois mejores amigos, es la historia romántica perfecta, casi como un libro o una película de estas supercursis. Pero es que sois más tontos que nadie y seguís creyendo que sois como hermanos.

Entrecierro los ojos. Jamás podría darse una situación entre nosotros como la que dice Delilah, pero prefiero cambiar de tema antes que seguir por ahí. Sin embargo, la semilla de lo que dice se me queda clavada en el cerebro. Pero no, no puede ser.

—Pero te recuerdo que ya no somos amigos —digo, y bajo la mirada—. Además, ahora mismo da igual, soy una chica libre en todos los aspectos.

Al decirlo, no sé si alegrarme o sentirme triste porque dicho así, en voz alta, no suena tan bien como había creído.

—La Joleen de antes ya no va a volver, pero quiero concentrarme en esta nueva. No creo que esté tan mal.

—Y no lo está —corrobora Delilah—. Es una Joleen mucho más madura e inteligente.

Sonrío ante su comentario.

—Hay algunas cosas que quiero reorganizar en mi vida.

—¿Cosas por reorganizar? ¿Qué quieres hacer? ¿Por dónde quieres empezar?

—Me gustaría comenzar por algo que debería haber hecho muchos años atrás.

Delilah asiente con la cabeza y, para mi sorpresa, estira una mano sobre la mesa hasta llegar a la mía, que aprieta con fuerza. Ese gesto me llena de una calidez interior que soy incapaz de describir.

—Para cualquier cosa que necesites, estoy aquí.

—¿Incluso si es algo ilegal? —pregunto, y sonrío al hacerlo.

Delilah parece algo confundida al principio, pero luego me corresponde la sonrisa y asiente.

—Incluso si es algo ilegal.

Capítulo 24

Me muevo sobre la silla por quinceava vez. Estoy muy nerviosa y no sé ocultarlo. He movido tanto el trasero que creo que me lo voy a borrar. Tengo la sensación de que llevo aquí media vida, esperando, sentada y sola, rodeada de un montón de gente que no conozco y que hace la situación mucho más irreal.

La estancia es gigantesca y está llena de mesas de todos los tamaños con diferente número de sillas. Las paredes son blancas y tienen gotelé, cosa que odio con todas mis fuerzas. Las puertas son de cristal, lo que hace el contraste entre moderno y viejo mucho mayor.

Suspiro y me pregunto cuánto tiempo más voy a tener que seguir esperando aquí. Y justo se abren las puertas de cristal y una mujer de mediana edad, acompañada de un trabajador uniformado de blanco, entra en la estancia. Al principio, no le presto demasiada atención, en el tiempo que llevo aquí, han entrado tantos otros que ya he perdido la cuenta. Pero, como por arte de magia, algo me hace reconocerla y me pongo en pie de un salto. Lo hago tan rápido que la silla hace un ruido insoportable al ser arrastrada unos centímetros sobre el suelo de baldosas y me gano miradas de desaprobación.

La mujer intercambia algunas palabras con quien la acompaña, asiente con la cabeza y se dirige hacia mí. A cada paso me siento más nerviosa. Al final, llega hasta mi altura y ambas nos sentamos. Mientras lo hago, siento como me tiemblan las piernas y las manos. Estoy hecha un flan.

La mujer me sonríe.

—Hola, Liesel —saludo.

Casi la llamo «mamá», pero me contengo a tiempo. No puedo llamar así a alguien con quien me he sentido abandonada. Ella asiente con la cabeza como todo saludo, sin apartar la mirada de mí. Yo tampoco puedo apartar la mía de ella porque me parece irreal estar aquí ahora mismo. Pero sé que he tomado la decisión de forma consciente y de que nadie, absolutamente nadie, sabe que estoy aquí.

En algún momento se enterarán, eso sin duda. A más tardar, cuando papá o Micha vuelvan a visitarla, se darán cuenta de que me he visto obligada a firmar en la recepción al llegar para confirmar mi visita.

Inspiro hondo e intento no pensar en ello ahora porque no me va a traer nada. Así que sigo contemplando a esta mujer frente a mí.

—Qué mayor estás —dice Liesel, y la sonrisa le baila en los ojos—. Y qué guapa.

No sé qué decir al respecto. Me llevo las manos a los bolsillos y en uno de ellos me encuentro con un papel arrugado que he manoseado durante interminables horas en los últimos días. Al hacerlo, algo me devuelve un poco de fuerza y energía y me obliga a inspirar, armándome de valor. Saco de nuevo las manos, llevando la carta en una de ellas, y las coloco sobre la mesa.

Intento reconocer a mi madre, a la que conozco como tal por las historias de papá y mi hermano. Y me sorprendo al darme cuenta de que todavía está ahí, de que la veo y de que esta mujer, sin maquillaje, con el cabello despeinado y sonriente, se parece muchísimo a la de las pocas fotos que he visto a lo largo del tiempo. Se nota el paso de los años y que ha cogido algunos kilos, pero nada que me haga no reconocerla. Es abrumador, porque el rostro que veo es

casi el mismo que veo todas las mañanas en el espejo en casa, y entonces entiendo a la perfección a lo que siempre se refería papá. A que soy un calco de Liesel. Y lo único que nos diferencia, aparte de la edad, evidentemente, es el color de nuestros ojos: el de ella, tan castaño y el mío, tan azul.

—Gracias por haber venido, Jo —dice, y no me pasa desapercibido que ha utilizado mi diminutivo y no mi nombre completo.

Asiento con la cabeza, pero no aparto la mirada. Por algún motivo, esto se ha convertido en una batalla para ver quién la aparta antes. Aunque quizás nuestro problema es que no podemos dejar de mirarnos la una a la otra porque no nos podemos creer a quién tenemos delante.

O, al menos, eso es lo que me pasa a mí.

—¿Cómo estás?

Y sé que con esta pregunta estoy abriendo la veda para una conversación más o menos normal entre ambas. Pero para eso estoy yo aquí y no me arrepiento de haberlo hecho. Liesel sonríe y se inclina un poco hacia adelante. Cuando contesta, creo que, a lo mejor, puedo llegar a ser capaz de hacer borrón y cuenta nueva, de comprender.

—Ahora, mejor que nunca.

La visita tuvo que terminar mucho antes de poder hacer todas las preguntas que quería. Pero es que ni Liesel ni yo pudimos dejar de contemplarnos, de analizarnos y, casi todo, por desgracia, en silencio. Porque, al poco de estar allí sentada, me entró miedo de saber por qué se había marchado.

Los últimos metros me separan de casa y todavía no estoy segura de cómo sentirme. Al marcharme, no le dije a mis hermanos hacia dónde me dirigía y tampoco ninguno preguntó, así que fue mucho más sencillo. El rato con Liesel en la sala de visita no lo ha sido. Tengo tantas preguntas que hacerle que se me desbordan.

Me pregunto, mientras entro en el portal, si alguno de mis hermanos o incluso papá querrá saber ahora dónde he estado. O incluso si yo misma me comportaré de una forma un tanto sospechosa porque no quiero que nadie se entere de lo que he hecho.

Subo las escaleras con paso lento, tratando de estirar el tiempo lo máximo posible. Hasta que llego a la puerta de nuestro piso y ya no hay marcha atrás. Ya estoy aquí y en un rato veré cómo se desarrolla todo. Al otro lado, todo sigue como lo dejé esta mañana. Al pasar por el salón, Micha y René juegan a la consola y ambos me saludan con un gesto de cabeza, sin decir nada. Así que me quito la chaqueta y las deportivas y me voy directa a mi dormitorio. Dejo pasar algunos minutos, me siento frente al escritorio y saco otra vez la carta de Liesel. Siento la necesidad de releerla, así que lo hago.

Nunca había sentido interés por leer las cartas de mi madre y, aunque sé muy bien el motivo, no comprendo por qué ni siquiera tuve un atisbo de curiosidad por ellas. Releo cada una de sus palabras y, para mi sorpresa, ahora las escucho en mi mente con el timbre de su voz, algo de lo que jamás había podido acordarme por ser tan pequeña cuando se marchó. Pero ahora lo tengo tan claro que me pregunto cómo he podido vivir toda una vida sin su voz.

Alguien llama con los nudillos a mi puerta y, al abrirla, veo que es papá. Él se apoya en el marco y me sonríe.

—Buenos días, pequeña.

—Buenas tardes, papá —lo corrijo, y me giro hacia él sobre la silla.

Él se encoge de hombros, quitándole importancia al hecho de que su ritmo sea muy diferente al del resto de la gente.

Inspira hondo, sin apartar la mirada de mí, y me pregunto qué querrá. Muy pocas veces viene a mi dormitorio solo para ver cómo estoy. Me doy cuenta de que la temperatura sigue subiendo, porque él ya no lleva sus jerséis de lana puestos y ha pasado a vestir las camisas de cuadros de leñador que tanto nos gustan.

Inclino un poco la cabeza.

—Quiero preguntarte algo.

—Lo que quieras —respondo.

Sus ojos se van a la carta que tengo entre los dedos. Está arrugada, pero estoy segura de que ha reconocido de inmediato lo que es.

—¿Estás bien? —pregunta, y su voz suena algo más ligera que de normal—. Esta mañana ya no estabas en casa cuando llegué.

Asiento con la cabeza y miro la carta durante un segundo antes de regresar la mirada a él.

—Lo sé, lo siento. He ido a visitar a mamá.

Ambos nos miramos sin decir nada. La expresión de papá no ha cambiado en absoluto y me pregunto si ha escuchado lo que he dicho. Sin embargo, yo me siento muy bien por haberlo soltado. Por que sepa que he estado en la clínica, que he estado donde ella, que me he armado de valor y lo he hecho al fin. Después de varios minutos, papá reacciona.

—Un momento —pide, alzando el dedo índice como disculpa.

Sale del dormitorio dejando la puerta abierta. Estoy a punto de suspirar, exasperada, y ponerme en pie para cerrarla cuando él regresa con un paquete entre las manos. Al principio, no reconozco lo que es, pero me doy cuenta de que son al menos un centenar de sobres unidos los unos con los otros con lazos o trozos de papel pegados alrededor de un grupo de ellos.

Intercambio la mirada entre el paquete y el rostro de mi padre.

—Antes o después todo el mundo necesita conocer la verdad, Joleen —dice, y se acerca a mí para dejar las cartas sobre el escritorio—. Estoy orgulloso de ti.

Después de decirlo, sonríe y me mira durante algunos segundos.

—¿Estás bien con lo que has hecho?

Titubeo durante un segundo.

—Sí, lo estoy. Creo que ya era necesario.

Papá me contempla durante un instante.

—Si necesitas hablar, sabes dónde estoy.

—Gracias, papá.

Sale del dormitorio, esta vez sí, cerrando la puerta.

Así que me quedo sola con una cantidad insana de cartas sin abrir en las que en todas pone mi nombre y nuestra dirección. Algunas parecen tan viejas que la tinta del sobre está a punto de desaparecer. Contemplo el paquete porque no sé muy bien qué hacer con él y, al final, cojo una y la miro por ambos lados antes de decidirme a abrirla.

Me he pasado toda la noche leyendo las cartas de Liesel y todo lo que ha ocurrido en los últimos meses ha pasado a un último plano. Sus palabras me han dejado tan abrumada, dolida, triste y emocionada que no sé cómo gestionar lo que siento de una forma decente para no terminar volviéndome loca.

Decido ir a la cafetería al mediodía, básicamente, porque mi estómago me pide algo de comer con urgencia y lo último que quiero es tener que irme a un lugar lejos para comprar algo solo porque no quiero encontrarme con algunas personas allí. Así que paso de todo y me dirijo en

línea recta hacia la comida. Se me hace la boca agua al instante solo con el olor de lo que ofrecen hoy.

Me relleno la bandeja con dos platos principales, una ensaladilla americana y otros dos postres de chocolate y, cuando voy a pagar, la mujer en la caja me mira con las cejas enarcadas.

—No he dormido, necesito energía —explico, e intento sonreír.

Parece que ella ha entendido el problema porque asiente con la cabeza y me dice cuánto tengo que pagar sin hacer ningún comentario. Una vez abandono la caja, miro un poco en derredor. Por supuesto, y como ya me imaginaba, Fritz está sentado con sus amigotes en su mesa habitual y comen dando gritos y hablando de cosas que no podrían interesarme menos. Veo una mesa vacía a lo lejos y decido irme a esa antes de que la coja cualquiera antes, así que me armo de valor y paso junto al que, en teoría, es mi exnovio sin lanzarle siquiera una mirada.

—Ya le venden comida hasta a las ratas —comenta en voz exageradamente alta mientras paso a su lado.

Le lanzo una mirada de puro desagrado ante el comentario, incluso aunque me había propuesto no reaccionar ni a él ni a sus amigos. Me detengo durante un segundo. Estaba decidida a seguir, pero me giro hacia él y lo encaro.

—Si tanto te desagradan las ratas, empieza a pensar con quién pasas el tiempo, capullo.

Y, antes de poder seguir mi camino, reconozco la presencia de Delilah a mi lado.

—¡Uy, mira! A mí también me parece superdesagradable que seas así y no te espanto de la cafetería con una escoba, Friedrich.

Su voz me cae sobre el cuerpo como un bálsamo y, sin que Fritz pueda decir nada más, ella me coge del brazo para seguir juntas. Lanzo una mirada atrás y me doy cuenta de que él parece aturdido y confuso al mismo tiempo. Algo en mí se siente increíblemente bien al verlo y creo que no solo he ganado la última batalla, sino la guerra, con una aliada imparable.

—Gracias —digo, mientras nos sentamos a la mesa.

—Estoy harta de que siempre nos veamos fuera de la uni o, si es aquí, en los cuartos de baño.

Sonrío ante el comentario porque tiene razón. Delilah se sienta y comienza a comer. Antes de poder seguir hablando sobre nada, me doy cuenta de que otras dos personas se acercan a nuestra mesa y se sientan. Una, junto a Delilah y otra, junto a mí. Abro mucho los ojos y el corazón me da un vuelco en el pecho. Al inspirar, el aroma de Gael se me cuela hasta el interior y el corazón acelera a mil por hora.

—Que hagamos esto no significa que todo vaya a ser como antes —comienza a hablar Gael y Benno, en ese momento, me acaricia el brazo—, pero tengo que reconocer que le habéis echado un par de buenos ovarios a la situación, y eso teníamos que apoyarlo.

Agacho la cabeza durante algunos segundos y pido a quien me oiga no echarme a llorar allí mismo. Una ola de agradecimiento puro me recorre completa y creo que el corazón me va a estallar de alegría.

Ambos siguen comiendo y hablan con Delilah, la situación se torna mucho más distendida y me doy cuenta de que la decisión que tomé hace ya más de una semana todavía sigue grabada a fuego en mi piel, en mi interior y en mis ganas: necesito que Gael regrese a mi vida, incluso aunque él no quiera saber demasiado de la nueva Joleen, incluso aunque tengamos que empezar de cero.

Pero la pregunta que más me hago al verlo sonreír otra vez es si las palabras de Delilah de unos días atrás serán ciertas o no. ¿Puede ser que lleve tiempo sintiendo algo más que amistad por Gael y que haya tenido que borrarlo de mi vida para darme cuenta de ello? ¿O es en verdad solo una amistad demasiado bonita y especial como para prescindir de ella?

Capítulo 25

Entramos en la cafetería y pedimos la especialidad del día en la barra antes de sentarnos en nuestra mesa habitual. Delilah ha comenzado a contarme algo hace ya un buen rato, pero de vez en cuando pierdo el hilo porque mi mente está sumamente ocupada intentando procesar todo lo que ha ocurrido hoy. Cuando nos sentamos, ella se calla de golpe y, tras una pausa de algunos segundos, cambia de tema.

—¿Has visto la cara de Fritz mientras nos íbamos de la cafetería cogidas del brazo? —pregunta, y al hacerlo, sonríe.

—Y tanto que si lo he visto —digo, y le doy un trago al café cargadísimo de especias—. Era imposible no ver el humo que salía de su cabeza.

Delilah suelta una carcajada y comenta lo bien que le sentó haberle hablado así al fin. Para ella, por lo visto, ha sido como un miniacto de venganza hacia él.

—¿No te va a traer problemas haberle hablado así?

—¿Qué problemas? Él y yo ya no estamos juntos y no volveremos a estarlo jamás, créeme.

Ella esboza una sonrisa y ladea un poco la cabeza.

—Quiero dejar de ser y hacer lo que los demás esperan de mí, Jo. De ti he aprendido que no debería importarme tanto lo que piensen otros.

—A mí me importa lo que piensen los demás —digo, aunque no es del todo cierto—. Al menos, ahora un poco más que antes, creo.

—No te dejes cambiar por alguien como Fritz, Jo, no merece la pena. —Las palabras de mi amiga se me clavan en el alma como dardos directos al centro de una diana—. No hay cosa que valga más en el mundo que luchar por una misma para no perderse, ¿no? A veces está bien hacerlo y cuando nos reencontramos, somos una mejor versión de nosotras. Pero no dejes que otra persona te lleve al fondo solo porque ha querido controlarte y no le ha salido bien.

Arqueo las cejas, sorprendida ante sus palabras, otra vez. Delilah me da a veces la sensación de ser un alma muy vieja y sabia en el cuerpo de una chica joven.

—Gracias, Delilah.

Mis palabras me salen de corazón y, tras decirlo, ella se pone en pie y abre los brazos, me hace una seña con ellos y espera a que yo reaccione.

—Levántate y dame un abrazo —se queja.

Me pongo en pie de un salto para ir a sus brazos. Ambas nos abrazamos durante unos segundos, los suficientes para devolverme una energía que hacía tiempo que no sentía.

No sé a qué se debe concretamente, pero me siento bien. Conmigo misma y con el resto, y, por alguna razón, creo que todo lo que se ha torcido en mi vida volverá a reconducirse si es lo que de verdad necesito y me conviene.

Inspiro hondo mientras volvemos a sentarnos.

—¿Y a qué te refieres con eso de dejar de ser lo que los demás esperan de ti?

—Verás, por lo visto, encajo en ese estereotipo de chica guapa novia de chico popular y estoy harta ya de que me clasifiquen de esa manera. Es más, ni siquiera sé si me gustan más los chicos o las chicas.

Casi se me sale el café por la nariz del susto.

—Ya, sé que tú te pensabas que estaba ligando contigo al principio, pero no lo estaba haciendo, tranquila. Solo quería ser amable —aclara, y sonríe al hacerlo. Su sonrisa me recuerda muchísimo a la de Gael cuando se está burlando de mí—. Pero es cierto, llevo muchos años con la duda y creo que ha llegado el momento de averiguarlo. Además, tampoco quiero seguir estudiando Administración de Empresas. Es más, lo odio.

—¿Y qué quieres estudiar? —pregunto, asombrada ante tanta confesión.

—Pues mira, no lo sé. Pero quiero algo más emocionante que eso y hay muchas cosas que me gustan. Soy una friki de los ordenadores, ¿a que eso no lo sabías?

Niego con la cabeza, a cada palabra más sorprendida.

—A lo mejor quiero hacer algo por esa rama. Todavía no lo sé. Pero ya estoy harta de ser como se espera de mí.

—¿Sabes qué? —digo, y me reacomodo sobre la silla—. Brindo por eso.

Delilah sonríe mostrándome todos sus dientes y creo que justo ahora es feliz. Al menos, lo parece. Una sensación parecida a la que siempre me recorrió el cuerpo cuando me daba cuenta de ello en Gael me recorre ahora, y es entonces cuando entiendo que Delilah se ha convertido en alguien imprescindible. Y, aunque ya había llegado antes a esta conclusión, ahora estoy más que segura de que jamás podrá acontecer algo importante en mi vida sin que ella lo sepa a partir de ahora.

Mi amiga hace entrechocar su vaso con el mío y en mi fuero interno también brindo por otras cosas: por su felicidad y porque se encuentre a sí misma también. Brindo por cosas tan naturales en la vida como son perderse a sí misma y reencontrarse en una versión mejorada, y utilizo las mismas palabras de Delilah porque ella jamás sabrá que esas se han quedado tatuadas en mi mente de por vida.

Me dispongo a adentrarme en la clínica por segunda vez y me siento igual de nerviosa que la primera o incluso más. Me presento en la recepción y anoto mis datos en la hoja que me ofrecen, luego firmo con mi nombre completo y espero a que alguien del personal me lleve hasta la sala de visitas. Una vez allí, me siento en la misma mesa de la otra vez y espero. Cuento los segundos que van pasando mientras Liesel sigue sin aparecer y me pregunto dónde van a avisar a los que viven aquí de que tienen una visita. Miro hacia un lado y hacia otro y me pregunto si todo en este lugar es tan blanco, tan estéril, tan de clínica u hospital.

Qué deprimente verse todos los días rodeado de paredes blancas sin ningún tipo de personalidad.

La puerta de la sala de visitas se abre y veo a Liesel a lo lejos, que ya sonríe cuando entra aquí y antes siquiera de verme. Se acerca y hacemos el mismo ritual de la última vez: cuando está lo suficientemente cerca de mí, me levanto y ambas nos saludamos con un seco «hola» antes de volver a sentarnos a contemplarnos.

Estoy tan nerviosa que no sé bien cómo sentarme de forma correcta y tengo que sujetarme una mano con la otra para que ella no las vea temblar. He venido porque en los últimos días no he hecho más que leer todas sus cartas en cada momento libre que he tenido. Primero, las ordené de más antigua a más nuevas gracias a las fechas que ella misma había escrito en cada una y, al final, las leí todas. Desde la más reciente hacia la más antigua y luego, al revés. Pero, a pesar de haberlas leído, todavía no me siento lo suficientemente cercana a la mujer que está sentada frente a mí ahora mismo y que me sonríe de forma tan cálida, tan maternal… a pesar de no conocernos.

—Estoy segura de que tienes muchas preguntas —dice, para mi sorpresa.

Todavía no ha borrado la sonrisa de su rostro y creo que eso me molesta un poco. ¿Por qué estoy tan nerviosa y ella parece tan feliz? ¿No está nerviosa también de tenerme aquí después de tantos años?

—La última vez que pasamos algo de tiempo juntas fue hace diecisiete años —continúa, como si necesitase darme más detalles—. Y por eso creo que tendrás preguntas.

—Sí, las tengo.

Liesel asiente con la cabeza y entrecruza los dedos sobre la mesa, a la espera. Supongo a que yo comience a preguntar, a que lance una tras otra y que ella pueda utilizar como excusa para haberse marchado por tanto tiempo. Pero no necesito que me conteste a todas las que tengo en la cabeza para hacerme yo misma una idea de por qué se marchó. A pesar de tener demasiadas preguntas, hay una de mayor peso que es la que podría ayudarme a decidir si quiero darle o no una oportunidad para que regrese a mi vida de una forma u otra. Así que me remuevo en la silla una vez más, inspiro hondo para armarme de todo el valor que pueda y abro la boca.

—¿Por qué decidiste dejarme sola?

Liesel abre mucho los ojos y su sonrisa flaquea durante algunos segundos. Estoy segura de que no se esperaba que fuese tan directa, pero de la misma forma en la que ha mostrado sorpresa, se recompone y la sonrisa cálida pasa a ser una muy triste. Entonces es ella quien, al fin, parece nerviosa. Se restriega las manos un par de veces la una contra la otra y baja la mirada. La sonrisa termina desapareciendo.

—¿Sabes lo que es una depresión postparto, Jo? —pregunta, y yo niego con la cabeza—. ¿Y sabes lo que es el trastorno bipolar? —Vuelvo a negar—. Ambos son trastornos mentales serios. Una depresión, en general, es algo muy serio y que no habría que tomarse a la ligera porque puede ser fatal, pero si la juntas con otra enfermedad, es destructiva. La depresión no fue el detonante de que tuviera que marcharme, pero fue el momento en el que tomé la decisión.

Liesel se detiene y respira de manera entrecortada. Tengo la sensación de que va a contarme algo que le cuesta demasiado y me pregunto si estoy preparada para escucharlo. Pero necesito escucharlo, esté o no preparada para ello, así que espero en silencio hasta que ella decide continuar.

—Me detectaron el trastorno bipolar en la adolescencia. Me afectó tanto saber que tendría que vivir con él que hice todo lo posible por mantenerme estable. Todo lo estable que se puede. Me había decidido incluso a no casarme nunca, mucho menos tener hijos, porque no sabía cómo podía eso empeorar la situación. Pero conocí a Björn y… sucedió todo de forma muy natural.

Liesel esboza una sonrisa melancólica, como si estuviera viviendo esos momentos del pasado. Intento hacer memoria, recordar las viejas historias de papá cuando contaba cómo se conocieron. Y al no conseguir recordarlas, me siento triste.

—Pero ¿cómo terminaste aquí? —pregunto para que continúe con la historia.

—Cuando nació tu hermano Micha, Björn y yo estábamos pletóricos. Habíamos querido ser padres durante tanto tiempo y nos había costado tanto que no me di cuenta de la melancolía que se apoderó de mí en las primeras semanas. Lloraba mucho, apenas comía ni dormía y mi humor cambiaba con mucha más rapidez que antes. Por mucho que desees tener un bebé, el cambio en la vida es enorme y no todos lo gestionamos de la misma manera. Pasé varias semanas en ese estado, pero creí poder superarlo sola porque la situación no era tan distinta de las que ya conocía. Con el nacimiento de René fue algo diferente porque la melancolía pasó a ser depresión y de ahí no pude salir sin ayuda. No te haces una idea de lo difícil que es querer y no querer abrazar a tu hijo, todo al mismo tiempo. Le tenía miedo a mi propio bebé, no quería verlo apenas y, cada vez que lo hacía, lloraba desconsoladamente porque lo echaba muchísimo de menos…

Liesel se detiene porque se le ha quebrado la voz. Y creo que, dentro de mí, también se acaba de romper algo. Espero con paciencia a que ella continúe porque necesito saber cómo sigue la historia. Necesito conocer la verdad.

—Contigo fue muy diferente. Al principio, creí que mi situación era estable, ¿sabes? Creí de verdad que con tu nacimiento todo volvería a ser como antes y que seríamos una familia feliz. Bueno, todo lo feliz que se puede ser con un miembro enfermo. Pero más feliz porque nuestros niños habían sido tan deseados que siempre nos explotaba el corazón de alegría y amor al hablar de ellos. Pero cuando cumpliste un año, la cosa comenzó a torcerse. No quise decirle nada a Björn porque estaba segura de que podría con la situación yo sola. —Sus ojos se llenan de lágrimas y yo cierro los míos para intentar mantener mis emociones bajo control y no llorar también. Cada una de sus palabras duele como un cuchillo clavado en el corazón—. Pero, por supuesto, terminó por darse cuenta. Yo era reacia a ver el problema y creí de verdad que podría ocuparme de ti, pero comencé a hacer cosas… —Liesel carraspea y yo entrecierro los ojos, sin entender bien a qué se refiere—. Abusaba de pastillas para dormir porque no podía conciliar el sueño. Pero también de otras que me ayudaban a mantenerme despierta o a recuperar un poco las ganas de vivir que había tenido antes. Los altibajos del trastorno bipolar se intensificaron y el abuso de sustancias no mejoró la situación. Hasta que ya no pude más, Joleen. Para ese entonces ya nada pudo ayudarme: ni tu padre ni mi terapeuta ni yo misma.

Al escuchar mi nombre, creo que voy a derrumbarme por completo. Ahora entiendo muchas cosas. Liesel no se marchó por mí, sino porque no estaba bien. Y no tengo ni la más mínima idea de cómo sentirme respecto a esta información.

—Intenté acabar con mi vida dos veces porque pensaba que eras o tú o yo, Joleen.

Inspiro hondo y la respiración se me queda atascada en la garganta. Me veo como desde lejos, como si mi espíritu abandonase mi cuerpo ahora mismo y se elevase hacia algún otro lugar. Y no sé cómo reaccionar porque, joder, cómo duele la verdad.

—Pero el amor de una madre, a veces, es más grande y decidí que mi vida no era digna de ser vivida, pero que la tuya valía su peso en oro.

Se me escapan las lágrimas de los ojos. Las siento recorrerme las mejillas, frías, cortantes, llenas de alivio y dolor ante lo que acabo de escuchar. Liesel estira una mano sobre la mesa en mi dirección, una mano que no me atrevo a coger. Ella también ha comenzado a llorar y me doy cuenta de que mirarla a los ojos ya no me duele tanto como antes.

—Fue cuando le dije a Björn que no podía seguir con vosotros porque no era seguro y le pedí que me ingresara aquí.

Asiento con la cabeza y ya no puedo controlarlo más. Sollozo y las lágrimas siguen bajando por mis mejillas. Sin darme apenas cuenta, estiro la mano hacia la de mi madre y la estrecho con fuerza, con tanta que creo que se la voy a destrozar, pero me da igual. Necesito ese apretón como nada más en este momento. Terminamos uniendo nuestras manos y nos quedamos así durante lo que a mí me parece una eternidad.

—No llevo aquí todo el tiempo que crees. Siempre he querido volver a casa, regresar con vosotros. Pero le pedí a Björn que, cuando me dieran el alta y pudiera salir, necesitaba estar estable al menos un año antes de poder volver. Al principio, él se negó, pero después de ver que la primera vez fuera solo duré tres meses pudiendo sobrevivir por mi cuenta lo entendió. He pasado los últimos diecisiete años entrando y saliendo de aquí.

—¿Es por eso que no escribías remitente en las cartas?

Liesel asiente con la cabeza. Se restriega las lágrimas con el dorso de una de sus manos.

—Para que no vieras dónde me encontraba en cada momento. Micha, durante mucho tiempo, tampoco supo que pasé temporadas fuera de aquí. Era más seguro no decírselo porque tu padre tenía miedo de que pudiera ir a verme.

—¿Y dónde te quedabas en esas temporadas?

—En casa de mis padres. Hasta que ellos ya no pudieron soportar más la situación. Luego, en habitaciones alquiladas, en moteles… Cada vez en un lugar diferente. Pero donde más tiempo estable he estado ha sido aquí dentro.

Agacho la cabeza y siento que un nuevo aluvión de lágrimas me borra la visión. Las libero porque comienzan a limpiar mi alma después de tanto tiempo. Después de diecisiete largos años de silencios y ausencias.

De camino a casa me siento tan agotada que creo que no voy a conseguir arrastrarme hasta nuestro piso. Me siento, más bien, como si alguien hubiese succionado toda mi energía interior y se hubiese largado sin dejarme siquiera un resto. Pero me obligo, porque quiero llegar a la seguridad de mi dormitorio. Así que subo las escaleras para no tener que esperar al ascensor y entro en casa. Me quito la chaqueta y las deportivas y me encuentro enseguida con Micha, que sale a mi encuentro sin perder ni un único segundo.

—¿Dónde has estado?

Su rostro es de preocupación y me pregunto si tiene que ver con todo el tiempo que he estado fuera o con la apariencia de mi rostro: los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, la nariz llena de mocos y la mirada triste por haber conocido al fin la verdad.

No sé qué mierdas hacer con todos estos sentimientos en mi interior que han comenzado a multiplicarse como si fuesen hongos plantados en cualquier lugar.

—Visitando a mamá —contesto en voz baja.

Me da igual lo que piense, me da igual cómo reaccione. Al decirlo, sigo hacia mi dormitorio sin quedarme a esperar a que diga nada. Una vez allí, cierro la puerta y me apoyo en ella con la espalda rígida durante algunos segundos. Poco antes de llegar a casa, ha comenzado a llover y estoy empapada.

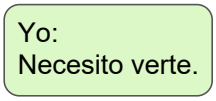
Al principio, creo que no quiero mirarme, que no quiero ver a esta Joleen, pero me sorprendo al reconocerme tan bien como lo había hecho varios meses atrás. Incluso mejor. Como si la verdad hubiese lavado mi visión de una vez por todas y ahora pudiese ver con claridad.

El reflejo que me ofrece el espejo es una Joleen que ahora conozco muy bien y que me gusta. Es una que todavía tiene que seguir creciendo y mejorando, pero que tiene su futuro y sus decisiones en su propia mano. Inspiro hondo y cierro los ojos. Me veo diferente, eso es cierto. También me siento un poco diferente. Pero no en vano ya me había dicho Delilah que no todos los cambios han de ser malos.

Al pensar en ella, pienso también en Gael y el corazón se me encoge en el pecho hasta el tamaño de una pelota de golf. O, al menos, así me lo parece. Cuando pienso en él, pienso en todo lo que siempre me ha gustado tocarlo, abrazarlo y estar cerca de él. Las veces que me he descubierto inspirando muy hondo a su lado para empaparme de su aroma. En los días que no estaban siendo buenos, una mirada de Gael bastaba para que me mejorase el ánimo. Echo de menos su cercanía, sus abrazos, su voz. Él siempre ha estado para mí tanto en las buenas como en las malas, pero no pudo seguir sufriendo más a mi lado. Porque siempre hemos sido amigos, pero a lo mejor detrás de esa amistad se esconden sentimientos que ni uno ni otro ha sabido o querido poner en palabras para no prescindir de ella.

Otra lágrima me resbala por la mejilla. Apenas puedo expresar con palabras la necesidad que tengo de que regrese a mi vida, de poder tocarlo, de poder abrazarlo y de tenerlo para contarle absolutamente todo otra vez. Todo y, esta vez, mucho más. Porque lo que siempre he tenido con él ha sido mucho más que una amistad.

Así que saco el móvil de los vaqueros y busco nuestro chat abierto para comenzar a escribir. Escribo solo la verdad.



La cantidad de pensamientos se ha multiplicado mientras me he ido acercando al parque y, al verlo allí sentado al llegar hace que me explote todo en el pecho y, de repente, tenga sentido. Es una estupidez creer que podremos solucionar nuestros problemas en un momento y volverá a ser como antes, pero no quiero dejar de intentarlo una última vez.

Me siento junto a él y clavo la mirada en el frente, hacia los columpios. Es nuestro parque, pero allí lleva muchas veces a su hermano también a jugar y por eso lo he elegido para encontrarnos. Porque ya han sido infinidad de veces las que hemos estado juntos aquí.

—Todo esto que ha pasado entre nosotros es una estupidez —digo a bocajarro, sin apartar la mirada del frente. Antes de continuar, la bajo hacia mis nerviosas manos sobre el regazo—. Tú no estabas enfadado conmigo por una estúpida apuesta, al menos, no por la apuesta en sí. Pero eso lo he entendido ahora.

Me armo de valor y giro la cabeza hacia él, que también me mira. Aprieto los labios en una fina línea durante algunos segundos antes de continuar. Estamos muy cerca el uno del otro y eso jamás me había alterado tanto como ahora.

—Lo he entendido mientras escuchaba la historia de mi madre —continúo, y me sorprende haberlo dejado salir tan fácilmente.

Gael alza las cejas, sorprendido al escuchar mis palabras, pero no dice nada.

—Estás enfadado conmigo porque comencé una relación con Fritz a pesar de que la apuesta solo era tener una cita con él. Pero confundí mis sentimientos. Y, en realidad, creo que tu problema no era un enfado, sino celos. Estabas celoso y ahora lo he entendido porque yo también me he sentido así.

Gael aparta la mirada y se pasa una mano por el rostro.

—Joder, Joleen —dice, y suspira.

—Me he sentido así todas las veces que me has contado que habías quedado con una chica o que terminabas dándote el lote con otra en el bar cuando salíamos, porque eran ellas y no yo —continúo, aunque me da la sensación de que mis palabras le molestan—. No quiero que nuestra amistad se termine, Gael, pero mucho menos quiero que salgas de mi vida por unos estúpidos celos. Lo voy a intentar una última vez, ¿vale? Te echo de menos y no solo como amigo.

—Ya, como hermano —masculla él, y baja la mirada hacia sus dedos.

—Tampoco. Te echo de menos como lo mejor que he tenido en mi vida y como mi pilar base. Y creo que te quiero de una forma en la que no había osado pensar hasta ahora, pero…

Gael me dirige entonces la mirada y, al hacerlo, se me quedan las palabras pegadas en la garganta. He hablado demasiado y, aunque era lo que quería, sus ojos oscuros hacen que se me olvide lo que quería decir.

Pero no importa lo que quería decir, porque él actúa muy rápido y acorta la distancia entre nosotros para besarme. Sus labios se pegan a los míos con una necesidad que desconozco. Y al sentirlos creo que me voy a morir. Correspondo el beso tratando de demostrarle lo mucho que me gusta. Gael me besa con muchísimas ganas y yo no puedo más que aferrarme a su chaqueta vaquera y pegarlo más a mí mientras enredo la otra mano entre sus bucles rubios.

Vaya una locura de sentimiento.

Gael se separa de mí cuando ambos necesitamos recuperar un poco la respiración y ya lo echo de menos. Él sonríe de medio lado y creo que acaba de despertar un instinto en mí que es muy salvaje y animal.

—Ni siquiera estaba seguro de que te gustaran los tíos, Jo, ¿lo sabías?

Abro la boca para decir algo, pero la cierro y suelto una risita entre dientes.

Capítulo 26

—¿Te puedes creer que me dijera eso? Estos niños crecen demasiado deprisa —dice Delilah.

La observo quitar la tapa de plástico al postre que ha elegido y comienza a comérselo. Está indignada por algo que le ha dicho uno de sus hermanos menores y me gusta que haya venido a contármelo a mí.

Estamos sentadas en la cafetería, juntas, porque ya no tenemos que escondernos. Antes tampoco lo teníamos, al menos, no de forma consciente, pero lo hacíamos como si fuese algo pactado entre ambas sin palabras. Aunque ninguna somos las que éramos unas semanas atrás, al conocernos.

Veo a Gael y Benno acercarse directos a nuestra mesa y, al llegar a ella, se sientan como si nada. Delilah me mira un poco confusa, pero no dice nada. Al verlo, la sangre se me altera y siento que me sonrojo de arriba abajo.

—¿Qué hay? —saluda Benno.

—No mucho. Dos que se nos han sentado aquí como si nada —dice Delilah, provocándole una sonrisa.

—Pensamos que de una forma había que enderezar todo esto —interviene Gael.

Me giro un poco hacia él, sentado a mi lado, y él me mira de reojo. Está concentrado en su comida. Aparto la mirada de inmediato y vuelvo a clavarla en Delilah, que ya no parece tan confundida como antes.

Verme aquí sentada, junto a las personas más importantes en mi vida, me hace darme cuenta de que todo se siente como lo era antes. Pero no, no estoy diciendo la verdad: no se siente así, se siente mucho mejor.

Y todo a pesar de que no he tenido la oportunidad de volver a hablar con Gael sobre lo ocurrido el otro día. Solo al pensar en ello me quema cualquier parte del cuerpo. Y el tenerlo tan cerca no ayuda, porque no hago más que rememorar una y otra vez la misma escena. Lo hago tanto que creo que la voy a desgastar. Pero no pienso ser yo la que saque el tema. Al menos, no de momento. Así que intento regresar al presente e integrarme en la conversación que se ha dado a mi alrededor sin que apenas me dé cuenta.

—Me parece que tu hermano está entrando en la adolescencia —comenta Benno—. Estos niños hoy en día crecen demasiado rápido.

—Que me lo digan a mí —corrobora Gael—. El otro día, Hugo me echó de su dormitorio cuando entré a ver si quería ir conmigo a comprar unas cosas porque estaba hablando con una chica. Como si tuviese idea de qué va el tema.

—¿Cuántos hermanos tienes, Delilah? —pregunta Benno.

—Tres en total, dos hermanos y una hermana. Todos menores.

Benno silba con sorpresa.

La conversación sigue, distendida y amena. Y yo creo que estoy soñando y que en cualquier momento sonará el despertador para traerme de nuevo a la realidad. Pero no, esta es mi nueva realidad. Al menos, la que vamos a ir construyendo todos poco a poco.

Entro en nuestro bar, que no he pisado desde hace al menos dos meses. Y entro segura de lo que estoy haciendo porque, para mi sorpresa, hemos quedado todos aquí. Benno propuso hacerlo y

ninguno dijo que no. Y cuando entro, ya están todos aquí.

—Hay cosas que no cambian nunca —dice Benno al verme llegar.

—Mira quién habla. —Le saco la lengua mientras me quito la chaqueta y me siento en la única silla libre.

El tiempo se ha templado muchísimo fuera. Hemos pasado de estar en invierno a una primavera avanzada y todo en solo un par de días. Pero a mí me encanta. Odio el frío, el invierno y la lluvia. Así que me alegro de que las temperaturas mejoren de la misma manera en la que está mejorando, a cada día que pasa, mi humor.

Un camarero se acerca a nosotros para preguntarme qué quiero tomar, pido una Coca-Cola y él vuelve a marcharse tras anotarlo.

—¿No te encanta que ya se esté yendo el frío, Jo? —pregunta Delilah, como si acabase de leerme el pensamiento.

Asiento mientras el chico que se ha llevado mi pedido vuelve con un vaso hasta los topes.

—Y tanto que si me alegro. Ya estaba harta del frío.

Gael suelta una pequeña carcajada y doy por hecho que se acuerda de todas las veces que suelo quejarme a lo largo de un día mientras estamos en invierno. El problema es que ocurre igual cuando el calor es insoportable en verano.

Benno mira hacia un punto inexacto de la estancia y le da una palmada en el brazo a Gael para llamar su atención. Delilah y yo, curiosas, miramos en la misma dirección. A lo lejos, veo a esa chica morena con la que los vi hablar una vez hace lo que me parece una eternidad.

—Eh, tío, está allí —dice Benno en voz algo más baja—. ¿No vas a ir?

Cuando miro a Gael, él también me mira y no puedo evitar ponerme roja como un tomate. Durante un segundo, creo que va a decir que sí, a ponerse en pie y a marcharse, y solo de pensarlo se me cae el corazón a los pies. Pero él niega con la cabeza y sonríe de medio lado antes de darle un sorbo al botellín de cerveza que tiene en la mano.

—No, no tengo interés.

Benno lo mira con las cejas arqueadas, como si no comprendiese qué ocurre y luego sigue la dirección de su mirada hasta posarla en mí. Sé que se acaba de dar cuenta de qué pasa porque sonríe de una forma pícara, pero lo único que hace es recostarse en la silla. Gael no aparta la mirada de mí y, mientras no lo haga, yo tampoco me atrevo a hacerlo. Es curioso, pero se siente bien escucharlo decir algo así.

—Vaya, quién lo diría —comenta Benno.

Escucho a Delilah soltar una risita por lo bajo. Vale, está claro que ellos se habían dado cuenta mucho antes que nosotros de lo que estaba pasando aquí. Hasta ahora no he podido tener una conversación decente con Gael, pero creo que esto acaba de aclarar muchas de mis dudas.

Inspiro hondo y, al final, soy yo quien aparta la vista.

—Creo que voy a pedirme una cerveza —digo, para sorpresa de todos los demás.

—Joleen, ¿recuerdas lo que pasó la última vez? ¿Y que dijiste que no ibas a beber nunca más?

Gael y Benno se giran hacia ella, todavía con la sorpresa dibujada en el rostro.

—¿Desde cuándo bebes tú? —pregunta Benno en mi dirección.

—¿Y qué ocurrió la última vez? —lo hace Gael a su vez hacia Delilah.

Ambas nos reímos mientras alzo la mano para llamar la atención del camarero.

—Te dije que eso solo lo decías por la resaca —continúa Delilah.

Me encojo de hombros, pero sé que tiene razón.

—No me voy a pasar, promesa.

—Y si te pasas, hoy duermes tú en mi casa.

—Trato hecho.

Los chicos nos miran a la una y a la otra con la mandíbula llegándole al suelo. Entonces Delilah carraspea para llamar su atención mientras yo le pido una nueva consumición al mismo camarero de antes.

—¿Estáis listos para escuchar la historia de la primera resaca de Jo? —pregunta, y ambos asienten—. Hay detalles que no os puedo revelar, código de honor entre chicas, pero hay otros que sí.

Cuando comienza a relatar la historia, yo desconecto del todo. Estar allí sentada me parece tan irreal que apenas puedo creerlo, pero me hace sentir tan bien que es como si olvidase todo lo que ha ocurrido en los últimos meses. Jamás podré ni me permitiré olvidarlo porque todo eso es lo que ha hecho nacer a la nueva Joleen.

—Papá y Micha saben que he venido a visitarte, aunque no he hablado mucho del tema todavía. Quería estar segura de que me siento bien haciéndolo antes de contarles más sobre esto —explico, y no me siento incómoda al hacerlo, al contrario.

Mamá deja pasar algunos segundos antes de decir algo. Sus manos están algo arrugadas y son diferentes a las que recuerdo haber visto en algunas fotos viejas. Pero la verdad es que hay tan pocas fotos de ella en casa que a lo mejor mi mente solo me juega una mala pasada al creer que la recuerdo.

—¿Y te sientes bien?

Me encojo de hombros, sin saber bien qué contestar. Las paredes blancas de este lugar me cohíben y, tras pensarlo un momento, asiento con la cabeza.

—Creo que sí. —Hago una mueca como si pensase durante un segundo—. Aunque creo que me sentiría mejor si pudiésemos salir de aquí, la verdad.

—La próxima vez podemos dar un paseo por los jardines. El tiempo está precioso y…

—Estaría bien.

Liesel asiente y sonríe de esa forma que he aprendido que es tan suya: cálida, maternal y con comprensión. Creo que, al escuchar mis palabras, da por hecho que volveré otra vez y eso la tranquiliza. A mí también, si soy del todo sincera. No sé a qué se debe, pero hay algo en mi interior que me anima a seguir viniendo, a hacer las paces con un pasado que, en realidad, ninguna de las dos pudimos controlar a pesar de haber sufrido demasiado con él. Pero no puede una estar toda una vida enfadada y ya me lo dijo papá: «Antes o después todo el mundo necesita conocer la verdad».

Me inclino un poco hacia adelante y aferro con ambas manos el vaso de plástico que todavía tiene un poco de chocolate caliente dentro. Al llegar mamá, le dije que iba a buscar algo en la máquina expendedora para beber y, aunque me llamó la atención el chocolate, lo hice más que nada para tener algo que aferrar en caso de ponerme nerviosa.

—¿Podemos hablar de cómo era todo antes? —pregunto con un hilo de voz—. Ya sabes, antes de… esto.

Ella asiente con la cabeza y la sonrisa se le trunca un poco. Pero no se lo tengo en cuenta porque me imagino que, de la misma manera en la que me duele a mí, para ella debe de ser más doloroso todavía.

—Hablar del pasado es duro, Jo, pero tengo que hacerlo igual —dice, e intenta sonreír de nuevo, aunque no le sale—. Así que me alegra que me lo preguntes.

Hace una pausa para beber de su café aguado y tengo la impresión de que lo hace por el mismo motivo por el que yo quise ir a buscar las bebidas.

—¿Sabes lo que es vivir en un piso tan pequeño con tanta gente? —comienza.

Asiento con la cabeza.

—Me lo imagino bien. Seguimos viviendo en el mismo lugar.

—Es cierto —dice, y agacha un poco la mirada—. Había días en los que los juguetes y cachivaches se salían por las ventanas. Nuestros vecinos se quejaban de que los chicos eran muy ruidosos. En aquella época no había tantísimos niños en el vecindario. Pero, luego, llegaron todos los de tu generación y ya no pudieron quejarse más. Los que pudieron terminaron por marcharse y los que no se conformaron.

Le doy otro trago al chocolate, que ahora está templado, sin apartar la mirada de Liesel.

—Pero no quiero hablar de cosas negativas, fue toda una aventura aprender a vivir tantas personas en un mismo piso. Cuando hacía buen tiempo, sin embargo, siempre intentaba salir a la calle con vosotros. Aunque fuera al parque. En los días en los que yo no podía, entonces lo hacía Björn siempre que tenía un momento libre.

—¿En serio? No recuerdo haber estado tanto tiempo fuera cuando era tan pequeña.

—Eras demasiado pequeña todavía —dice Liesel, y sonríe. Se coloca el cabello enmarañado tras la oreja—. Intentaba inventarme juegos que nos mantuviesen el mayor tiempo posible fuera; a veces, a las aventuras espaciales, otras, a que éramos piratas. Había unas pocas veces que bastaba con decir que íbamos a hacer un pícnic al parque y que no volveríamos hasta el atardecer. A tus hermanos les encantaba.

—Me lo creo —confirmo—. Aunque me cuesta un poco imaginármelo con tanto tiempo que pasan en casa últimamente.

—¿En serio?

Asiento con la cabeza.

—René se pasa el día estudiando, aunque con razón. Dice que no quiere tener que repetir ninguna materia porque eso supone más gasto y Micha apenas tiene tiempo entre la universidad, el equipo y las horas que echa en el trabajo.

Liesel se encoge de hombros.

—Tu hermano Micha nunca se queja de nada, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Nunca. Él siempre está bien.

Ambas sonreímos. Por alguna razón me siento verdaderamente bien aquí sentada frente a ella y me sorprende e indigna al mismo tiempo. Sé que no estaba preparada para venir antes, pero me da un poco de pena todo el tiempo perdido. Podríamos haber tenido una buena relación desde hace años si no hubiese sido por mi cabezonería. O por un proceso de aceptación que no me había dignado a empezar. Porque lo que yo tenía dentro era una herida llena de pus, infectada hasta las trancas y que me dolía mucho, muchísimo, pero que me negaba a medicar y a tratar.

—Se siente bien estar aquí contigo, Joleen —comenta mamá.

Asiento con la cabeza, sin apartar la mirada de ella. No sé muy bien qué más decir ante el comentario, así que cambio un poco el tema.

—¿Sabes que antes me molestaba muchísimo que alguien me llamase así, Joleen?

—¿Y eso por qué? —La voz de mi madre suena un poco horrorizada.

—Porque siempre escuché que la única que me llamaba así eras tú.

—¿Y sabes por qué te puse el nombre?

—Por la canción de Dolly Parton, lo sé.

Ella sonríe y baja la mirada, como si se avergonzase un poco de ello.

—Pero se escribe diferente —digo, e intento buscar otra vez su mirada con la mía.

En este momento me reconozco a mí misma que ya no me molesta que me llamen así. Y todo, después de haberlo escuchado decenas de veces de las voces de mis amigos en los últimos días.

—Pero da igual, yo quiero seguir escuchando anécdotas del pasado —replico, y eso hace que Liesel vuelva a mirarme.

Ya no queda ni rastro de la vergüenza de antes y, cuando comienza a hablar, lo hace gesticulando con las manos y más animada que cuando la vi por primera vez. De esta forma, el tiempo vuela entre nosotras y no me doy cuenta de la hora que es hasta que vienen a avisarnos de que el tiempo de visita está por terminarse.

Capítulo 27

Salimos del comedor y nos vamos directas a nuestra cafetería. Hoy hace bastante calor, lo que augura una primavera más bien corta. Delilah me ha estado contando durante todo el camino cosas sobre sus padres que me hacen darme cuenta de la suerte que tengo con mi familia, pero cuando nos sentamos en una mesa con nuestra bebida en la mano, cambia totalmente de tema.

—¿Y cómo estás tú?

La miro confundida durante algunos segundos.

—Ya sabes, cómo va todo entre Gael y tú y eso…

Al soltar las palabras, sonríe de medio lado de una forma muy pícara que no suele dejar salir a menudo. Alzo las cejas, sorprendida.

—Delilah, por favor —digo, y me sonrojo de inmediato—. Pero es que no lo sé. Quería hablar contigo sobre eso.

—¿Sobre qué?

Mi amiga se inclina un poco sobre la mesa, ansiosa por obtener más información. Carraspeo antes de decidirme a contarlo, básicamente, porque me da bastante vergüenza, pero sé que no hay nadie mejor para escuchar lo que estoy a punto de contar. Inspiro hondo, armándome otra vez de valor, y sacudo los hombros, como si así pudiera deshacerme de cualquier duda.

—Gael me besó —suelto a bocajarro, y Delilah está a punto de soltar una exclamación de sorpresa cuando la detengo—. Pero de eso hace ya algunos días. Fue poco después de cortar con Fritz y toda esa movida. Y, desde entonces, no he encontrado el momento perfecto para hablar con él y no sé ya cómo abordar el tema. Ha pasado tanto tiempo que no creo siquiera que él tenga interés en hablarlo.

Delilah suspira y a mí me suena a exasperación, cosa que me indigna bastante.

—Jo, mira, está claro que os gustáis y eso desde hace mucho tiempo —explica, y hace un gesto con la mano, como si todo este tema la enervase sobremanera—. Da igual cuánto tiempo pase, si quieres hablar de algo, ve directa al grano. El momento perfecto no existe, ¿vale? Dile que quieres hablar con él y hazlo, ya está.

—No estoy tan segura…

—Hazlo, Jo. No estropeéis algo que todavía ni ha empezado solo porque os da miedo hablar. A vosotros lo que os falta es un poco de comunicación. Y eso que os pasáis la vida hablando, joder.

Abro mucho los ojos cuando la escucho soltar una palabrota. Delilah no es de las que suelen utilizar expresiones malsonantes y, aunque nunca le he preguntado la razón, siempre pensé que sería por sus hermanos menores.

—¿Desde cuándo hablas tú así?

—Mi hermana ya ha empezado también a decir palabrotas, supongo que ya no hace falta que me contenga tanto.

Hace otro gesto con la mano para que me olvide del tema y se inclina de nuevo hacia mí.

—Que no te dé vergüenza, Jo. Si quieres algo, tienes que ir a por eso. El no ya lo tienes, así que lo único que te queda es ganar.

Arqueo las cejas y asiento con la cabeza mientras le doy un sorbo a mi batido. Delilah tiene razón, como siempre.

—Y, cuando aclaréis las cosas, quiero ser la primera en enterarme, por supuesto.

Tras decirlo, saca la lengua, burlona, y yo no puedo evitar reírme. Casi se me sale el sorbo de batido por la nariz. Pero, precisamente, estas son las cosas por las que jamás podría prescindir de su amistad. Porque he encontrado en una chica a mi aliada perfecta.

Sigo el consejo de Delilah y espero a Gael en el parque, sentada en un banco. He llegado antes para calmar los nervios, pero la verdad es que no me ayuda nada el estar aquí sentada sola. Me siento como la primera vez que visité a mamá y reacciono de la misma manera: moviendo el trasero sobre el banco de un lado a otro cada pocos segundos. Inspiro hondo, dejo salir el aire con lentitud y cuento el tiempo que pasa. Esta espera se me está haciendo eterna.

Hasta que, a lo lejos, lo veo llegar y el corazón me da un vuelco en el pecho. Un vuelco no, qué coño, un salto triple mortal que me deja sin respiración porque, para colmo, se me cierra la garganta. ¿Qué es esto? Verlo llegar con una camiseta de manga corta, enseñado el tatuaje de su brazo izquierdo, con los bucles rubios al viento y sonriendo de medio lado hace que se me revuelva todo por dentro.

Hasta que me doy cuenta de que no viene solo.

Hugo, su hermano menor, se me lanza a los brazos casi sin haberlo visto venir y hace que espire todo el aire de mis pulmones con un quejido terrible. Pero correspondo a su abrazo.

—¡Jo, hace mucho que no te veía! —exclama, fuera de sí—. ¡Vale, hasta luego!

Sonrío ante su comentario y él se gira y sigue corriendo, esta vez en dirección al parque. Unos segundos después, Gael llega hasta mí.

—Tan lleno de energía como siempre.

Él asiente y se mete las manos en los bolsillos, desviando la mirada hacia su hermano, que ha llegado hasta el parque y lo saluda desde la lejanía. Gael corresponde al saludo y se deja caer sobre el banco. Yo hago lo mismo y, al hacerlo, me doy cuenta de que las piernas me tiemblan. ¿Desde cuándo me he convertido en una persona tan nerviosa?

Gael me dirige la mirada y yo me doy cuenta porque lo observo por el rabillo del ojo a cada tanto. Al final, gira la cabeza completa en mi dirección y suspira.

—¿Qué ocurre, Jo? —pregunta, e intenta sonreír, pero no le sale muy bien—. Hasta ahora siempre hemos podido hablar de todo.

Asiento con la cabeza y me giro un poco en su dirección. Yo tampoco he llevado ninguna chaqueta y ahora me alegro, porque tengo un calor que me está abrasando todo el cuerpo y creo que hasta he comenzado a sudar. Trago para aclararme la garganta, aunque no funciona del todo bien.

—Quiero saber una cosa —digo, y él asiente, esperando a que continúe—. ¿Qué significó el beso del otro día?

Gael sonríe. Esta vez de verdad y se acomoda un poco mejor mirando en mi dirección. Estamos sentados el uno junto al otro, pero como si lo que de verdad quisiéramos es estar mirándonos a la cara, así que lo intentamos.

—Significó lo que tú quieras que signifique.

Alzo las cejas con escepticismo y luego frunzo el ceño. Estoy segura de que él sigue la línea de mis pensamientos porque sonríe, esta vez con más gracia que otra cosa.

—Mira, Jo, estoy harto de guardarme las cosas dentro, ¿vale? Estoy enamorado de ti y esto es desde hace muchísimos años. ¿Recuerdas cuando me rompí la pierna y casi te viniste a vivir a casa durante tres semanas?

—¿Tanto? —pregunto en un hilo de voz.

Gael asiente.

—Tanto —repite, y la sonrisa todavía no se le borra. Creo que me voy a derretir—. Bueno, digamos que ahí me di cuenta. Pero creo que ya venía de antes.

Trago con dificultad. Cuánto desearía ahora mismo tener a mano algo para beber.

—Todo este tiempo sin ti ha sido lo peor que he vivido nunca, te lo juro —continúa, y al escucharlo, creo que me voy a morir—. Pregúntale a Benno si quieres, solo he estado de mal humor. Pero te he estado dando espacio porque pensé que necesitarías tiempo para ti misma.

—¿Perdona?

La sonrisa de Gael se ensancha, pero no he escuchado lo que me hubiese gustado, así que estoy totalmente fuera de lugar.

—¿Y qué pasa si yo también siento lo mismo que tú? —pregunto con la voz quebrada.

Él se encoge de hombros, sin apartar la mirada.

—Absolutamente nada, Jo.

Frunzo el ceño, sin comprender.

—Acabamos de reconciliarnos, tú estás terminando de encontrarte a ti misma, algo que ha costado mucho más de lo que crees, y todo por una estúpida apuesta. —Al escucharlo, sonrío con un poco de vergüenza—. Y, además, también has encontrado a Delilah.

Gael se detiene y nos contemplamos durante algunos segundos. Cómo me gustaría ahora mismo lanzarme a su cuello y besarlo sin piedad y sin perdón, a saco. Pero me contengo, porque eso es muy contrario a lo que él está diciendo y creerá que no me importa una mierda lo que me cuenta.

—Concédete tiempo. Sigamos como hasta ahora, reencontrémonos los dos, tanto por separado como juntos y veamos hacia dónde avanza todo, ¿te parece? —Asiento con la cabeza—. Yo no voy a dejar de quererte, pero tú tienes que estar segura de lo que sientes.

Si me hubiese imaginado la escena antes, habría jurado que me dolerían estas palabras. Pero no lo hacen, al contrario, se sienten bien. Son casi como un bálsamo porque me doy cuenta de que Gael no espera más de mí que lo que yo quiero para mí misma. Que me espera, que es incondicional y que está ahí para mí. ¿Cómo pueden dos personas ser tan diferentes? Porque, sin proponérmelo, no puedo evitar comparar los mundos de distancia que hay entre Fritz y Gael.

Cierro los ojos e inspiro hondo. Sé que tiene razón, incluso aunque me cueste reconocerlo. Y sé que concederme un poco de tiempo no va a hacernos mal, sino todo lo contrario. Pero lo que yo quiero es algo totalmente diferente.

—Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti también.

Al decirlo, Gael alza una mano hacia mi rostro y con dos dedos me aparta algunos mechones castaños que se me escapan de las trenzas para colocármelos tras la oreja. Al hacerlo, sus yemas rozan mi piel y la electricidad en esa caricia tan inocente salta al momento. Pero no lo miro porque sé que, si lo hago, no podré contenerme más. Así que agacho la mirada y la clavo en mis deportivas sucias.

—Hay algo que quiero contarte —digo entonces.

—Cuéntame.

Me acerco más a él y dejo caer mi cabeza en su hombro antes de decir nada. Él, por su parte, agarra mi mano. Entrelaza los dedos con los míos y el calor que ahora proviene de su cuerpo se expande por el mío. Inspiro su aroma y cierro los ojos.

—He estado visitando a Liesel.

El íntimo momento entre ambos ya ha muerto y sé que ahora podré contarle algo que quiero compartir con él desde hace tanto tiempo. Espera, sonriente, a que yo quiera seguir hablando y esto es, precisamente, lo que tanta falta me ha hecho en los últimos meses.

Si alguien me hubiese dicho al comenzar la carrera que este año haría que mi mundo interior cambiase como lo ha hecho, jamás lo habría creído. Pero eso es lo hermoso de vivir, ¿no?

Capítulo 28

Ambas estamos sentadas sobre la manta, en la hierba verde del parque. El tiempo es una delicia, así que hemos decidido sacar los libros al aire libre hoy y acompañarlo con un pícnic. El semestre va llegando al final y con él, nuestro primer año de carrera. Pero eso no nos hace olvidar que estamos hasta las cejas de exámenes. Y dado que una servidora ha perdido tanto tiempo con problemas existenciales, está claro que voy a tener que dejarme algunas materias para el año siguiente. Pero ahora lo único que quiero es sacar las que pueda adelante.

—Vale, tengo algo que confesarte —dice Delilah—. Estoy aquí estudiando contigo para no dejarte sola, pero, en realidad, no necesito aprobar los exámenes.

—¿Perdona?

Delilah sonríe y me tiende una bolsa de gominolas para que coja alguna.

—Voy a cambiar de carrera. Todavía espero a que me den la confirmación final, pero ya está hecho. El año que viene no seguiré estudiando Administración de Empresas.

Abro muchísimo los ojos y no puedo evitar soltar una exclamación de felicidad.

—¡Qué pasada! ¿Y qué vas a estudiar?

—Ingeniería Mecatrónica.

—Tócate los huevos. ¿De qué va eso?

—Los ovarios, pero sí, esa es mi nueva carrera —dice, y la sonrisa que se le extiende por el rostro es de pura felicidad—. Va a ser muy duro, pero creo que es la decisión correcta. Va de crear maquinaria compleja para hacer nuestra vida más fácil.

—Para que nos volvamos más tontos, básicamente —afirmo, y Delilah suelta una carcajada al escucharlo—. Y claro que es la correcta —continúo, y me inclino un poco hacia ella—. Ven aquí.

La abrazo con toda la fuerza de la que soy capaz. Por supuesto que esa ha sido la decisión correcta si eso la hace feliz. Disfruto muchísimo del momento antes de dejarla libre y pedirle más información.

—¿Cuándo has tomado la decisión? ¿Y por qué no me habías dicho nada?

—Hace unas semanas, pero en cuanto tomé la decisión, hice la matrícula porque sabía que, si no, terminaría echándome atrás.

—Muy bien hecho. Pero a la próxima no me dejes tanto tiempo sin saber, anda.

Delilah asiente con la cabeza y sigue picoteando de las gominolas hasta que los chicos se dignan a hacer acto de presencia. Gael saca sus libros de inmediato, pero me doy cuenta de que Benno ha venido sin nada.

—Voy a echar todo esto de menos —comenta.

Frunzo el ceño, sin comprender a lo que se refiere, mientras Delilah les ofrece a ambos las golosinas.

—¿Qué vas a echar de menos y por qué?

Benno me mira y sonríe. Es una sonrisa un poco triste y me pregunto qué me he estado perdiendo en el último tiempo. Ladeo un poco la cabeza, confusa. Al final, él mira a su alrededor y hace un gesto con una mano, como si quisiera abarcarlo todo con ella.

—Bueno, pues todo esto, ya sabes —dice, y hace una pausa—. Hace semanas que dejé la carrera, Jo. Tengo una plaza para una formación profesional el año que viene, pero nada que

tenga que ver con esta universidad. Ya sabes, algo con las manos. Me he decidido por la carpintería.

—Como siempre has querido —comento, sorprendida—. ¿Nos vas a dejar?

—Ya os he dejado, solo que vengo casi todos los días a comer con vosotros para no volverme loco en casa.

Hago un puchero de tristeza, pero, en realidad, no estoy triste porque sé que la universidad no ha sido para Benno desde el primer momento en el que puso un pie en ella.

—No he venido para que os pongáis tristes —continúa, y yo ya no me atrevo a felicitarlo por su nueva trayectoria—. He venido para interrumpir vuestros estudios con una pregunta.

—Yo ya sé de qué va y puedes contar conmigo —interviene Gael, sin apartar la mirada de su libro de texto.

A pesar de ello, sus dedos se desplazan en mi dirección y nuestras yemas se rozan. Siento una descarga eléctrica inmediata y lo miro de reojo. Al interceptar mi mirada, me sonríe sin decir nada.

Benno se gira hacia nosotras, que lo miramos con la curiosidad pintada en el rostro.

—Mi padre me deja su casa de verano por un mes porque la chica que la alquilaba se ha marchado y pensé que después de todo lo que ha pasado este año podríamos darnos un gusto e ir juntos. Sería un buen final de año.

—Oh —dice Delilah, a la que se le nota la decepción en el rostro—. No sé… No puedo dejar solos a mis hermanos.

—Son tres, ¿no? —pregunta Benno, mirándola directamente. Delilah asiente con la cabeza—. Entonces tráetelos. Gael, mira tú a ver si Hugo quiere venir. Hay sitio para todos. La casa está muy bien, en un pueblo en el norte. Pero es en primera línea de playa, no me digáis que no tenéis ganas.

Gael alza la cabeza en un segundo y lo mira con todo su interés.

—Y tanto que si hay ganas —confirma, sonriente.

—Supongo que, si puedo llevar a mis hermanos, no hay problema —dice Delilah, algo cohibida.

Yo asiento con la cabeza como toda respuesta. No necesito llevar a nadie, al igual que Benno, y estoy segura de que papá no va a tener nada en contra de tener a alguien menos por casa durante unas semanas.

—Vale, ya está hecho —sentencia Benno—. Ahora, universitarios aburridos, os dejo con vuestros estudios. Que os aproveche.

Y, al decirlo, suelta una carcajada, se pone en pie y se marcha tan campante, dejándonos allí sentados entre nuestros libros y con una sesión de estudio por delante que nos dejará para el arrastre.

Dejamos los parciales atrás para meternos de lleno en un verano que, sin duda, va a ser uno de los mejores. Estoy segura de ello por todo lo que ha pasado hasta ahora, pero, sobre todo, por tener esta oportunidad.

Benno y Gael terminan de descargar todo nuestro equipaje del coche y lo dejan sobre la acera mientras los hermanos de Delilah y Hugo echan a correr en dirección a la playa. Inspiro hondo la brisa de mar y cierro los ojos para disfrutarla durante un momento, solo para mí.

—Es la primera vez que veo el mar —comenta Delilah.

Mi amiga no duda en quitarse las zapatillas que lleva puestas y seguir a los más pequeños hacia la playa, cosa que me hace sonreír. No hay nada que me guste más de ella que esa facilidad

que tiene para soltar las palabras sin el temor a que nadie pueda juzgarla. Y aunque sé que ese ha sido su propio camino de reencuentro, me hace feliz haber podido recorrerlo un poco con ella.

Benno saca las llaves del bolsillo y juguetea con ellas en la mano antes de moverse del sitio.

—Es un lujazo, ¿no os parece?

Gael y yo lo miramos, pero Benno no espera ninguna respuesta por nuestra parte antes de marcharse en dirección a la puerta para abrir y contemplar el interior. Yo, por mi parte, prefiero quedarme aquí todavía un rato más y parece que Gael quiere hacer lo mismo.

Después de unos segundos, le dirijo la mirada y estiro la mano en su dirección, lo hago portando todas las esperanzas que sé que llevo dentro. Cuando él también me mira y recibe mi mano entre la suya y nuestros ojos quedan anclados, sé de forma inmediata que este verano va a ser inolvidable. Recuerdo cómo comenzó todo y no puedo evitar reconocerme que, al final, lo de la apuesta no estuvo tan mal. Sonrío para mí misma antes de acercarme más a Gael y dejarme envolver por sus brazos.

Al final, en las apuestas, todo son teorías.

FIN

Agradecimientos

Me encanta dar las gracias. Y es que creo que, si no supiéramos darlas, no podríamos rodearnos de tanta gente increíble que nos ayuda a que estemos cada vez más cerca de nuestros sueños.

En primer lugar, me gustaría darle un GRACIAS gigantesco a mis lectores beta: Maca, Pilar, Desi, Ana M., Jenni, Minna, Ana G. y Julio. Sin vosotros, esta historia no habría sido lo que es ahora. En segundo lugar, gracias a mis Nanomágicas, por soportarme día sí y día también, y no solo me refiero a soportarme en esta labor (la de escribir), sino por todas las horas que me han escuchado y me han ayudado a seguir con su buen humor.

Gracias a mi madre, que siempre ha estado y estará al pie del cañón, por ser la primera y la última lectora beta de todos mis manuscritos, por el apoyo incondicional y por ser la que más se emociona con cada paso que doy y cada hito en el camino.

Gracias a Ana González Duque, porque, sin ella, no sé qué habría sido de mí en el último año. Gracias por haberme ayudado a darle la mejor versión a esta novela y por haber sido un antes y un después en mi vida.

Y gracias a ti, la persona más importante de esta novela, gracias por haber leído la historia de Joleen y por el voto de confianza en mí como escritora. Espero que esta historia te haya hecho volar lejos. También espero que puedas tomarte el tiempo de dejarme una reseña a través de Amazon, Goodreads o en las redes sociales. ¡Ayudarás a que este libro llegue a más gente!

Sobre la autora

Mi nombre es Mary L. Torres y soy escritora y diseñadora web. Nací en el 1993 y ya desde muy pequeña he sentido profunda adoración por los libros. Cuando aprendí a escribir, comencé a alterar los cuentos clásicos infantiles que, además, me gustaba ilustrar y que más tarde convertía en libritos que vendía por un par de céntimos. A los trece, programé mi primera página web y descubrí el diseño gráfico. Desde entonces, el mundo de los libros y el del diseño me definen.

Muchísimas gracias por haber confiado en mi trabajo y haber comprado este libro. Te agradecería que, ahora que has terminado de leerlo, dejes tu voto y reseña a través de Amazon, Goodreads y/o por las redes sociales. De esta forma, podrás ayudar a otros lectores a encontrar su próxima lectura y también a mí, como escritora independiente, a llegar a más personas.

Puedes seguirme también por Instagram:
https://www.instagram.com/missemerty/

Visitar mi página web y suscribirte a mi *newsletter*:
https://maryltorres.com/

O escuchar la *playlist* de *En las apuestas, todo son teorías*:

Si te gusta la novela romántica y *new adult*

La cara oculta de la luna

Rebecca Sinclair se siente desplazada. No termina de encajar en su trabajo, no encaja en la multitud ni en su propia familia. Se siente asqueada de su trabajo, de las personas a su alrededor y de su propia vida, pero tampoco se decide a darle un giro a todo y comenzar de nuevo.

Siente la única necesidad de coleccionar los trabajos de la persona que más odia en el mundo: su antiguo compañero Ashton Fellon, modelo superestrella. Frente a esta incesante obsesión que parece estarse transformando en su droga personal, Rebecca tendrá que afrontar asuntos para los que no se siente preparada. Se cree prisionera de sus fantasmas del pasado y parece que el único capaz de liberarla del caos es su tan odiada obsesión personal.

Rosa invernal

Salir al Exterior está prohibido para todos excepto para unos pocos y es castigado hasta con la muerte.

Aleksandr Reagan hace mucho más que preguntarse por qué han tenido que terminar los humanos viviendo como lo hacen. Reducidos en número y obligados a escapar de la superficie terrestre, conviven como reclusos en pequeñas ciudades construidas bajo tierra, intentando preservar sus miserables vidas bajo el peso de aquel invierno sin fin.

Pero un descubrimiento en sus investigaciones lo llevará a arriesgar todo lo que conoce y lo que quiere por un viaje del que podría no regresar. Aleksandr está dispuesto a poner en riesgo todo por obtener las respuestas a sus preguntas.

Nuestra historia en la tormenta

¿Qué ocurre cuando dos desconocidos con un pasado que todavía les duele se tropiezan en los porches de sus casas en primera línea de playa?

Sláine solo quiere ser feliz. Kai, por su parte, cree serlo.

Ella llega a Sigi como la nueva redactora del *Tageblatt*, el periódico local. Él todavía sigue el sendero de su sueño incumplido: poder vivir de su arte.

Ambos viven en una ristra de casas en primera línea de playa.

Kai no se ha enamorado nunca de verdad. Sláine ya no cree tanto en el amor.